REPUBLICA DE COLOMBIA

UN VIAJE

POR EL PUTUMAYO Y EL AMAZONAS

ENSAYO DE NAVEGACION

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1924

REPUBLICA DE COLOMBIA

UN VIAJE

POR EL PUTUMAYO Y EL AMAZONAS

ENSAYO DE NAVEGACION

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1924

Storage
189

UN VIAJE POR EL PUTUMAYO Y EL AMAZONAS

ENSAYO DE NAVEGACIÓN

Esta relación de viaje contiene tan preciosos datos, da tan interesantes noticias sobre una de nuestras mejores arterias fluviales, que estamos seguros será leída con avidez por todo colombiano amante de su patria. Los legisladores y hombres públicos quizá encuentren algo muy útil en estos sencillos relatos. Se asegura que pronto se discutirá en el Congreso el Tratado colombo-peruano. Si así fuere, este folleto, que bien merece los honores de libro, no puede ser más oportuno. Los lectores se podrán orientar y formar una idea exacta del Putumayo, cuya geografía es ignorada por casi la totalidad de los colombianos. Les pedimos lean, cuando menos, el índice de esta relación de viaje, y su indiferencia por aquel misterioso territorio se trocará seguramente en vivo interés y afectuosa simpatía.

FRAY FIDEL DE MONTCLAR

O. M. C.

Florencia (Caquetá), mayo de 1924.

Reverendísimo Padre fray Fidel de Montclar, dignísimo Prefecto Apostólico del Caquetá—Bogotá.

Muy respetado y apreciado Padre en Jesucristo:

En obedecimiento a sus telegramas del 21 y 22 del presente, voy a dejar a un lado las muchísimas ocupaciones que me abruman y a dedicarme por algunos días a remover en mi archivo particular la multitud de datos que guardo de la famosa expedición a Manaos con el doctor Tomás Márquez, y también a penetrar en las reconditeces de mi

memoria para revivir los acotencimientos no escritos que tengan algún interés para el objeto que desea Vuestra Reverendísima.

Para mayor claridad dividiré esta relación en tres partes. La primera comprenderá una pequeña introducción y lo que nos sucedió desde Puerto Asís a Manaos, de marzo a junio de 1918. La segunda hará referencia a lo que hicimos en esta ciudad, a nuestra salida de allá con la lancha *Yaquirana*, al regreso en la misma, sin haber podido llegar a Puerto Asís por causa de los peruanos, y a nuestra segunda permanencia en aquella población brasilera, del 1° de junio a los últimos días de septiembre del mencionado año. En la tercera explicaré las muchas peripecias y penalidades que sufrímos desde Manaos a Puerto Asís, con algunos datos sobre el Amazonas, desde el 26 de septiembre al 19 de noviembre del mismo año.

REVERENDO PADRE GASPAR DE PINELL Y SEÑOR
DOCTOR TOMÁS MÁRQUEZ
Antes de emprender el viaje a Manaos.

INTRODUCCION

I

Quién es el doctor Márquez.

El señor doctor don Tomás Márquez Bravo frisaba entonces en los veintinueve años y pertenecía al partido liberal uribista o civilista; fue Secretario privado del General Rafael Uribe Uribe, y desempeñaba este cargo cuando dicho Jefe cayó bajo la hachuela homicida junto al Capitolio Nacional.

En la capital de la República ejerció varias veces el dctor Márquez el profesorado de Derecho Internacional, fue Secretario auxiliar del Senado, Secretario del Ministerio de Obras Públicas, periodista brillante, y en 1918 desempeñaba el importante cargo de Visitador Fiscal de la Nación, y como tál vino al Putumayo. Lo que este señor ha sido después, lo sabe de sobra la Nación. Terminado nuestro viaje, fue nombrado Visitador de Consulados de Sur América. Con este motivo tuvo ocasión de recorrer y estudiar las Repúblicas del Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Perú. Al regresar a Bogotá, después de cumplido este honroso cargo, se declaró conservador convencido desde la alta tribuna de la prensa, en la cual libró recias y brillantes batallas en defensa del Gobierno, sistemáticamente combatido por una oposición ciega y apasionada. Pronto el Ejecutivo lo distinguió con el alto cargo de Edecán de honor del Presidente de la República, del cual se separó para entregarse de lleno a las labores periodísticas. Como director de *La Nación*, la buena causa le es acreedora a hermosas y eficaces campañas.

La comisión especial que en 1918 lo trajo al territorio del Putumayo fue la de examinar las obras del camino de Pasto a Puerto Asís, a cargo en ese entonces de la Compañía particular Micolta. Visitó también las colonias de Sucre, Alvernia y Puerto Asís, fundadas por la Misión capuchina.

Entró al territorio no poco prevenido con lo mucho que había oído contra la Misión y sus obras; pero tan pronto como estudió de cerca las empresas que llevámos a cabo los Misioneros, las dificultades de todo género con que se tropieza constantemente, y los esfuerzos sobrehumanos que se necesitan para no desmayar, de indiferente se convirtió en fervoroso amigo de los Misioneros y sus obras. El fue quien propuso que fuera la Misión la que se encargara nuevamente de la conservación y terminación del camino de Pasto a Puerto Asís; él quien apoyó la idea de Vuestra Reverendísima de procurar por todos los medios posibles la navegación del Putumayo, ya que de ella depende en gran parte el buen éxito de la colonización de las regiones del Caquetá y Putumayo, y por consiguiente el afianzamiento definitivo de la obra espiritual y moral de la Misión, especialmente respecto a los infelices salvajes.

Del cambio de ideas sobre este asunto y de la perfecta comprensión de la importancia inmensa de este tópico, nació la idea de la expedición a Manaos por el curso del Putumayo, para estudiar detenidamente sobre el terreno las dificultades que pudieran ofrecerse y el modo de sortearlas, como también las ventajas y facilidades que se presentaran para realizar una empresa de tal magnitud.

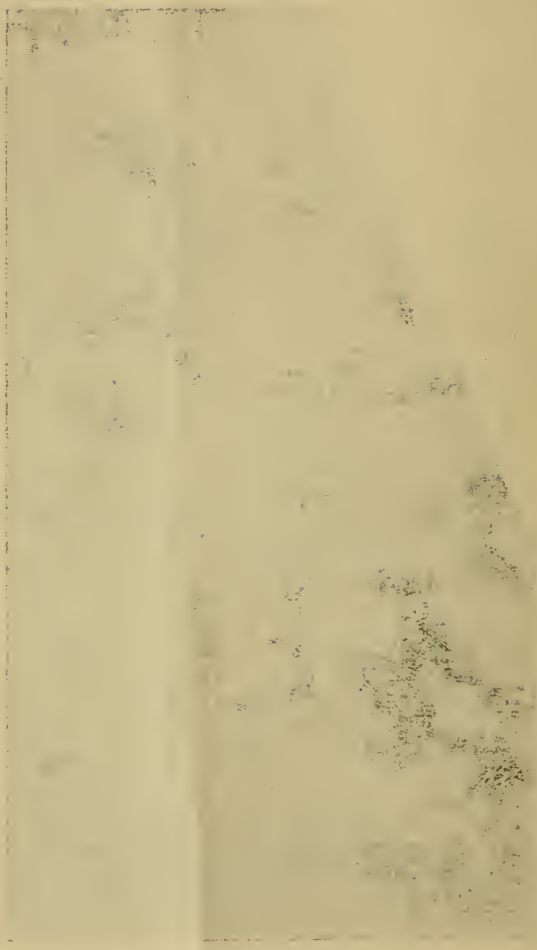
El doctor Márquez, como perito en Derecho Internacional y conocedor de las condiciones e ideas de Colombia en estas materias, se ofreció a acompañar al Misionero que Vuestra Reverendísima escogiera para ir al Amazonas y Manaos a la comisión indicada. Vuestra Reverendísima tuvo a bien señalar al suscrito. Desde ese momento nos pusimos al habla con el doctor Márquez para los preparativos de un viaje tan largo, por terrenos completamente desconocidos para nosotros, en parte poblados de salvajes y de enemigos de Colombia, desierto en su mayor extensión, todo malsano y sumamente caloroso, y del cual tántas leyendas o historias horripilantes se nos habían referido.

II

Preparativos de viaje en Pasto.

Una vez resuelto el viaje nos dirigímos a la ciudad de Pasto a informarnos minuciosamente de las condiciones del comercio: precios de fletes desde Europa y Nueva York,

Vista general de Pasto.



tiempo que emplean las mercancías en llegar por la vía de Panamá-Tumaco-Barbacoas y derechos de aduanas. También nos proveímos de lo más necesario para el tiempo que gastáramos en llegar a Manaos.

El 11 de marzo salímos con el doctor Márquez de la ciudad de Atriz, con el alma llena de alegría e ilusiones, convencidos como estábamos de que íbamos a realizar una obra grande y provechosa. Al mismo tiempo sentíamos la melancolía natural de quienes se despiden de amigos queridos que quizá no se volverán a ver y de quienes se van a internar en lugares desconocidos, llenos de peligros y sorpresas.

El doctor Eduardo Rodríguez Piñeres y su hijo Guillermo, que en aquellos días se hallaban en Pasto, con ocasión de los arreglos de límites con el Ecuador, vinieron a despedirnos hasta cerca del pueblo de La Laguna. Después de haber agradecido debidamente las muestras de sincero afecto que nos dieron, seguímos sin contratiempo alguno hasta el valle de Sibundoy. Aquel mismo día llegámos a Santiago, donde los Reverendos Padres Querubín de la Piña, Florentino de Barcelona y Anselmo de Olot nos recibieron y atendieron con gran amabilidad.

III

Visita a San Andrés—El Hermano Leonardo, Marista.

Al día siguiente me interesé en que el doctor Márquez conociera la escuela de niños de San Andrés, regentada por el Reverendo Hermano Leonardo, Marista francés. Después de la santa misa y desayuno nos dirigímos allá el Reverendo Padre Querubín, el doctor Márquez y el suscrito. El Hermano Leonardo nos recibió con muestras de grande alegría y afecto. Pronto hizo formar a los alumnos y nos obsequió con hermosas recitaciones y armoniosos cantos, algunos de éstos a tres o cuatro voces, tan bien ejecutados, que más parecían de una *Schola-Cantorum* de catedral que de semisalvajes que apenas pueden pronunciar el castellano. Hizo salir al tablero algunos de los indiecitos, y a todos nos admiró la presteza con que resolvían problemas complicados a base de las cuatro operaciones; las sumas, restas, multiplicaciones y divisiones que, intercaladas, figura-

ban en la solución integral de los problemas, las ejecutaban las más de las veces mentalmente, sin escribir los factores en el tablero, con una ligereza digna de matemáticos consumados. Un alumno dibujó en el tablero en cinco minutos las líneas principales del mapa de Colombia, con la demarcación precisa de los Departamentos y sus capitales. Otro en el mismo espacio de tiempo delineó el de la América del Sur, con las divisiones de los Estados que la componen y la situación de sus respectivas capitales. Nos informámos de que la mayoría de los escolares estaban en condiciones de exhibirse con el mismo brillante resultado. Visitámos la huerta de la escuela, y la encontrámos digna de figurar en un parque de ciudad. Todo esto nos convenció de que la fama de gran pedagogo que tiene el venerable Hermano Leonardo es bien merecida y tal vez inferior a la realidad, pues débese tener en cuenta que estos admirables resultados los obtuvo dicho Hermano con hijos de aquellos indios de quienes hace apenas unos quince o veinte años, dijo el ingeniero doctor Miguel Triana a Vuestra Reverendísima que no se cansara con ellos, porque sería inútil todo lo que se hiciera con esa gente incapaz de cambiar de costumbres y dar un paso en el camino de la civilización. ¡De cuán diferente manera se expresaría hoy el doctor Triana si visitara de nuevo el valle de Sibundoy! Felicitámos efusivamente al Hermano Leonardo, nos despedímos de él y de sus alumnos, y ese mismo día llegámos al pueblo de Sibundoy.

IV

Preparativos en Sibundoy y viaje hasta Puerto Asís.

Siete días permanecimos en aquel pueblo arreglando con Vuestra Reverendísima los principales detalles del viaje y recibiendo sus autorizadas instrucciones. El 19 de marzo, día del Patriarca San José, nuestros corazones experimentaban en toda su intensidad las inexplicables emociones que produce la separación de un padre querido y hermanos afectuosos, cuando esta separación es por tiempo indeterminado y para una empresa magna, llena de incógnitas y dificultades, de cuyo buen o mal éxito dependen grandes consecuencias para la entidad en cuyo nombre se inicia. Acudía entonces a mi memoria aquella popular copla:

El hermano Leonardo con sus alumnos en San Andrés.
(Valle de Sibundoy).

"Dicen que no se siente la despedida,
díle a quien te lo dijo que se despida."

Recibida la bendición de Vuestra Reverendísima y sus instrucciones y consejos, con los ojos humedecidos por las sensaciones del alma, salímos de Sibundoy en dirección a Puerto Asís, donde debíamos hacer los últimos preparativos, los que tenían relación con la embarcación, bogas y otras muchas cosas indispensables en esa clase de viajes.

De Sibundoy a Puerto Asís aprovechámos las ocasiones que se nos presentaban para ejercer, yo, el santo ministerio, y el doctor Márquez ayudarme en tan sagrada ocupación. Puedo afirmar con toda verdad que desde nuestra salida de Sibundoy hasta que nos separámos en Manaos, el doctor Márquez fue un verdadero misionero con el ejemplo y también con las obras que su condición le permitían.

En Sachamates administré a una enferma grave, abandonada completamente, y nos interesámos para que la sacaran a Sibundoy. Vuestra Reverendísima y el señor Alcalde, al recibir el aviso que desde allá les mandámos, dieron las disposiciones del caso para el traslado, y en Sibundoy pudo acabar sus días debidamente asistida por las Reverendas Hermanas Misioneras, y con el consuelo de dejar al amparo de dichas religiosas una hijita de tres años, la Margarita, que ahora cuenta ya nueve, y como sabe Vuestra Reverendísima, vive agradecida a los Misioneros y Misioneras y da esperanza de ser una excelente cristiana.

En Umbría pasámos un día completo, y ayudado del celo apostólico del Reverendo Padre Narciso de Batet, pude preparar a los indios de San Bernardo y también a varios blancos para administrarles el sacramento de la confirmación. El viernes 22 de marzo confirmé a ochenta y dos personas, indios y blancos, adultos y párvulos. El doctor Márquez fue padrino de todos los varones. Mientras el infrascrito y el Padre Narciso nos dedicámos a las tareas apostólicas, el doctor Márquez se ocupó en arreglar asuntos de la autoridad civil y en escoger con algunos vecinos de Umbría un lugar aparente para levantar una iglesia, trazar un buen caserío y establecer potreros, a fin de que aquel punto, terminal entonces del camino que debe llegar hasta Puerto Asís, fuera un puerto cómodo en caso de que el establecimiento de la navegación tuviera buen éxito.

Para comprender mejor las actuaciones del doctor Márquez como autoridad civil, durante esta expedición, conviene advertir que además del cargo de Visitador Fiscal Nacional, que le daba muchas atribuciones, el señor Comisario Especial del Putumayo, doctor Vicente Andrade, lo comisionó para que en su nombre hiciera visita oficial en todo el territorio de la Comisaría que recorriéramos en aquel viaje.

El 23 de marzo a las siete de la noche llegámos a Puerto Asís. Allí nos hicieron un cariñoso recibimiento, como acostumbran aquellos buenos colonos, siempre que los visitan personas que se interesan por su bienestar y adelanto; pero en esta ocasión tuvieron cuidado en extremar las manifestaciones de aprecio, ya por ser yo su Cura desde hacía tres años, ya por la simpatía que el doctor Márquez supo despertar entre aquellos vecinos en dos visitas que nos había hecho, y sobre todo porque sabían el objeto del viaje que íbamos a emprender, de cuyo éxito o fracaso dependía sin duda el adelanto o estancamiento de aquella colonia.

V

Permanencia en Puerto Asís y últimos preparativos de viaje.

Diez días permanecimos en Puerto Asís disponiendo los últimos detalles del viaje y también celebrando la Semana Santa, que acaeció entonces. Mis ocupaciones ministeriales como Cura y como encargado de la colonia fueron intensas y abrumadoras durante aquella semana memorable. Los pocos ratos que me dejaban libres las funciones sacerdotales, como procesiones, sermones, confesiones, etc., los empleaba en contratar los bogas, adquirir la canoa, disponer las vituallas, medicinas y todo lo que era indispensable para la marcha, como también en hacer entrega de la parroquia al Padre que debía reemplazarme en la colonia durante mi ausencia, e informarlo de todos los asuntos pendientes y demás cosas que podían convenirle para su gobierno. Compré una magnífica canoa, de quince metros de largo por más de uno de ancho, que bendijimos y bautizámos con el simpático nombre de *Bote Márquez*. Contraté cinco bogas, señalando a cada uno sus funciones especiales. A Lisandro Cortés Ferrín (mulato) lo nombrámos capitán, y debía entenderse en la dirección y go-

bierno de los demás bogas y en todo lo que hacía referencia a la responsabilidad en el manejo de la embarcación. A Antonio Vargas lo llevámos como práctico e intérprete; éste es hijo de un blanco huilense y una india inca; fue casado con una huitota en primeras nupcias, y actualmente con una macaguaje, y ha pasado la mayor parte de su vida entre los indios sionas, cofanes, macaguajes y huitotos, de manera que entiende y habla perfectamente, además del castellano, las lenguas propias de las mencionadas tribus, y conocía además el río Putumayo hasta el Caraparaná; éste debía servirnos de intermediario para con los indios que no hablaban el castellano. A Benjamín Castillo (negro) le dimos el empleo de marinero; éste se distingue por su fidelidad y por su enorme fuerza. Cuando remaba con empeño o ejecutaba otro trabajo, como rajar leña para la lancha, él solo hacia tánto como cuatro peones en igual espacio de tiempo. A José Trejo (blanco) lo designámos como mayordomo, y debía cuidar de la cocina y manejo de los víveres y medicinas. La cocina la preparámos dentro de la misma canoa, de manera que las comidas se confeccionaban sin suspender la navegación. Y por último, a Nabor Benavides (blanco) le encargámos del oficio de camarero, y debía atender a nuestras cosas: lavar ropa, tender las camas, servir las comidas, y a todo lo demás que se le mandara.

A fin de que nadie se enterara de nuestros nombres y de quiénes éramos, sino las personas que nosotros juzgáramos conveniente, resolvimos que durante el viaje ninguno usara de su nombre propio, sino del de los empleos que les habíamos asignado a los bogas, y los de doctor y Padre, el señor Márquez y el infrascrito.

El 2 de abril el Orfelinato de Puerto Asís y la colonia agrícola nos obsequiaron con una hermosa velada literario-musical como despedida. En ella los niños y colonos nos manifestaron con frases rebosantes de entusiasmo y cariño lo mucho que esperaban de nuestro largo y peligroso viaje, como también cuánto sentían nuestra separación, que no se sabía si sería larga o corta, y quizás para siempre. Estas manifestaciones eran estímulos eficaces para nosotros, al mismo tiempo que nos llenaban de gratitud y melancolía.

PRIMERA PARTE

DE PUERTO ASÍS A MANAOS

I

Salida de Puerto Asís y primeros días de viaje.

Por fin amaneció el 3 de abril, día memorable en mi vida. A las cinco de la mañana celebré la santa misa, en la cual recibieron la sagrada comunión todos los alumnos y alumnas del Orfelinato, encabezadas por sus venerables maestras las Misioneras Capuchinas, todos los que emprendíamos el viaje y muchos otros devotos y amigos. Estas comuniones se ofrecieron por el feliz éxito de nuestra expedición. Tiernos y devotos cantos de los niños y niñas y de las Madres Misioneras, conmovieron vivamente las almas de los que íbamos a partir.

Después de estar todo embarcado y acomodado en el *Bote Márquez*, a las ocho de la mañana dejábamos a Puerto Asís. La totalidad de los vecinos de la colonia salieron al embarcadero a darnos el último adiós entre contentos y conmovidos. Los Padres Misioneros que quedaban en la colonia, los niños y niñas del Orfelinato, con algunas de las religiosas que lo dirigen, y muchos colonos, nos acompañaron en varias canoas hasta una playa que llaman de *Las Lágrimas*, dos horas abajo de Puerto Asís. Allí saltámos todos a tierra, bendije a los presentes, y en medio de los gritos de ¡viva Colombia!, ¡viva Puerto Asís!, ¡vivan los viajeros!, ¡vivan los colonos! y ¡viva la navegación del Putumayo!, nos volvimos a embarcar en el *Bote Márquez* para seguir a regiones completamente desconocidas para nosotros. Al arrancar el *Bote*, un grito unánime y melancólico de "¡adiooos!" y multitud de pañuelos que se agitaban en la playa, a los cuales correspondíamos con los nuestros, hasta que nos perdimos de vista, llenaron el alma de

Vista de la laguna *La Cocha*, en la Prefectura Apostólica.

los presentes de emociones hondas e inexplicables y los ojos de todos de lágrimas, que fluían espontáneamente, sin que nadie alcanzara a contener, por más que algunos se esforzaban en aparecer serenos e inconmovibles. Uno de los bogas me aseguró que era la primera vez que lloraba en su vida desde que él se consideraba dueño de sus actos. Me acordada en esos momentos de la despedida de San Pablo de los de Mileto, que se narra en el capítulo XX de los *Hechos de los Apóstoles*, y me parecía vivir una de aquellas escenas de los primeros días del Cristianismo.

Como el viaje, al mismo tiempo que estudiar la navegación del Putumayo, tenía por objeto un fin apostólico, aproveché cuantas ocasiones favorables se presentaron para ejercer el sagrado ministerio.

II

Yocoropuí.

El segundo día de viaje llegámos a Yocoropuí en las últimas horas de la mañana. Es Yocoropuí un pueblo de indios, formado con los restos de las antiguas tribus de Montapá y Sotoaró. Como sabe Vuestra Reverendísima, estos indios tienen sus hijos en el Orfelinato de Puerto Asís, y en lo espiritual son bastante civilizados. Acostumbran subir a la colonia en las principales festividades del año: Navidad, Semana Santa, Corpus Christi, etc. Algunas familias de este pueblo quedaron en Puerto Asís cuando nosotros salímos; habían subido a visitar a sus hijos y a asistir a las funciones de Semana Santa; pero otros no se movieron del pueblo. Allí encontrámos también unos ocho indios de la tribu de macaguajes de Montoyá, que todavía no eran bautizados. Por medio del intérprete Antonio Vargas y del catecismo en estampas, catequicé lo mejor que pude a los macaguajes no bautizados, regeneré sus almas con el agua de salvación, les administré el sacramento de la confirmación y presencié el enlace matrimonial de una pareja de estos nuevos hijos de la Iglesia. Confesé y di la santa comunión a los demás indios ya instruídos, y además administré diez y nueve confirmaciones y dos bautismos de párvulos. De manera que la demora de día y medio en el pueblo de Yocoropuí se puede decir que fue abundante en cosecha espiritual.

III

Mama Cristina.

En el caserío de Yocoropuí pude comprobar una vez más, con admiración y adorando los designios misericordiosos de la Providencia, cómo Dios Nuestro Señor tiene aun entre los salvajes de las selvas, almas escogidas a quienes concede favores y finezas especiales. Había en este caserío una anciana llamada mama Cristina. Era mujer muy habladora y hasta bastante inteligente. Todos los indios la querían y respetaban mucho. En realidad, se puede decir que era la gobernadora de la tribu. Cuando ella ordenaba una cosa no había hombre ni mujer, joven o viejo, que se le resistiera, ni aun el mismo Capitán o Gobernador. Ella exhortaba a los indios a que mandaran sus hijos al Orfelinato de Puerto Asís, cuando llegaba el tiempo de empezar el curso escolar; ella se preocupaba de que las familias de la tribu subieran a la colonia en las principales festividades del año, a fin de que se fueran instruyendo en los deberes religiosos y adquiriendo hábitos de civilización en el trato con los blancos. Ella era la primera en encabezar las caravanas de indígenas que iban llegando a la colonia en las vigilias de las grandes fiestas. ¡Cuántas veces nos divirtió organizando en Puerto Asís bonitas y honestas danzas con los de su tribu! Muchas veces pensé, siendo Cura de allá, que Dios Nuestro Señor premiaría de manera visible la buena voluntad de mama Cristina. Ese año, un mes y medio antes de la Semana Santa, sin que nadie la hubiese invitado, ni se viera motivo especial para ello, se presentó a Puerto Asís y me dijo que venía a confesarse y a recibir a Nuestro Señor, porque siendo ya vieja como era (tendría sesenta años), bien podía suceder que en cualquier momento se muriera, y deseaba presentarse delante de *Taita* Dios con el alma limpia, como el agua del Putumayo. "Ya mundo para mi no bonito tiene; no gusto viviendo." Me llamó bastante la atención esta manera de hablar de la anciana, y le pregunté si se sentía enferma, y me contestó que nó. Entonces le dije que porqué no había esperado, como los demás años, la Semana Santa para venir a visitarnos; y ella me manifestó "que pensando, quién sabe sino muriendo antes Semana Santa." Tomé nota de todo esto, la confesé y le di la santa comunión, y se regresó a la tribu sin demo-

rarse en Puerto Asís. En la Semana Santa, cuando los indios de Yocoropuí iban llegando a la colonia como los otros años, vi que no aparecía; les pregunté qué noticias me daban de la anciana, y me respondieron que se había quedado en el caserío de la tribu medio enferma; que mandaba muchos saludos a los Padrecitos y a las Madres Misioneras, y que tal vez "ya no mirando más; así ella diciendo." Al llegar a Yocoropuí con el doctor Márquez, lo primero que hice fue averiguar por la salud de mama Cristina; no pude menos de admirar los designios amorosos de Dios, cuando todos los presentes me respondieron que el día de Jueves Santo la habían enterrado. Inmediatamente nos dirigímos todos al lugar donde la habían sepultado, y en medio de la devoción y recogimiento de aquellos pobres indios, bendije el terreno donde descansan sus restos mortales; canté con la mayor solemnidad que pude un responso en sufragio de aquella alma escogida; exhorté a todos los allí presentes a que imitaran los buenos ejemplos y se aprovecharan de los óptimos consejos que mama Cristina les había prodigado. Confieso que con gran trabajo pude lograr que mis ojos ocultaran algunas lágrimas durante aquel póstumo recuerdo, dedicado a mama Cristina.

Mientras me ocupaba en el santo ministerio, el doctor Márquez hizo visita oficial al Corregimiento del Bajo Putumayo, que entonces residía en un punto llamado Santa Elena, no muy lejos de Yocoropuí. Nombró Corregidor a nuestro capitán Lisandro Cortés Ferrín, para el tiempo que durara nuestro paso por el territorio de aquel Corregimiento, a fin de facilitar el despacho de cualquier asunto que se nos ofreciera.

IV

De Yocoropuí a Tapacuntí—Furiosa tempestad.

El 6 de abril seguímos nuestro viaje, despidiéndonos de la tribu de Yocoropuí. El día 7 por la noche nos sucedió el primer percance serio. Poco duchos la mayoría de los bogas en el conocimiento de la dirección de los huracanes, no se fijaron en los primeros días del viaje hacia qué punto del horizonte quedaba la puerta de los ranchos que construían en las playas para pasar las noches. Es regla general en la región del Putumayo que nunca debe quedar la puerta del rancho hacia el Oriente, porque casi siempre las tem-

pestades, precedidas de fuertes e imponentes huracanes, vienen del Oriente, y si cogen los ranchos por el lado de la puerta, los desbaratan en un momento, dejando a los viajeros en la intemperie, y lo que es peor, recibiendo sobre sus personas y camas el diluvial aguacero que acompaña a dichos vientos.

Esto nos aconteció en la memorable noche del 7 al 8 de abril. Los bogas habían construído el rancho con la puerta hacia el Oriente, y a eso de las nueve de la noche, cuando estábamos sumidos en profundo sueño, se desató un violento temporal de huracán, rayos, truenos y agua, que parecía el fin del mundo. Nos despertámos sobrecogidos de espanto, y sin haber tenido tiempo de darnos cuenta de lo que sucedía, nos encontrámos en la intemperie y recibiendo chorros de agua sobre nuestras espaldas, camas y equipajes. Iluminaban esta tragedia las siniestras claridades de los rayos que se sucedían a cada segundo, y ahogaba nuestras voces el espantoso ruido de los truenos, que hacían temblar la tierra, y mucho más a los que no estábamos acostumbrados a aguantar en el desierto y al aire libre tempestades de esta clase. Corrimos todos en confusión hacia la canoa, a ponernos bajo el amparo del pequeño rancho que durante el día nos guardaba de los abrasados rayos del sol, que con tánta intensidad se hacen sentir en la superficie de los grandes ríos en esas regiones tropicales.

Sin una pieza de ropa seca y sin poder prender fuego, pasámos aquella dantesca noche, esperando con ansia que los primeros albores del día nos permitieran saltar nuevamente a la playa a hacer algún ejercicio muscular, no sin temor de que algunos amaneciéramos con fuertes calenturas. Pero gracias a Dios todos amanecimos perfectamente, con la ventaja de que los bogas habían aprendido bien la lección de cómo deben construírse los ranchos en las playas del Putumayo.

V

Tapacuntí.

El 8 de abril, al atardecer, llegámos a la tribu de Tapacuntí. Esta tribu está formada de indios macaguajes, que casi no entienden una palabra de castellano. Estos indios son pocos en número, unos veinte, y bastante salvajes; al-

gunos no habían visto nunca al Misionero. Allí pasámos día y medio.

Valiéndome del Catecismo en estampas y del intérprete Vargas, catequicé algo a estos pobrecitos, suplí las ceremonias y bauticé *sub conditione* a nueve adultos y tres párvulos, administré veintiuna confirmaciones y casé a tres parejas. Algunos blancos que acudieron, y también algunos indios huitotos algo civilizados, se confesaron y comulgaron, y las comuniones que distribuí ascendieron a treinta y una.

VI

Güepí—Visita a unas tribus huitotas—Algo sobre sus costumbres.

El 10 de abril a mediodía pudimos contemplar la desembocadura del río Güepí. Este lugar es punto céntrico adonde acuden los indios de algunas tribus de huitotos que viven no muy lejos de ahí. De Güepí arranca una trocha que en día y medio conduce a los lagos de Lagarto Cocha, desde donde se pueden embarcar mercancías hasta el río Napo. Algunos caucheros y balateros del Putumayo y también del Caquetá, se valen de esta trocha para ir a vender sus productos al río Napo y para introducir mercancías y víveres, sobre todo sal del Perú. Los indios huitotos en referencia son los principales cargueros y bogas de esta vía; con este oficio ganan ropa para vestirse los que no van desnudos y también pertrecho y armas.

Nuestro primer cuidado al llegar a Güepí fue levantar el censo de indios y blancos de aquellos alrededores e imponernos bien si era posible que se reunieran en un solo lugar para constituír un caserío, donde les pondría escuela y hasta Misionero, si la fundación se estabilizaba. A la vez hice avisar a todos los blancos que procuraran venir a la casa de Artemio Muñoz, donde estábamos hospedados, a fin de que asistieran a las instrucciones catequísticas que les dirigía y poder recibir los santos sacramentos.

En cuanto a los indios, les mandámos avisar que se reunieran todos en la tribu de los caimitos, distante unas cinco leguas de la casa de Muñoz, en el interior del monte, dirección oriental, en las cabeceras del Peneya, donde iríamos a catequizarlos, administrarles los sacramentos, nombrarles autoridades y tratar de persuadirlos a que se reunie-

ran en un solo punto. Cuatro días estuvimos en la casa de Muñoz, catequizando a los blancos y también a algunos indios que acudieron allí. El fruto cosechado fue de catorce bautismos de indios adultos, quince de párvulos blancos e indígenas, sesenta y dos confirmaciones, sesenta y nueve confesiones y comuniones y doce matrimonios, siete de blancos y cinco de indígenas.

Mientras me ocupaba en trabajos apostólicos, el doctor Márquez recorría los terrenos de la vecindad, con el fin de escoger el lugar más apropiado para la fundación del caserío. Después de estudiar varios puntos, se resolvió que el lugar más conveniente era el mismo en que estaba la casa del señor Artemio Muñoz. A todos los que se les habló de la fundación les pareció muy buena idea y prometieron contribuír para que pronto se realizara.

El 15, después de la santa misa, seguimos a la tribu de los caimitos, donde debían esperarnos todos los indios huitotos de los alrededores. A pie por una trocha llena de barro y atravesando terrenos en parte cenagosos, a las cuatro y media de la tarde llegámos a la mencionada tribu. Los indios nos recibieron con muestras de cariño y respeto. Algunos iban completamente desnudos. Se habían reunido ciento treinta y cinco. Levanté la estadística de todos, y el resultado fue el siguiente: tribu de sebúas, vive a orillas del río Güepí, a dos horas más arriba de su desembocadura, veintiséis indígenas; tribu de huecos, diez y nueve, que habitan en el interior del monte, en dirección suroeste; tribu de caimitos, donde nos reunímos, sesenta y cuatro indios, es la más numerosa y el punto más céntrico de todas ellas. Una hora antes de llegar donde los caimitos, se pasa por la tribu de los pacuyas, que cuenta con treinta y seis almas; así pues, el total de las diversas tribus de indios huitotos, en los alrededores de Güepí, asciende a ciento treinta y cinco indígenas. Algunos de estos indios no habían visto nunca sacerdote. Todo les causaba admiración en mí: unos me cogían la cuerda, contemplaban los nudos y se echaban a reír a grandes carcajadas; otros hacían sonar mi rosario, preguntando para qué servían aquellas pepas; otros me metían las manos en la capucha, y viendo la puntica con que termina y que nada había dentro, hacían entre ellos animados comentarios, que no podía entender; alguno me cogió de las barbas y empezó a tirar para cerciorarse si eran

En la *Playa de las Lágrimas*.

naturales o postizas, y cuando me defendía haciendo manifestaciones de dolor, se convenció, no sin gran admiración, de que eran naturales. Vi uno que preguntaba al intérprete alguna cosa con mucha insistencia y manifestaba grandes deseos de satisfacer su curiosidad, y cuando el intérprete respondía, se quedaba mirándome con cierta atención y admiración, como de quien va imponiéndose de cosas que ignoraba y le interesan mucho. Movido yo también por la curiosidad llamé al intérprete y le pregunté de qué trataban, a lo cual me respondió que aquel indio le interrogaba si *Fusinamuy*, nombre que ellos dan al Padre Misionero, era hijo de mujer y hombre como ellos, o había salido de algún lugar especial, si moría y si se hacía viejo. Todas estas cosas causaban en mi alma una impresión de tristeza y compasión, puesto que revelaban una suprema ignorancia y salvajismo; pero al mismo tiempo mi espíritu se llenaba de consuelo porque veía la confianza que ponían en mí y el respeto que les inspiraba; todo lo cual me hacía esperar con fundamento que nuestra estadía entre ellos sería fructuosa para sus almas. En efecto lo fue, como se comprueba con los datos que pronto se verán. Confieso con toda sinceridad que los días que permanecimos entre esos pobres salvajes, han sido los más agradables en mi vida de Misionero. Cuatro días permanecimos en este lugar, que los pasé ocupado con tánta intensidad y gusto, que casi ni comía ni dormía. Durante el día me ocupaba en catequizar por grupos no muy numerosos, a fin de que todos se aprovecharan; me valí del intérprete y del Catecismo en estampas. Por las noches tomaba datos e informaciones para los bautismos, confirmaciones y matrimonios. El señor Artemio Muñoz, que entendía y hablaba bien el huitoto, fue mi mejor auxiliar en la delicada tarea de las informaciones matrimoniales. El fruto de mis trabajos fue el siguiente: bautismos de párvulos, veintisiete; bautismos de adultos, cincuenta y dos; confirmaciones, ciento cuatro; matrimonios, veintiséis.

Al mismo tiempo que me dedicaba en cuerpo y alma a las tareas apostólicas, el doctor Márquez se ocupaba en ver la manera de organizar la autoridad civil entre aquellas tribus en la forma más eficaz para reunirlos a todos en Güepí, a fin de que pudieran mandar los hijos a la escuela, e irse civilizando, grandes y pequeños. Se estudió el De-

creto 1484 de 1914, sobre gobierno de los indios del Caquetá y el Putumayo, y basados en el mismo establecimos el Concejo del pueblo de Güepí, formado por individuos de cada una de las tribus. En mi calidad de representante de la primera autoridad eclesiástica de la Misión, formé y presenté las ternas de que habla el Decreto; y el doctor Márquez, como representante de la primera autoridad civil de la Comisaría, extendió los nombramientos de Comisarios y Vicecomisarios y les dio posesión. Les explicámos por medio de intérpretes las atribuciones y deberes de cada uno; entregámos con gran solemnidad, en presencia de todos los indios, una vara adornada a cada uno de los miembros del nuevo Concejo; les exhortámos a que se pusieran a las órdenes del señor Muñoz, a quien dejábamos instrucciones detalladas para el porvenir, a quien el doctor Márquez nombró Corregidor del Bajo Putumayo, con la condición de que empezaría a ejercer el cargo cuando calculara que nosotros hubiéramos pasado de Yuvineto, hasta donde seguiría ejerciendo nuestro capitán Ferrín. En todas las tribus fueron muy bien recibidas nuestras disposiciones, y en medio de grandes ¡hurras! prometieron todos los allí presentes seguir con docilidad las órdenes que les transmitieran el Gobierno y la Misión.

Los resultados de todas estas medidas no fueron infructuosas, puesto que permitieron fundar la escuela y hasta la residencia de Güepí o San Fidel del Bajo Putumayo. La escuela subsiste todavía, pero la residencia del Misionero hubo que suprimirse por falta de recursos en el año de 1921.

A instancias nuestras, la noche antes de salir de Caimitos nos obsequiaron aquellos pobres salvajes con unos cuantos bailes y cantos de los que acostumbran en sus grandes fiestas. Ellos celebran con bailes algunas épocas del año, como la cosecha del chontaruro y algunas otras frutas de las que más consumen.

En sus bailes imitan sonidos y algunos movimientos de ciertos animales, como el tigre y el jabalí; y sus danzas las apellidan con el nombre de lo que quieren imitar; así, tienen el baile del tigre, el de los puercos y otros.

En las épocas en que es de rito bailar, hacen grandes provisiones de comida, como carne de cacería, peces, fariña (que es el almidón de yuca brava, tostada) y cazabe (que

consiste en una especie de tortas de almidón de yuca). Los huitotos preparan el cazabe en tortas muy gruesas, que quedan crudas por dentro, lo cual hace que sean de aspecto, gusto y a veces hasta olor desagradables. Otras tribus de razas distintas preparan el cazabe en tortas delgaditas y bien tostadas, las cuales son bastante agradables, cuando uno se ha acostumbrado a comerlas. Me llamó la atención el que los huitotos no preparan chichas fuertes que los emborrachen; como bebida usan lo que llaman *casaramano*, que es el caldo que queda después de cocinada la yuca brava, con la que preparan la fariña y cazabe; probablemente agregan a este caldo algún otro ingrediente, cosa que no pude averiguar bien. Si alguna vez se emborrachan, es con las preparaciones de tabaco, de que trataremos más adelante. Para sus reuniones y fiestas tiene cada capitán de tribu una casa grandísima, de forma circular cónica. Estos caserones tienen las paredes y el techo de una hoja de monte que los indios llaman *huasipanga* (paja de casa). Estas hojas son parecidas a las de ciertas palmeras, aunque la planta que las produce no se levanta del suelo más de vara y media, y ni siquiera tiene la forma de arbusto. Las paredes de estas habitaciones forman a la vista una sola pieza con el techo y parecen más bien grandes colmenares que habitaciones humanas; y como para que aparezca más gráfica esta semejanza, en todo su alrededor las puertas se hallan muy inmediatas y por ellas entran y salen constantemente los de la tribu cuando celebran sus fiestas. Es costumbre entre estos indios el que cada familia tenga la puerta propia para entrar y salir en este gran edificio, aunque en su interior no hay división alguna; pero sí cada familia tiene allí su fogón, y nadie hace uso de los fogones ajenos. Las puertas tienen cada una su abra o tapa, de la misma clase de hojas de las paredes, y se cierran automáticamente, cayendo de arriba para abajo, de manera que cuando nadie entra o sale por ellas, ni siquiera se nota que haya tales puertas. Cuando las tribus se hallan reunidas en esas grandes casas, para pasar las noches guindan sus hamacas unas encima de otras, formando una especie de escaleras, que casi van a dar al techo. Causa admiración la destreza con que suben y bajan al acostarse y levantarse en esos colgantes y elevados lechos. Ordinariamente cada familia vive en una pequeña casa de su propiedad, en el monte, y sólo acu-

den a las mencionadas reuniones cuando el capitán invita a ellas por medio del toque del *maguaré*, instrumento singular, del que también hablaremos. A veces el capitán invita únicamente a la gente de su tribu, y otras a todas las tribus amigas de los alrededores; y tienen toques especiales par cada clase de invitación. En una de esas grandes casas, la del capitán de los caimitos, tuvo lugar la reunión que nosotros procuramos. Hechas las precedentes explicaciones, que dan alguna idea del escenario en que nos encontrábamos, volvamos a la invitación que hicimos a los indios para que nos divirtieran un poco con algunas de sus danzas antes de despedirnos. Lo primero que nos contestaron al oír nuestra petición fue que no podían complacernos porque no tenían carne, ni pescado, ni cazabe, ni casaramano, y que sin estos elementos no acostumbraban bailar. Insistimos nosotros, diciéndoles que se imaginaran que tenían todas estas cosas, y nos divirtieran un poco. Por fin, después de largas conferencias entre capitanes, accedieron, y pronto armaron una gran algarabía con sus cantos y saltos acompasados, acabando siempre con fuertes gritos y ¡hurras! en señal de satisfacción y aprobación.

Por lo que pudimos observar, sus bailes son honestos. Los hombres forman un gran círculo, cantando todos a la vez una rudimentaria tonadilla, muy corta, que repiten mientras dura el baile, aunque la letra cambia constantemente haciendo referencia al tema del mismo baile; como por ejemplo, en el baile del tigre, a escenas referentes a las costumbres y cacería de este animal; y por el estilo en los demás. Las mujeres van entrando en el círculo de los hombres, formando otro concéntrico, y acompañan el tono del canto con chillidos agudos e intermitentes, formando una armonía no tan desagradable. Al irse a terminar el baile, prorrumpen todos en estruendosos gritos y hurras e imitan con sus chillidos y movimientos a los animales a quienes dedican la danza, y en medio de grandes carcajadas se deshace el grupo. Dirige los bailes uno de los capitanes, teniendo en la mano izquierda tres pajaritos de madera, labrados en una sola pieza y pintados de varios colores, en los que sobresale el verde, y en la derecha, una especie de cetro, también pintado. No pude saber el significado preciso de dichas insignias. Para llamar a reunión e ir a empezar el baile, el capitán que dirige la fiesta hace sonar la

garatda. Este instrumento es una especie de lanza larga de palo fino, que tiene en la parte alta como un tamborcito en forma de óvalo aplanado, vaciado en el mismo palo de la lanza, o constituye una sola pieza con ella. Vacian el tambor abriéndole una grieta en uno de sus lados, la cual tapan después con una tira de corteza de árbol del mismo color de la madera de la *garatda*. Para que ese tambor suene, colocan dentro dientes de mono, y antes, cuando eran antropófagos, ponían los dientes de los que se comían. Al sacudir el palo, los dientes chocan con las paredes del tamborcito, produciendo un ruido parecido al de los granos de maíz dentro de un canuto de guadua. Ellos llaman a este ruido la voz de *Fusinamuy*, o sea la voz de Dios. Sin esta voz que los llama por medio del capitán, nadie se da por entendido para empezar el baile. Nos divertímos un buen rato, contemplando y comentando estas escenas; pero como en este mundo no hay alegría sin contratiempo, también esta vez me tocó pasar mi buen chasco y casi susto. Fue de la siguiente manera: cuando estaban bailando con el mayor entusiasmo y nosotros los contemplábamos con regocijo, salieron de en medio del círculo danzante dos de los principales, y muy serios, sin dejar de cantar y moverse al mismo compás de los otros, se dirigieron hacia mí, me cogieron de los brazos y me invitaron con sus ademanes a que siguiera a bailar con ellos en el círculo general. Yo, avergonzado y casi espantado, me resistí al principio, pero viendo la actitud de enojo que iban tomando mis invitantes, no me quedó más remedio que seguirlos a hacer el payaso un rato. Al ver esto el doctor Márquez, corrió a encerrarse dentro de su toldillo, y allí se estuvo riendo a mandíbula batiente, mientras yo pasaba mis apuros procurando ajustarme a las voces y saltos de mis importunos anfitriones. Al terminar el baile, el capitán me pasó una ración de coca que me vi precisado a probar, para que viera que no despreciaba su obsequio, y por cierto me causó tan mala impresión, que con dificultad pude reprimir el vómito que me provocó.

La coca es entre ellos un elemento de primera necesidad y un obsequio de los preferidos, como para los blancos los puros habanos. Tuestan sus hojas verdes a fuego lento en una olla grande de barro, hasta que se deshacen al tacto; cuando la coca va dando punto, queman hojas secas de

yarumo, del que nace en los rastrojos de la montaña, el cual no crece mucho y es de hoja muy tiesa. Al estar la coca bien tostada, la echan en un pilón estrecho y largo y la pilan hasta reducirla a polvo fino; en este estado la mezclan con ceniza de hojas de yarumo, más o menos en cantidad igual a la coca; ciernen esta mezcla en un pañuelo, y el polvo finísimo que va resultando es la coca que ellos toman continuamente y con la cual se obsequian. La cargan en bolsitas de caucho, algunas de forma casi artística y lujosa, especialmente las que usan los capitanes. La coca la toman llenándose la boca con el polvo mencionado, el cual se va mezclando lentamente con la saliva, y de esta manera lo van ingiriendo poco a poco. A esta operación la llaman *mambear*. Cuando *manbean*, que es casi continuamente, tienen los carrillos hinchados como si sufrieran de dolor de muelas, los dientes negros, y hablan como lo haríamos nosotros con la boca llena; de manera que un indio *mambeando* es una figura asquerosa. Dicen que la coca en esta forma les quita el hambre y el sueño; a veces pasan todo el día caminando o trabajando, sin tomar otro alimento que dicho polvo.

Cuando quieren tratar algún asunto que les parece importante se reúnen de noche los principales de la tribu por invitación del capitán, y cuando son varias las tribus reunidas, sólo los capitanes; se ponen en cuclillas alrededor de un mate que contiene una bola de tabaco y agua; de vez en cuando sumergen el dedo en el agua, lo frotan sobre la bola de tabaco, y haciendo señal de asentimiento con la cabeza, lo van lamiendo, al mismo tiempo que con la garganta producen un sonido gutural semejante a un leve mugido, como aplaudiendo al que habla, si lo que dice es de su agrado.

Aquella noche memorable, acabadas las danzas, cuando ya la mayoría de los indios estaban tendidos en sus hamacas, el capitán nombrado Comisario Mayor llamó a los Vicecomisarios, se pusieron alrededor del mate en la forma indicada y charlaron largo rato con grande animación. Estaba contemplando aquella escena, cuando se me acercó el capitán Comisario y me invitó a que los acompañara en la reunión, a fin de persuadirse de mi amistad; lo seguí inmediatamente, y sin saber lo que decían, cuando los del corrillo ponían el dedo en el tabaco y lamían, yo hacía lo mismo. Cada vez que esto hacía, ellos se alegraban en gran

manera y manifestaban su contento con gritos más fuertes que de ordinario; para mí era lo contrario; cada vez que me lamía el dedo, sentía un escozor en la garganta como si tomara ají, removiéndoseme desagradablemente el estómago, hasta producirme náuseas. Llamé al intérprete y le hice explicar lo que aquellos magnates decían con tánta solemnidad. Me refirió que hacían comentarios sobre todo lo sucedido durante los cuatro días de nuestra permanencia con ellos; comparaban sus tradiciones con las explicaciones catequísticas que yo les había hecho y con las láminas que habían visto en el Catecismo, y que mutuamente se animaban a cumplir las órdenes que les habíamos dado. A mi vez supliqué al intérprete que les diera las gracias en nombre de la Misión y del Gobierno por la buena voluntad que manifestaban y por la cariñosa acogida que nos habían hecho. Después de una hora de aguantar aquella posición forzada y cayéndome de sueño, conseguí que levantaran la sesión, en otras circunstancias tal vez interesante, pero mortificante en demasía entonces. Antes de acostarme quise imponerme por el intérprete de cómo se preparaba aquel tabaco, y obtuve de él la siguiente explicación: "cogen hojas verdes de dicha planta, la hacen hervir hasta que se ablande; en este estado, exprimen el jugo en una olla y botan el bagazo. Hacen hervir este jugo hasta que empieza a espesarse, luégo le mezclan un poco de *casaramano* y siguen cocinándolo hasta que se condensa como miel; en este estado, lo dejan enfriar y se endurece. De este modo usan el tabaco mascándolo, y es tan fuerte, que en ocasiones los emborracha completamente."

VII

El maguaré.

Ahora digamos algo del famoso *maguaré*. Es un instrumento de madera especial, muy fuerte y vibrante; de forma larga y ovalada; mide una vara y media o dos de longitud y unos 150 o 200 centímetros de circunferencia los más grandes; lo vacian a fuego lento, y por la parte externa superior le dejan dos agujeros cuadrados u ovalados, de unos 30 centímetros de circunferencia, a una vara de distancia, unidos entre sí por una hendidura de una pulgada de ancho, que comunica con el vacío interior. Ese instru-

mento lo colocan encima de un andamio de palos, a una altura de uno o dos metros del suelo; para hacerlo funcionar le dan golpes a los bordes de la hendidura con un mazo de madera revestido de caucho, y el sonido que produce lo perciben ellos a muchas leguas de distancias. Ordinariamente tienen dos maguarés juntos, ya en un mismo andamio, ya en otro, pero siempre muy inmediatos; el uno, que es muy grueso, lo llaman el hombre o macho, llegando a pesar a veces de treinta a cincuenta arrobas, y su sonido es ronco y bajo; el otro es más pequeño y delgado, de sonido más alto y agudo, y lo distinguen con el nombre de mujer o hembra. Para sus toques, combinan los sonidos de uno y otro, como se hace con las campanas. Estos ingeniosos aparatos les sirven de telégrafo y teléfono sin hilos; se hablan a largas distancias unas tribus con otras, se piden auxilio cuando se creen en peligro, se invitan a fiestas, y los que todavía son antropófagos, se invitan a comer a los blancos o indios enemigos que hayan caído en sus manos, lo cual lo verifican en medio de bailes y fiestas macabras. Para la preparación e instalación de los *maguarés*, usan un ritual muy largo y complicado, del que no me pude enterar bien por falta de tiempo.

Por la misma razón de escasez de tiempo, tampoco pude imponerme de otras muchas costumbres de esos salvajes. Por casualidad me enteré de una que me hizo comprender el grado de salvajismo en que yacen. Vi un hombre acostado con la cabeza vendada y el rostro pálido; le pregunté qué tenía, y me contestó que estaba guardando dieta; me hice explicar en qué consistía su enfermedad, a ver si podía aliviarlo con algún remedio. Por la explicación que me dieron, vine en conocimiento de que estos indios, cuando les nace un hijo, el padre es el que se acuesta y guarda cuarenta días de dieta, durante los cuales no come sino carne de aves y manjares de los que acostumbran para los enfermos. Durante este tiempo cuida al recién nacido, le hace unas cuantas embadurnadas con resinas silvestres y otras tántas lociones en alguna quebrada de aguas cristalinas. Mientras tanto la madre trabaja en los quehaceres domésticos y en buscar y preparar los alimentos para el ma-

El bote *Márquez* con su tripulación y pasajeros.

rido, como si en ella no se cumpliera aquella sentencia del capítulo 3°, versículo 16 del sagrado libro del Génesis.

También por lo que pude ver, esa pobre gente tiene muy poco aprecio por el valor del tiempo, y nunca se preocupa en calcular el esfuerzo del trabajo con el resultado del mismo. La prueba de esto es el hecho siguiente: cuando se aproximan sus fiestas, a fin de hacerse a cacería, cercan una grande extensión de monte con palitos bien tupidos; cuando la tienen bien cerrada, abren algunos agujeros por donde puedan salir los animales que hayan quedado dentro, y en cada uno de estos pasos arman una trampa, en la cual quedan cogidos algunos animalitos, que en ningún caso compensan el tiempo gastado y el trabajo ímprobo que les cuestan todas estas cosas.

VIII

De Güepí al istmo de Caucaya—Tagua—Visita al Caquetá.

En la mañana del 18 de abril nos despedímos de los huitotos de Güepí. Muchos de ellos nos acompañaron en un buen trecho de camino, y todos nos dieron al despedirnos muestras de reconocimiento y cariño. Ese mismo día llegámos a la casa de Artemio Muñoz, a orillas del Putumayo, y nos preparámos para seguir el viaje al día siguiente. El 19 dejábamos a Güepí en medio de la tristeza y manifestaciones de cariño de los blancos, que por última vez se habían reunido en la casa de Artemio Muñoz para oír la santa misa y despedirnos. En medio día nos pusimos a la desembocadura del Caucaya, istmo de La Tagua, sin otro contratiempo que habérsenos olvidado en Güepí una carabina y un paraguas. Como estos objetos nos hacían gran falta en el viaje, resolvimos mandar a nuestro capitán Ferrín a que nos los trajera; por fortuna en una de las islas del río encontramos un potrillo que nos sirvió a las mil maravillas para este objeto. En el Caucaya, mientras esperábamos el regreso del capitán Ferrín, resolvimos estudiar el istmo que separa el Putumayo del Caquetá. Fuimos hasta este último río por una muy rudimentaria trocha, que nos condujo a la desembocadura y antiguo puerto de La Tagua. Medímos la distancia entre el Caquetá y el Putumayo, resultando 21 kilómetros. Atravesámos dos quebradas bastante grandes, que creímos fueran las cabeceras del Caraparaná, pero luégo nos convencimos de que eran los orí-

genes de los ríos Cejerí y Curillá, afluentes del Putumayo, que quedan mucho más arriba del Caraparaná. En este istmo nos sobrevino de noche otra tempestad como la de que he hablado, pero con circunstancias mucho más agravantes. La primera la pasámos en una playa y en el río, donde no había peligro de morir aplastados por un árbol; en ésta, al horror producido por los rayos y truenos constantes, se agregaba el que las frecuentes caídas de los árboles derrumbados por el espantoso huracán, hacían retumbar la montaña, como si sonaran grandes cañonazos cerca de nosotros. Los árboles de nuestro alrededor, que nos cobijaban con sus ramas, traqueaban con una pertinacia que nos tenía a todos sobresaltados; rezábamos a la Virgen, auxiliadora de caminantes y navegantes, con un fervor edificante. Como lo chusco se mezcla siempre con lo serio, y lo sublime con lo ridículo, también en esos momentos de angustia y ansiedad nos tocó presenciar una escena, que después de pasado el peligro nos divirtió en gran manera: el intérprete Vargas, acostumbrado como está a los usos de los indios, en los momentos en que estábamos afanados por los horrores de la tempestad, no pudiéndose contener, salió del ranchito donde estaba con los otros bogas y empezó a soplar hacia los cuatro puntos cardinales, haciendo gesticulaciones y profiriendo extraños gritos, como dicen que lo hacen los brujos de las tribus donde él ha vivido. Por el momento poco caso hicimos de aquellas raras ceremonias, porque la preocupación principal de todos era el temor de morir aplastados por los grandes árboles que nos rodeaban, o carbonizados por algún rayo de los que se sucedían sin interrupción; pero cuando ya pudimos reflexionar con serenidad, el pobre Vargas y sus brujerías fueron el tema principal que nos divirtió durante varias jornadas.

El estudio que en aquella ocasión hicimos de aquel lugar, sirvió no poco para que la Comisión que el Gobierno Nacional nombró en 1920, lo escogiera como el punto más aparente para la fundación de la Colonia Penal del Putumayo, decretada por la Ley 24 de 1919.

IX

Del Caucaya al Caraparaná—Entrada a la zona ocupada por el Perú.

El 25 de abril seguímos por el Putumayo con deseos de llegar pronto a Yuvineto, ya que de lo que allí nos suce-

diera dependía en gran parte el éxito o fracaso de nuestra expedición, y sobre todo el rumbo definitivo de nuestro viaje. Si allí se nos impedía el paso, tendríamos que regresar para tomar alguna trocha que nos condujera al río Napo e Iquitos; y esto implicaba el tener que separarnos de los bogas con quienes estábamos ya familiarizados y quienes deseaban más que nosotros conocer el Amazonas y Manaos. Además, esta contrariedad nos impediría conocer y estudiar las condiciones del Putumayo para la navegación.

En todo el trayecto del Putumayo hasta el Caucaya poco molesta el mosco *jején* durante el día, ni tampoco el zancudo por la noche; pero de ahí para abajo, el Putumayo es casi inhabitable por las inmensas nubes de jején, zancudo y arenilla, especialmente en ciertos trayectos del río. Cuando uno se halla recogido dentro del toldillo, esperando que amanezca, parece como si se encontrara rodeado de un avispero alborotado, tal es el ruido que producen dichos insectos; y si al acostarse no se tiene la precaución de arreglar el toldillo de modo que quede bastante separado del cuerpo, no se limitan a hacer ruido, sino que al través de la tela van acribillando a picotazos al pobre mortal que no ha sido suficientemente precavido, en términos que por más dormido que uno esté lo despiertan y se ve precisado a defenderse. Hace algunos años que en un folleto del General Rafael Reyes leí que eran tántos los moscos del Putumayo, que bastaba dar un palmetazo con las manos, para que quedara en ellas una pasta formada por la muchedumbre de moscos que con esta sola acción se aplastaban y que de noche era preciso cubrirse completamente con una gruesa capa de arena, dejando únicamente en descubierto las narices para no asfixiarse, a fin de poder dormir y evitar las picaduras de los zancudos. Al leer estas afirmaciones me sonreí, pareciéndome una enorme exageración, pero confieso ingenuamente que después de haber pasado por dicho río, la exageración no me parece tan grande. En confirmación de lo que acabo de decir, referiré las precauciones que teníamos que tomar para poder celebrar la santa misa; pero antes voy a permitirme una pequeña digresión, que no me parece fuera de lugar. La piedad de los expedicionarios era ejemplar; todos los días, al laventarnos, lo primero que hacíamos era celebrar la santa misa, que oían todos; el doctor Márquez la ayudaba auxiliado con el Cate-

cismo, y además comulgaba diariamente y muchas veces también algunos de los bogas. Cuando llegábamos donde había gente, lo primero que hacíamos era brindarles los servicios y auxilios espirituales, como bautizar, confirmar, confesar, casar, etc. Por las noches nunca nos acostábamos sin haber rezado en común el santo rosario y todos practicaban con gusto y devoción estos actos de piedad. Pues bien, del Caucaya para abajo, para celebrar la santa misa nos vimos precisados a destinar al capitán de la tripulación, para que con un abanico de plumas de cola de pava espantara las moscas que durante el santo sacrificio se prendían de la cabeza, pescuezo y manos del celebrante, con una pertinacia desesperante; y el doctor Márquez, para hacer de acólito, se veía precisado a taparse la cara y manos con una gasa que algo lo defendía de la voracidad insaciable de esa terrible plaga. Durante el día, en la canoa, o teníamos que taparnos completamente la cara y las manos, lo cual nos producía un calor insoportable, o era preciso rodearnos de espirales de humo de nidos de comején que encendíamos, cuyo mal olor nos atontaba pronto la cabeza, al mismo tiempo que nos hacía lagrimear en abundancia. Con todo, a pesar de estas penosas precauciones, llegámos a Manaos con las manos tan llenas de puntos negros, que se podían confundir con las de los descendientes de Cam.

Después de estas explicaciones, que dan alguna idea de los trabajos que pasámos desde nuestra salida del Caucaya, volvamos a seguir la relación del curso de nuestro viaje. En tres días y medio de navegación nos pusimos del istmo de La Tagua a Yuvineto. Este lugar, considerado militarmente, es muy estratégico, está en el vértice de un inmenso ángulo que forma el cauce del Putumayo. Hay dos casas grandes desde las cuales se domina perfectamente el río en una extensión de más de una legua, tanto hacia arriba como hacia abajo. En aquel tiempo había allí ocho soldados y un Teniente, todos en apariencia palúdicos y en un estado de abandono que no parecían militares. Más de una hora antes de llegar, ya divisámos las casas, y aunque ninguno de los que íbamos conocía el punto, pronto comprendimos lo que en realidad era. El rato que tardámos en llegar lo pasámos en animados comentarios de lo que nos podía suceder, al mismo tiempo que estábamos todos poseídos de la más viva curiosidad y zozobra. Atracámos al des-

embarcadero, donde se nos acercó un soldadito que tenía la cabeza y el cuello cubiertos con una especie de cofia, cuyas extremidades en forma de faldones le colgaban por el pecho y la espalda, indumentaria muy común en las regiones del Bajo Putumayo para defenderse de los mosquitos. Le preguntámos por el jefe y nos respondió que lo iba a llamar, al mismo tiempo que nos interrogó quiénes éramos. Le manifesté que era un Misionero, el doctor Márquez un compañero de viaje, y los demás los bogas. Inmediatamente se fue a comunicar al jefe lo que había oído, y que deseábamos hablar con él. Pronto bajó un individuo de aspecto antipático, con barbas negras como de enfermo, rostro blanco alabastrino, efecto del paludismo, en el cual resaltaba mucho la negrura de sus desgreñados pelos. Nos preguntó quiénes éramos y a dónde íbamos. Nuestra respuesta fue, poco más o menos, la misma que dimos al soldado. Nos exigió pasaportes, pero como no traíamos, dijo que siquiera le mostráramos algún documento que acreditara nuestra personalidad, pues aunque él creía que éramos gente respetable y honrada, bien podía suceder que fuéramos unos bandidos o espías. Al oír esto, respondí inmediatamente que no éramos bandidos y que sí podía acreditar mi carácter de Misionero, cuyos títulos traía, y diciendo esto le mostré mis documentos eclesiásticos; pero como estaban todos en latín, tan pronto como les hubo dado un vistazo, me respondió que a él aquello no le servía, y me exigió que le presentara algún documento escrito en castellano. Después de un minucioso registro en mis papeles, no encontré otro para el caso que el nombramiento de Viceprefecto Apostólico. Con disimulo pregunté al doctor Márquez si presentaba o nó aquel documento, y fue de parecer que debía mostrarlo. Lo leyó, se quedó pensativo y no dijo nada. Entonces se dirigió al doctor haciéndole la misma exigencia; y éste, como no encontrase otro documento a propósito, se vio precisado a presentar un telegrama de Bogotá, en que se le llamaba Visitador Fiscal de la Nación. Desde que se impuso de los papeles aludidos, cambió un poco de modales. Le preguntámos si podíamos pasar, que era lo que más nos interesaba, y nos contestó que sí. La respuesta nos regocijó sobremanera, y desde este momento se acabó la ansiedad que nos dominaba y que no podía menos de aparecer en el exterior. Interrogámos a dicho señor si los que

vivían allí eran militares, y nos contestó que nó, que eran caucheros de la casa Arana, y para hacernos creer mejor lo que nos decía, nos contó que en el Putumayo no se cosecha caucho fino sino una mezcla de varias gomas o *jebes*, con las que se forman tiras gruesas de caucho llamadas *rabos del Putumayo*, cuatro de los cuales constituyen *un pago*, o sea una arroba de caucho; y que para extraer esas gomas no cortan los árboles, sino que pican uno de los lados del tallo en forma de espinazo de pez. Con todo, nos dijo que él tenía el título de Inspector del tráfico, y como tál debía averiguar y registrar todo lo que subía y bajaba por aquel sitio; y en efecto, nos hizo examinar la canoa y los equipajes, pero lo hicieron con tal timidez, que no se dieron cuenta de nada; manifestó además que se llamaba Valdés Ramos y que sólo desde enero estaban allí, habiendo permanecido ese sitio abandonado durante mucho tiempo. A pesar de lo que nos decía aquel señor, nos llamó en gran manera la atención y nos hizo dudar de que las cosas fueran como él decía, el hecho de ver en las chaquetas viejas que tenían puestas los tres o cuatro muchachos que aparecieron en el embarcadero, unos ribetes colorados como los que se usan en los uniformes militares. Ofrecí al señor Ramos mis servicios apostólicos y me contestó que nada había que hacer, pues todos eran racionales (así llaman por allá a los blancos para distinguirlos de los indios), habían recibido el bautismo y eran casados. No nos invitó a subir a la casa, ni a nada, lo cual no nos disgustó, pues la catadura de toda aquella gente poca confianza nos inspiraba. Como referiremos a su debido tiempo, supimos después que el señor Ramos no era tal Valdés sino el Teniente Barriga, y los demás que vimos no eran peones de la casa Arana sino soldados del Gobierno del Perú, y que estuvieron deliberando un buen rato si nos apresaban o nó.

Después de la escena apuntada, que duró una hora y media, seguímos viaje, dando gracias a la Santísima Virgen de poder continuar todos por el Putumayo al Amazonas.

Impresionados por el mal aspecto de la gente de Yuvineto, por la soledad de aquellos lugares en donde no se encuentra un alma, y por lo mucho que habíamos oído contar sobre crímenes en el Putumayo, desde aquel momento resolvimos andar día y noche y no quedarnos nunca a dormir en aquellas desiertas riberas. Arreglámos en la misma

canoa una especie de camarote donde podíamos dormir los dos pasajeros, aunque con alguna estrechez; y a los bogas les ordenámos que uno fuera guiando la canoa como piloto, mientras los otros dormían, dejándola deslizar al solo impulso de la corriente, y que a cada cuatro horas se relevaran; así anduvimos durante todo el trayecto del Putumayo, ocupado por el Perú. Al amanecer saltábamos a las playas o montes a celebrar la santa misa, y volvíamos a embarcarnos inmediatamente después de concluído el augusto sacrificio.

Durante quince noches, algunas muy oscuras, que navegámos en esta forma por regiones desconocidas, no tuvimos sino dos sustos regulares. Fue el primero en un gran remolino situado entre Yuvineto y Caraparaná. Las vueltas de la impetuosa corriente cogieron al bote, impulsándolo a que girara al mismo compás de las aguas, a pesar de los esfuerzos del piloto; éste, no dándose cuenta exacta de la clase de fuerza inusitada que quería arrebatarle la nave, tan dócil de ordinario a la dirección de su remo, gritó angustiado: "¡Se hunde la canoa!" Despertámos todos sobresaltados, pero, por dicha nuestra, cuando empezámos a preguntar de qué se trataba, ya la destreza del capitán había logrado sacarnos de aquel baile aterrador. El otro nos sobrevino entre el Igaraparaná y el Yaguas, y tuvo causas muy distintas. A las diez de la noche se desató una de aquellas imponentes tempestades de que hemos hecho ya mención, la cual levantaba encrespadas olas, que al mismo tiempo que casi hacían zozobrar la canoa, impedían su marcha descendente. El aguacero era tan fuerte, que al mismo tiempo que nos empapó, iba llenando la frágil barquichuela. Intentámos arrimar a una orilla, pero como la anchura del río en aquellos lugares se acerca a dos kilómetros, e íbamos bajando por la mitad del cauce, y la corriente impetuosa nos empujaba a seguir esta misma dirección, para conseguir la que deseábamos, los bogas tuvieron que acometer una lucha peligrosa y casi desesperada, que la oscuridad de la noche convertía en heroica. Mientras los animosos tripulantes luchaban a brazo partido con las olas y la corriente, el doctor Márquez y el que esto escribe, con una actividad febril, nos ocupábamos en sacar agua de la canoa con mates y tazas. En aquel sitio las orillas del río son bajas e inun-

dadizas, y como éste estaba en gran creciente o *conejera*, como llaman en el Putumayo a las grandes avenidas, cuando creíamos alcanzar tierra por los árboles que ya tocábamos, tuvimos todavía que hacer mil maniobras para poner la canoa en varadero. Venciendo no pocas dificultades, conseguímos prender una lámpara de petróleo que llevábamos. Guiados por esa luz pudimos evitar que la embarcación se nos hiciera pedazos entre aquellos árboles, pero al mismo tiempo nos hizo ver una gran culebra de tres o cuatro metros de largo, que se deslizaba junto a la canoa, con la cabeza levantada, como si quisiera subir o pasar la noche con nosotros para reponerse del susto que los bogas le habían dado inadvertidamente en sus agitadas maniobras en medio de aquellas ramas. Esta inesperada visión nos acabó de enardecer a todos para seguir venciendo dificultades y llegar pronto a tierra firme. Por fin, después de tres cuartos de hora de lucha tenaz, pusimos pies en *barrialosa* y acabámos de pasar aquella noche con un frío más que regular. Auxiliados con el petróleo y la lámpara logramos prender fuego, que nos sirvió no poco para consolarnos y reanimarnos.

En tres noches y dos días y medio llegámos al Caraparaná. Una hora antes de llegar a la confluencia de dicho río nos encontrámos con el colombiano César Niño, quien nos dio muchos datos y explicaciones de aquellos sitios. Orientados por estos informes determinámos subir hasta El Encanto, donde está la agencia principal de la casa Arana, y también ir a visitar a unos Padres Misioneros ingleses que vivían en San Antonio, a unas seis horas por tierra desde aquel punto. El encuentro de aquel colombiano podèmos afirmar que fue providencial; de lo contrario, casi con seguridad habríamos pasado por la desembocadura del Caraparaná sin darnos cuenta de que habíamos llegado allí. Este río cae al Putumayo de Oriente a Occidente, y el Putumayo corre de Occidente a Oriente, en largos trayectos, y especialmente en aquel donde recibe el Caraparaná. A la vista, su desembocadura hace el efecto de un brazuelo del Putumayo; y uno que no conozca el terreno, si no pasa muy cerca de la orilla, lo cual no sucede cuando se navega aguas abajo, ni siquiera sospecharía que aquello sea un río distinto. Al pasar muy cerca de su desembocadura, el color de las aguas del Caraparaná indica que son de otro río.

X

Entrada al Caraparaná—El Encanto—Visita a los Padres Franciscanos en San Antonio—Censo de la población indígena del Caraparaná e Igaraparaná. Algunas costumbres de los indios—Curiosidad que despertó nuestra visita en aquellos sitios.

En catorce horas de navegación aguas arriba por el Caraparaná llegámos a El Encanto. En este trayecto del río habían entonces unas diez familias colombianas o de colombianos que vivían con indígenas huitotos. Hablámos con todos ellos; nos contaron muchas cosas de los peruanos, sobre todo acontecimientos sucedidos hacía ya muchos años. Nos manifestaron que a ellos no les daban trabajo en la empresa Arana, pero que tampoco los hostilizaban, y que el único medio que tenían para ganar algún dinero, era vender carne de monte o peces a la agencia principal de la empresa o a sus vapores. En El Encanto el Gerente de la casa Arana, señor Miguel de Loaisa, nos recibió muy bien y nos atendió con mucho esmero. Al manifestar nuestros deseos de visitar a los Padres Misioneros Franciscanos en San Antonio, inmediatamente puso a nuestra disposición un blanco, empleado de la empresa, señor Carlos Seminario, y cuatro indios huitotos; el primero para que nos sirviera de guía, y los segundos para que nos llevaran el equipaje.

El Encanto lo componen tres edificios regulares y unas quince casas de paja, la mayor parte habitadas por indios huitotos. Los edificios pertenecen, uno a la casa de Arana, a la cual sirve de agencia y es de madera labrada con cubierta de cinc; otro, de propiedad del Gobierno Nacional, donde está el motor y maquinarias de la torre inalámbrica, sistema Telefuncke, que funciona allí; éste de cemento, con techo también de cinc; la torre es de hierro y mide unos 60 metros de altura; la maquinaria de la torre estaba a cargo de un mecánico alemán, pero el telegrafista era peruano. El tercer edificio sirve de cuartel a la guarnición militar de aquel sitio; es inferior a los otros dos en cuanto a solidez y valor, aunque superior en dimensiones. Aquella guarnición se componía de veinticinco hombres, comandados por el Capitán Udiales. Este señor, cuando supo lo que nos había sucedido en Yuvineto, se contrarió bastante y nos dijo que el sujeto que se había presentado como Ins-

pector del tráfico no era tal Valdés Ramos sino un Teniente Barriga, su subalterno, y los jóvenes que lo acompañaban, soldados del ejército peruano; agregó que el Putumayo constituía el primer sector militar de Loreto con tres guarniciones: la de Yuvineto; la de El Encanto, residencia del Jefe del sector, y la de Taraparaná, en la frontera con el Brasil. Se lamentó de que tan mal representada estuviera su patria en la frontera de Colombia. Seguramente aquel seudo Valdés Ramos recibiría su buena reprimenda, por haberse puesto un nombre tan bonito; con todo esto, se confirmó una vez más la verdad de aquel adagio: "Más fácil es coger a un mentiroso que a un cojo." El Capitán Udiales nos facilitó un pasaporte para que en la guarnición de Tarapacá, desembocadura de Cotué, no nos sucediera contrariedad alguna. El lugar de El Encanto es muy pintoresco. Unas bellas lomitas, tapizadas de verde césped, cuyo asiento baña el río Caraparaná, formando dos grandes herraduras, constituyen el área de población. En este lugar tiene la empresa de Arana una lancha de treinta toneladas, llamada *Callao*, comandada por un portugués de apellido Tabares, y tripulada por indios huitotos. Con ella recogen el producto de todas las secciones que quedan cerca de los ríos navegables, a fin de que el vapor *Liberal*, que cada tres meses va de Iquitos a El Encanto y La Chorrera, encuentre la carga lista. Junto a la *Callao* amarrámos nuestro bote y observámos que era dos metros más largo que dicha lancha. Les llamó mucho la atención nuestra canoa a los vecinos de El Encanto, quienes no se cansaban de alabar sus magníficas condiciones, lo que nos llenaba de orgullo y satisfacción.

El 3 de mayo, después de un desayuno-almuerzo obsequiado por el señor Loaisa, nos dirigímos a San Antonio. Salímos de El Encanto a las nueve de la mañana, y a las dos de la tarde llegámos a la sección cauchera de Esmeralda. Durante el camino pudimos observar lo que nos contó en Yuvineto el supuesto Valdés Ramos, sobre la manera como picaban los tallos para extraer la goma. A ambos lados de la trocha, muy ancha y bien arreglada, por donde pasábamos, vimos multitud de árboles picados en forma de espinazo de pez, por todos sus lados, los que indican distinta época; pues debe saberse que a cada árbol no puede hacérsele sino cada cuatro años una de esas pica-

duras laterales. La sección de Esmeralda se compone de unas dos tribus de indios huitotos, manejados por un blanco. Allí se nos presentaron una multitud de indígenas completamente desnudos, sobre todo las mujeres. Los hombres, aun los más escasos de vestido, llevaban siquiera un pequeño delantal, como de una cuarta y media de largo por una de ancho, que les cubría siquiera lo más indispensable para no hacer avergonzar a los que los vieran; pero las del sexo débil, sólo llevaban unas pequeñas gargantillas en las muñecas y en los tobillos. En ese lugar nos cogió un soberbio aguacero en una de las grandes casas del capitán de la tribu. Allí tocámos largamente el *maguaré* y pudimos comprobar que es cosa cierta que los indios oyen a largas distancias los sonidos de este singular instrumento. Teníamos que pasar del Caraparaná, y no habiendo canoa en el lado donde nosotros estábamos, nos fue preciso pedirla a una tribu que vivía en la otra banda, pero a unas horas de distancia de Esmeralda. Los que nos acompañaban dieron en el *maguaré* los toques que acostumbran para estos casos, y en el tiempo preciso que necesitábamos la embarcación, llegaron los indios con ella. Antes de que nadie hablara con ellos, el doctor y yo les preguntámos quién les había avisado, y nos respondieron que habían oído el *maguaré*. A las seis de la tarde llegámos a San Antonio. Los Padres Franciscanos Cipriano Burne, Sebastián Fitzpatrick y el Hermano fray B. Edwin O'Donell, nos recibieron con sorpresa, al mismo tiempo que con gran caridad y finas atenciones. Les conté en confianza el objeto de nuestro viaje y quiénes éramos; y ellos a su vez me explicaron muchas cosas referentes a su situación y ministerio, y me suministraron datos estadísticos completos de los ríos Caraparaná e Igaraparaná. Por ellos supe que en 1912 el Papa Pío X les había enviado allí a raíz de la publicidad que se dio a los crímenes del Putumayo. Cuando dicho Pontífice publicó la Encíclica *Lacrimabili Statu*, se hizo en Londres una gran colecta para auxiliar a los salvajes del Putumayo. Lo que se colectó se depositó a interés en un establecimiento de crédito, y se dispuso que con los réditos se fundara y sostuviera una Misión católica que fuera el amparo y defensa de aquellos infelices. Esa región, según el mapa eclesiástico del Perú, forma parte del Vicariato Apostólico de Iquitos. Con todo, la Misión

de los Padres Franciscanos se estableció como independiente, aunque sin excardinarla territorialmente de aquella entidad. Al principio vinieron cuatro religiosos sacerdotes, cuyo Superior tenía facultades de Prefecto Apostólico. Establecieron dos residencias: una en la región del Igaraparaná, en el caserío de La Chorrera, centro principal de aquel río, y otra en la del Caraparaná, en el sitio de San Antonio, antiguo San Gregorio, cuando en esa región tenían sus empresas los colombianos Gregorio Calderón y hermanos. Los Padres fundaron escuelas en cada una de las residencias, pero casi sin ningún resultado, debido a que ni a los indios les gusta concurrir a ellas, ni por parte de la casa Arana, ni por la del gobierno del Perú, encontraron apoyo alguno para que obligaran a los indios a enviar sus hijos a educarse e instruírse. Su ministerio se reducía casi exclusivamente a bautizar indios párvulos sin uso de razón y adultos en la hora de la muerte. Me dijo el Reverendo Padre Cipriano que en séis años habían hecho dos casamientos y distribuído un número insignificante de comuniones. Desde que estalló la guerra europea casi no recibían auxilio alguno; cuando pasámos nosotros, sólo celebraban dos veces por semana por escasez de harina y de vino, por lo que les obsequié un poco de harina de la que nosotros traíamos para hacer las hostias. Antes de la guerra recibían mensualmente provisiones y recursos de Inglaterra por conducto del Cónsul de Iquitos y de la Compañía Booth, cuyos barcos hacían viajes directos de Liverpool a la capital de Loreto. Hacía ya dos años que el Reverendo Padre Superior y otro de los Padres habían regresado a Europa por motivos de salud, y ellos esperaban que les llegara de un momento a otro la orden de regresar también. Efectivamente, en el mes de octubre de aquel mismo año se fueron para su patria, quedando de nuevo las regiones del Caraparaná e Igaraparaná espiritualmente desamparadas.

Según el último censo levantado en 1917 por la casa Arana y que dichos Padres Misioneros me facilitaron, había en la región del Caraparaná 2,300 indios, todos huitotos, diseminados en las siguientes caucheras: El Encanto, centro principal; Esmeralda, con la sucursal de San Antonio, residencia de los Misioneros; Argelia, con las sucursales de Pisaguas y Sebuas; Yabuyanas; Florida, con la sucursal Nonuyas; La Sombra, con la sucursal Erayes; Esperanza;

Interior de una estación cauchera del Caraparaná.

La India e Iberia (antigua Nueva Granada), sobre la orilla izquierda del Putumayo, cuatro horas más abajo de la desembocadura del Caraparaná. Cada sección se compone de dos, tres o más tribus de indios, a órdenes cada una de su capitán respectivo. Las sucursales cuentan con menos indios. Cada capitán de tribu tiene su gran casa de reunión, como se dijo al hablar de los huitotos de Güepí, y en cada casa sus *maguarés*. Estos capitanes están sujetos a un agente blanco que reside en cada sección, y éstos a su vez reciben sus órdenes directas del Gerente de El Encanto.

En la región del Igaraparaná domina la casa Arana 6,200 indios de distintas razas y lenguas, siendo los huitotos los más numerosos. Las razas con lengua propia son seis: huitotos, boras, andoques, recígaros (que sólo cuentan 50 hombres de trabajo), ocainas y muinanes. Las estaciones de aquella región son las siguientes: La Chorrera, que es la principal, a orillas del mismo Igaraparaná; allí reside el Gerente de aquella región, que era entonces el señor Ubaldo Lores; hasta allí va cada tres meses el vapor *Liberal* a cargar caucho y balata. Dispone también de una lancha llamada *Aguila*, para recoger el producto de las distintas secciones; esta lancha es un poco más pequeña que la *Callao*. Sección Sur, de indios huitotos; Oriente, de indios ocainas; Occidente, con la sucursal Emerayes, ambas de huitotos; Atenas, con la sucursal Charocamena, también de huitotos; Andoques, de indios andoques y boras; Sabana, con las sucursales Nonuyes y Aimenas, de indios huitotos, boras y recígaros; Entrerríos, con una sucursal, ambas de huitotos; Ultimo Retiro, con la sucursal Porvenir, de indios huitotos y muinanes; Abisinia, con la sucursal Uvatipa, de indios boras, y Santa Catalina, también de indios boras. Me informaron además los Reverendos Padres Misioneros que en la raza bora había aún muchos salvajes, a los cuales no habían podido someter los blancos, y que para éstos eran una verdadera amenaza, de tal manera que no podían andar por las cercanías donde esos indios tienen sus centros, sin ir bien armados y en grupos, pues a uno solo, aunque vaya bien armado, le es muy difícil defenderse. En el año de 1917 hubo en el Igaraparaná un levantamiento de indios, parte de los sometidos y parte de los indómitos, quienes atacaron la agencia principal de aquella región. Durante varios días hubo un nutrido tiro-

teo entre rebeldes y blancos e indios fieles. Los insurrectos se atrincheraron dentro de una casa rodeada de una muralla de bultos de caucho, en la que no penetraban las balas. De Iquitos acudió una compañía de soldados con una ametralladora, pero ni así consiguieron desalojar de sus posiciones a los levantiscos; sólo lo consiguieron cuando lograron incendiar el techo de la casa donde se guarecían, por medio de una pelota impregnada de petróleo, la cual prendieron y lanzaron sobre la casa. En esa ocasión los blancos del Igaraparaná se salvaron por haber hecho traición algunos de los mismos indios, quienes les avisaron con tiempo lo que se tramaba, y así pudieron prevenirse y repeler el ataque desde los primeros momentos. Muchas otras cosas me contaron los Padres sobre las relaciones de los blancos e indios. También sobre el apoyo que los empleados de la casa Arana prestaban a los Misioneros. Este apoyo fue casi siempre insignificante, por lo menos en la parte moral o a la que se refería al ministerio apostólico e instrucción pública. No hostilizaban directamente a los religiosos, pero tampoco ejercían influencia sobre los indios para que se aprovecharan de sus labores apostólicas. La presencia de los Padres favoreció mucho a los indios, pues los Padres, tanto como Misioneros católicos, eran considerados como espías ingleses, y el temor de una intervención extranjera moderó a los caucheros. La primera mejora que se implantó con la llegada de los Padres a esas regiones fue el cambio de sistema en la manera de hacer trabajar a los indios. Antes, a los jefes de sección se les daba como honorarios un tanto por ciento de lo que recogían los indios que manejaban. Con este sistema sucedía muchas veces que por el deseo inmoderado de lucro, se exigiera a los pobres indios tareas superiores a sus fuerzas, dando esto ocasión a crueldades y malos tratos por no cumplir lo que les era materialmente imposible. Desde la llegada de los Padres se abandonó el sistema del tanto por ciento y se estableció el de sueldos fijos. Cuando nosotros pasámos por el Caraparaná todos los empleados de la empresa Arana tenían sus sueldos, cualquiera que fuese el resultado del trabajo de los indios. Por lo que pudimos observar y también por lo que nos contaron los Padres Franciscanos, nos formámos la convicción de que hace algunos años no se registran casos de barbarie como los que se cuentan de tiempos anteriores.

Unos colombianos, que cuando nosotros pasámos por El Encanto vivían en el Caraparaná y después subieron a Puerto Asís, me contaron que desde nuestra visita habían mejorado los pagos a los indios. ¡Quién sabe si sea verdad tánta belleza!

Los indios que todavía viven sin sujeción a nadie son antropófagos, como lo eran hasta hace poco los que están sometidos. Más todavía: se puede afirmar que los ancianos de las tribus ya conquistadas son aún antropófagos; y si se contienen, es por el miedo de ser castigados por los blancos, si continuaran con tan inhumana costumbre. Un empleado de la casa Arana que ha pasado muchos años en las regiones del Caraparaná e Igaraparaná, me contó que uno de los trabajos más grandes que tuvieron al hacerse cargo de aquellas tribus, fue quitarles la bárbara costumbre de comerse los de una tribu a los de la otra cuando los cogían prisioneros en sus peleas. Para comerse a los que aprisionaban, preparaban estos salvajes una gran fiesta con sus bailes respectivos. Durante dos o tres días invitaban a los de toda la tribu y demás tribus amigas con continuos toques de *maguaré*. Cuando llegaba el momento de empezar la fiesta, ataban al prisionero a un palo clavado en la mitad de la casa donde se celebraba la macabra ceremonia. Organizaban un gran círculo de danzantes alrededor de la víctima y lo iban despedazando por partes a medida que el baile avanzaba, obedeciendo a ciertas señales del que lo dirigía: primero, le cortaban un brazo; después, el otro; luégo las piernas una por una, y finalmente lo remataban con un golpe en la nuca. El señor que esto me contó me dijo que algunas veces los blancos al oír los toques del *maguaré*, corrían al lugar donde se iba a efectuar tan bárbara fiesta, y valiéndose de fuetes y palos lograban despejar la casa y salvar a la víctima; y que a veces ocurría el que algunas de esas víctimas al verse libres, como que se entristecían y no querían huír, diciendo que era mejor acabar la fiesta y que se los comieran, teniendo por honor y orgullo poder demostrar a sus enemigos que son valientes y que pueden aguantar sin quejarse todo el odio y ferocidad de que son víctimas, lo cual demuestra el estado de degradación moral de aquellos infelices. ¡Oh profundidades insondables del corazón humano!

Cuando yo contaba a los Misioneros Franciscanos la manera como en Colombia se trata a los indios, se quedaron admirados. Les mostré el Decreto del Gobierno, número 1484 de 1914, sobre la manera de gobernar a los indios del Caquetá y Putumayo, y al verlo me dijeron que ni en Iquitos se conocían y mucho menos se aplicaban disposiciones tan católicas y justas. Como se comprenderá, la premura del tiempo me impidió informarme detalladamente sobre muchas otras costumbres de los indios. Con todo, alcancé a recoger algunos datos que creo oportuno dejar consignados aquí. Aquellos indios creen en la existencia de un Sér superior todopoderoso, a quien llaman *Fusinamuy;* este mismo nombre dan a todo aquello que tiene relación directa con ese Sér, según su manera de discurrir; así, llaman también *Fusinamuy* al Padre Misionero, por considerarlo representante de Dios. Reconocen también la existencia de un sér inferior, espíritu del mal, que denominan *Taifeño.* Admiten la inmortalidad del alma y la vida futura. Rinden homenaje al sol, que llaman *hama*, y a la luna, que apellidan *fuey*. Entierran a sus muertos en la misma casa que habitaba el difunto, envuelven el cadáver en una hamaca nueva y lo sepultan con todos los utensilios de su propiedad. No tienen ceremonia especial de matrimonio. Cuando un indio desea casarse, se dirige al lugar donde reside su pretendida, desmonta un pedazo de terreno, prepara leña para su futuro suegro y da en ofrenda al capitán de la tribu de su amada, una bolsa de coca o una bola de tabaco. Pasados unos quince días, el capitán mencionado entrega al novio la mujer que pretende. En sus costumbres no existe la poligamia; solamente uno que otro capitán se ha atrevido alguna vez a tener dos o más mujeres. Todos los huitotos hablan el mismo idioma, con algunas modificaciones no sustanciales; es idioma muy sencillo y carece de artículos y conjugaciones. Ordinariamente lo hablan con una entonación prolongada bastante armoniosa.

Medio día y una noche permanecimos con los Padres Franciscanos cambiando ideas e impresiones. Muy satisfechos y agradecidos regresámos a El Encanto, por camino distinto. Pasámos esta vez por dos caseríos de indios o estaciones caucheras; la última se llamaba La Esperanza. En ambas observámos poco más o menos lo mismo que en Esmeralda. Dos o tres casas grandes de capitanes de tribu

y una o dos para los empleados blancos. Indios desnudos, algunos medio vestidos, y montones de caucho o gomas, parte en tiras largas, en forma de tallos de árboles, de unos 40 centímetros de grueso (los *rabos del Putumayo* de que se nos habló en Yuvineto).

En El Encanto nos volvieron a recibir con toda amabilidad. Mientras fuimos a San Antonio, dejámos al práctico y al camarero, que estaban un poco enfermos de *culebrillas* en los pies, para que cuidaran el *bote Márquez* y los equipajes. Al llegar nos contaron que los empleados de la agencia, desde el mismo Gerente, los sometieron constantemente a largos y minuciosos interrogatorios, para sacarles quiénes éramos y a dónde íbamos; y como nunca oyeran nuestros nombres sino los que antes habíamos convenido, como ya se explicó, pretendían saber también cómo se llamaban y cómo nos llamábamos. Como estaban bien aconsejados, supieron guardar el secreto y evadir todas las preguntas capciosas. Lo mismo, aunque en forma más culta, hicieron conmigo y el doctor. Me acuerdo que el señor Loaisa, seguramente para disimular más sus verdaderas intenciones, buscaba las ocasiones propicias para encontrarnos los dos solos, y cuando lo consiguió me hizo un gran panegírico de la Orden de San Francisco y de lo mucho que en el Perú quieren a los Franciscanos, por haber sido estos religiosos de los que más se distinguieron en la catequesis y civilización de las tribus incas; pero al mismo tiempo que me hablaba de estas cosas, al parecer inocentes, introducía preguntas capciosas sobre lo que habíamos hecho en Colombia, estábamos haciendo y pensábamos realizar, especialmente en las regiones del Caquetá y Putumayo. Así, nos veíamos precisados a responder con mucha circunspección, para no comprometernos ni contradecirnos.

La tarde antes de salir de El Encanto llegaron los indios de una sección, todos cargados con bultos de caucho; les causó gran admiración ver a un Padre con barbas; pronto me rodearon y conversaban con gran animación del Fusinamuy (Misionero) colombiano. Algunos referían que habían conocido a otros Padres iguales, y les alcancé a oír los nombres de los Padres Basilio y Jacinto (Capuchinos). Iba correspondiendo al saludo afectuoso de cada uno, con cariñosas palmaditas sobre sus desnudas y sudorosas es-

paldas. Cuando en esta forma departíamos alegremente con esos salvajes, se oyó un grito de un empleado de la agencia, y en un instante me dejaron solo.

Tuvimos ocasión de visitar La Chorrera y región del Igaraparaná, adonde se puede ir en una jornada de a caballo por buena trocha; pero como comprendimos que poco les gustaba nuestra presencia en aquellos sitios, resolvimos proseguir nuestro viaje sin más demoras.

XI

Del Caraparaná al Amazonas—Región desierta y causas que impiden colonizarla—Canoas de tribus no conquistadas—Encuentro trágico-cómico con Samuel Regeroni — Entrada en el Putumayo, colonizado por el Brasil. Puesto fiscal brasilero—Continuación del viaje en lancha brasilera—Indios del Igaraparaná en el Brasil—Nostalgia de sus tribus y su regreso—Llegada al Amazonas.

El 5 de mayo salímos de El Encanto. Todos los empleados de la casa Arana nos despidieron con grandes atenciones. Este día pernoctámos en una casa de colombianos del Caraparaná, donde se reunieron todos los connacionales que vivían cerca de aquel sitio. Algunos de éstos tuvieron interés especial en que les bautizara y confirmara sus hijos y en que el doctor Márquez fuera su compadre, a lo cual accedimos gustosos. Como algunos de ellos hacía muchos años que vivían por allá, nos refirieron multitud de acontecimientos que habían presenciado, sobre algunos de los cuales habíamos oído ya vagas referencias, pudiendo de este modo aclarar informes sobre hechos importantes publicados y tal vez escritos con espíritu apasionado o tendencioso. Nos informaron también que todavía había algunos colombianos que servían como empleados en la casa Arana. Calculámos que entre los empleados de la casa peruana y los que vivían aparte, en casas propias, darían un total de 35 a 40 colombianos residentes en aquella región.

En doce días y algunas noches nos pusimos del Caraparaná a Cotué. Este trayecto del río está casi todo desierto; encontrámos solamente unas doce casas a largas distancias, algunas—más o menos la mitad—eran de colombianos; una de un venezolano, y las demás de peruanos. En casi todas ellas ejercí el santo ministerio, bautizando, confirmando y presenciando uno que otro matrimonio. Las

causas principales de tan exigua población en el trayecto del Putumayo ocupado por el Perú, han sido los procederes de la empresa Arana, la cual se considera dueña absoluta de las tribus más numerosas de aquella comarca. Cuando algunos de esos indios se han ido a trabajar con otros empresarios independientes que han querido establecerse en aquella región, la casa Arana los ha mandado capturar, con comisiones especiales, a veces de indios mismos, dejando de esta manera sin brazos apropiados a los pequeños industriales que a la vez serían colonos. Además, como la única navegación del Putumayo es la de la empresa Arana, basta que ésta se niegue a transportar productos y a vender víveres y mercancías, para que nadie pueda establecerse ventajosamente en aquellos lugares. Como no hay mal que por bien no venga, esta conducta de la empresa peruana no hay duda de que ha favorecido a Colombia, pues cualquiera ve que es mucho más fácil hacer un arreglo de límites con mutuas concesiones, tratándose de terrenos despoblados, que no si el arreglo versara sobre regiones bien colonizadas por ciudadanos peruanos. Seguramente las circunstancias apuntadas no habrán dejado de influír en el Tratado de límites firmado en Lima el 24 de marzo de 1922.

Desde la desembocadura del Igaraparaná hasta cerca del Yaguas, vimos varias canoas viejas, rundimentarias, vaciadas a fuego y sin pulir por la parte exterior, abandonadas en medio de palizadas o entre las malezas de las orillas del Putumayo. Al averiguar quién construía y usaba aquellas embarcaciones, supimos que eran potrillos de los salvajes que no han entrado aún en relaciones con los blancos, y que para fabricarlas se sirven de hachas de piedra y del fuego. La aparición de embarcaciones de esta clase en cualquier río o quebrada es señal cierta de que no muy lejos hay infieles; y los caucheros o cualquiera persona que ande por aquellos parajes debe tomar precauciones para evitar sorpresas desagradables. Las grandes y súbitas avenidas de los ríos y quebradas suelen arrastrar esas embarcaciones por descuido o imprevisión de sus dueños, dejándolas abandonadas e inservibles en aquellas riberas.

El 13 de mayo, después de siete días de no encontrar a nadie ni ver huellas humanas, advertímos que subía una gran canoa por la orilla izquierda del río, e inmediatamente dirigímos hacia ella la nuestra, movidos por el deseo que

teníamos de saber cuánto nos faltaba para llegar al Amazonas. Nuestra sorpresa fue grande cuando notámos que así que nos vieron, arrimaron a la orilla y algunos de los que iban en la canoa saltaban a tierra, como huyendo de nosotros o preparándose para atacarnos, al mismo tiempo que uno de los que quedaban en la embarcación se levantó súbitamente y apuntó hacia nosotros. Todos instintivamente gritamos: ¡no disparen!, pero antes de acabar de pronunciar estas palabras, oímos la detonación y vimos que se dirigían apresuradamente en su canoa hacia nosotros. Durante algunos momentos fuimos presa de viva ansiedad y temor, pero pronto nos tranquilizamos, porque nos dimos cuenta de que recogían algo flotante en la corriente. Habían disparado con una carabina a un pato real que nadaba en dirección nuestra, y le habían destrozado el cuello. Nos acercámos a saludar a aquellos individuos, quienes nos dijeron que venían del Napo y entraban por primera vez en el Putumayo. El patrón se llamaba Samuel Rogeroni, ecuatoriano de prosapia italiana, y sus peones eran indios incas de aquel río. Nos regaló el pato que acababa de matar y nos dijo que al vernos se había asustado creyendo que éramos gente de la casa Arana, que íbamos a impedirle sus trabajos, y que por esta razón había hecho desembarcar parte de sus peones para que pudieran ver, escapar y dar cuenta, si algo les sucedía. Nos informaron del lugar donde estábamos, que era a unas pocas leguas más abajo de la confluencia del Igaraparaná. Conversámos un rato, nos reímos del miedo mutuo que nos habíamos causado y nos despedímos con la mayor cordialidad.

Hacía cuatro días que nuestro camarero no podía moverse a causa de una maligna erupción de *culebrilla* o *sabañones* que le invadían las piernas, y nos vimos precisados a demorarnos un día en una de aquellas desiertas playas, a fin de curarlo con más detención y cuidado, pues a pesar de que todos los días le aplicábamos remedios a mañana y tarde, la infección se iba haciendo más extensa, pero con las especiales aplicaciones que ese día le hicimos, pudimos atajar el mal y lograr que no tardara mucho en reponerse. Aprovechámos esta ocasión para lavar la ropa, limpiar completamente el *bote Márquez*, y también enviar a cacería al práctico y marinero, quienes volvieron con algunos monos y paujiles que buen servicio nos hicieron.

El 17 de mayo, a las tres y media de la tarde, atracámos a Tarapacá, puerto militar peruano, situado en la desembocadura del Cotué, banda derecha del Putumayo. Por este sitio pasa la línea limítrofe entre Perú y Brasil, acordado en 1852, aunque con la protesta de Colombia. Esta línea arranca de Tabatinga, sobre el Amazonas, cerca de la confluencia del Yavarí, y en dirección norte va a dar a la bocana del Apoporis en el Caquetá; corta el Putumayo en la desembocadura de Cotué, por la banda derecha; y por la izquierda, a una legua y media más arriba en la confluencia de una quebradita que no tiene nombre. Constituyen a Tarapacá dos casas regulares con una pequeña guarnición de un Teniente, un Sargento y tres soldados El Teniente de ese entonces se llamaba Oscar Ceballos Ortiz; nos recibió con algún recelo, pero le presentámos el pasaporte que en El Encanto nos falicitó el Capitán Udiales. A la vista de ese documento se volvió más amable, le puso su *visto bueno* y nos preguntó si llevábamos algún indio de las regiones del Caraparaná e Igaraparaná o de cualquier otro punto del Putumayo ocupado por el Perú. Le respondímos que nó; nos exigió los nombres de todos los que íbamos y nos dio el *pase* sin ninguna dificultad. Nos despedímos costésmente, y desde este momento entrámos en territorio colonizado por los brasileros. Desde este punto a la desembocadura del Putumayo, unas 40 leguas por el curso del río, hay una multitud de fincas a lado y lado; probablemente pasan de ciento.

Ya entrada la noche, llegámos a la casa de un brasilero, llamada *El Retiro*, pernoctámos allí y pasámos en ella la Pascua del Espíritu Santo, que fue al día siguiente. El dueño de *El Retiro* se llamaba Martiniano Cardoso; nos contó que había acompañado al General Gamboa en La Pedrera y que con anticipación había advertido a dicho Jefe de las intenciones de los peruanos y muchas otras cosas referentes a aquellos sucesos. También nos habló largamente del río Caquetá y de sus pobladores de la parte baja, de la Compañía colombiana Félix Mejía Angarita, establecida en aquellas regiones, y de otros muchos asuntos que sería largo enumerar. Allí oí hablar por primera vez la lengua portuguesa. Al oírla me hizo el efecto de una mezcla de catalán chapurrado y castellano mal pronunciado, de manera que en seguida entendí perfectamente el por-

tugués, aunque no puedo decir lo mismo respecto a hablarlo. El lunes del Espíritu Santo, a las dos horas y media de haber salido de *El Retiro*, llegámos a Ipiranga, puesto fiscal brasilero, en la banda derecha del Putumayo. Hay en ese lugar aduana con su resguardo y una buena lancha de vapor. El Secretario—*scrivão* en portugués—encargado de la Jefatura, señor Miguel Texeira de Melho, nos recibió muy bien y nos informó que el Jefe, señor Juan Miguel Pinto Riveiro, estaba ausente en uso de licencia. Hablámos largo sobre el objeto de nuestro viaje, que le pareció a él magnífico, y nos animó mucho a que lo efectuáramos, diciéndonos que en Manaos encontraríamos con toda seguridad muchos que secundarían nuestros deseos; nos dio datos muy interesantes sobre el comercio y comunicaciones de aquella región, y puso a nuestras órdenes la lancha del resguardo para que nos llevara hasta el Amazonas. Pasámos un día en este lugar, donde se reunió bastante gente de las fincas vecinas, que tan pronto como supieron que había llegado un sacerdote acudieron a hacer bautizar algunos niños. Bauticé una docena, y con motivo de esto y de los compadrazgos organizaron una gran fiesta que terminó con animados bailes al son de victrolas. Al día siguiente continuámos viaje en la lancha *Sergipe*, que así se llamaba la del resguardo, y en dos días llegámos al Amazonas. Varias veces parámos durante ese trayecto para que la lancha tomara leña o llamados por los habitantes de las fincas ribereñas, que deseaban hablar con el Comandante de la embarcación, señor Luis Suárez Ramos, hombre muy estimado en todo aquel trecho del río. Todas estas demoras las aprovechaba para administrar el santo bautismo a los que lo solicitaban. Bauticé unos veinte. Con el señor Suárez Ramos, hombre muy práctico y conocedor de esas regiones, tuvimos largas e interesantes conversaciones sobre comercio, geografía y costumbres locales. Entre otras cosas me contó un hecho que pinta a las mil maravillas la inconstancia de los pobrecitos indios y que recuerda las rebeldías del pueblo de Israel, cuando a pesar de las gracias continuas que Dios Nuestro Señor les concedía en el desierto, suspiraban nuevamente por las ollas de Egipto, prueba de que a la desgraciada humanidad seduce tánto el espejismo de los recuerdos como la esperanza de un bien, incapaz en todo caso de satisfacer el corazón humano creado para co-

sas más grandes. El hecho es el siguiente: un día se presentaron al Jefe del puesto fiscal brasilero don Juan Miguel Pinto Riveiro, unas veinticinco familias de indios boras escapados del Igaraparaná; le dijeron que querían establecerse en el Brasil, y le contaron horrores respecto del trato que les daban en sus tribus. Este señor, hombre muy honrado, de corazón noble y profundamente cristiano, se compadeció de ellos y los colocó en una finca que tiene en Atú, sobre la orilla izquierda del Putumayo, unas seis leguas más abajo de Ipiranga, y les dio facilidades para que pudieran establecerse con toda comodidad. Construyeron cuatro o cinco casas grandes, como las que acostumbran en sus tribus. Les proporcionaba víveres, mercancías y medicinas para alimentarse bien, vestirse mejor y curarse en sus enfermedades. Cualquiera supondría que lo más natural era que los indios agradecidos perseveraran a las órdenes de este señor, que los quería y trataba como si fuera su padre. No obstante, no fue así; después de algún tiempo de disfrutar de aquel buen trato empezaron a tener largas conversaciones con el Comandante del vapor *Liberal*, cada vez que pasaba por aquel lugar; y un día, en medio de la estupefacción de todos los que lo presenciaron, aquellos infelices salvajes, con muestras de alegría y como quien alcanzaba un triunfo, se embarcaron todos en el vapor peruano para volver al Igaraparaná a sujetarse a la misma cautividad que antes habían abominado. ¡Desengaños de la vida! ¡Cuántas veces a los pobres Misioneros les suceden lances de esta clase! Podría contar más de un caso semejante de los que me han ocurrido. A veces cree uno estar rodeado del afecto de aquellos a quienes hace el bien y para quienes se sacrifica, y cuando menos lo sospecha, se encuentra solo y abandonado. No obstante, esto es de gran provecho para el alma, puesto que enseña de un modo absolutamente convincente que sólo Dios no se muda y que únicamente a aquel que a Dios y por Dios trabaja nada le falta. En la desembocadura del Putumayo al Amazonas pasámos cuatro días esperando que pasara el vapor de la Compañía de *The Amazon River*, que hace viajes mensuales de Belén del Pará a Iquitos, y viceversa. Nos informaron que dentro de pocos días bajaría a Iquitos el vapor *Cuyabá*. Esos días los pasámos en Puerto Amé-

rica, caserío situado en una isla del Amazonas, frente a la bocana del Putumayo, cuyo dueño era entonces un peruano llamado Aníbal Carranza. Visitámos también algunas fincas vecinas y el caserío de San Antonio—Santo Antonio de Icá, que llaman los brasileros,—que es el núcleo de población más antiguo y principal de aquellos alrededores; consta de unas quince o veinte casas, con una iglesia pequeña, cubierta de teja y bastante desmantelada, y de unos cien habitantes.

Este caserío está situado en una altiplanicie sobre la margen izquierda del Amazonas, media hora más abajo de la confluencia del Putumayo. Varias veces han tenido que cambiarlo de sitio, debido a los derrumbes producidos por las crecientes y mermas del gran río.

XII

Distancias del río Putumayo—Sus principales afluentes—Trochas comerciales y estratégicas—Censo etnográfico—Facilidad con que los indios vencen las dificultades que ofrece el andar por las selvas vírgenes.

Antes de dejar el Putumayo creo conveniente dar algunos datos más sobre este famoso río. Durante todo el viaje fui tomando con brújula los rumbos de la corriente; en general, su dirección varía entre Sureste y Noreste. Las distancias aproximadas calculadas por el andar de la canoa, en una legua por hora, bajando y midiéndolas por el curso del mismo río, el cual tiene muchas y grandes vueltas, son las siguientes: de Puerto Asís a San Miguel, 25 leguas; de San Miguel a Güepí, 14 leguas; de este último punto a Caucaya, 12 leguas; de Caucaya a Yuvineto, 29 leguas; de Yuvineto al Caraparaná, 42 leguas; de éste al Igaraparaná, 82 leguas; del Igaraparaná a Cotué, 84 leguas; de Cotué a la confluencia del Putumayo, 40 leguas; total, de Puerto Asís al Amazonas, 328 leguas.

Son muchos los grandes ríos que contribuyen a aumentar el caudal del Putumayo. Por la banda derecha podemos anotar como principales los siguientes, de los cuales indicamos a la vez lo ancho de su desembocadura: el Cuembí, seis leguas abajo de Puerto Asís, 80 metros; el Puñuña, una legua antes de la confluencia del San Miguel, 30 metros; el San Miguel, fronterizo con el Ecuador, 300 metros; Güepí, 120 metros; el Peneya, tres leguas abajo

Estación cauchera del Caraparaná. Llegada de los peones con el fruto de su trabajo.

del istmo de La Tagua, 100 metros; el Yaricaya, a diez leguas y media del Peneya, 50 metros; el Anquisilla, a doce leguas del anterior, 100 metros; el Yuvineto, 100 metros; el Campuya, veinte leguas abajo del Yuvineto, 200 metros; el Eré, a veinte leguas del Campuya, 50 metros; el Inca, a cincuenta leguas del Eré, 30 metros; el Algodón, a quince leguas del Inca, 100 metros; el Mutú, a treinta leguas del Algodón, 100 metros; el Esperanza, a treinta y cinco leguas del Mutú, 50 metros; el Yaguas, a diez y ocho leguas del Esperanza, 150 metros; el Cotué, a diez leguas del Yaguas, 200 metros; el Puritú, a diez y ocho leguas de Cotué, 100 metros; el Molino (Muinho en brasilero), a siete leguas de Puritú, 70 metros, y el Yacurapá, a doce leguas del Molino, 200 metros. Por la banda izquierda recibe: el Cocayá, una hora abajo de Puerto Asís, 40 metros; el Piñuña grande, a quince leguas de Puerto Asís, 80 metros; La Concepción, cuatro leguas abajo de San Miguel, 50 metros; el Caucaya, 100 metros; el Cejerí, a cuatro leguas abajo del Caucaya, 50 metros; el Curilla, a cuatro leguas del Cejerí, 80 metros; el Caraparaná, 200 metros; el Esperanza, a cuarenta y ocho leguas del Caraparaná, 50 metros; el Buriburi, a veinte leguas del Esperanza, 100 metros; el Igaraparaná, que es sin duda el mayor afluente del Putumayo, 300 metros; el Pupuña, a cuarenta leguas del Igaraparaná, 100 metros; el Porvenir, a veinticinco leguas del Pupuña, 100 metros; el Yapacuá, a once leguas antes de la desembocadura del Putumayo, forma un gran lago, y el Carará, que forma también un gran lago, le cae siete leguas antes de la confluencia en el Amazonas. Todos los ríos indicados son navegables en sus cursos inferiores por vaporcitos o lanchas; algunos en extensión de muchas leguas. El Putumayo desde Yuvineto para abajo se explaya tanto, que en algunos lugares llega hasta dos kilómetros de anchura. Con todo, como el terreno es siempre sinuoso, de repente, después de algunas de esas explayadas, su cauce se estrecha tánto entre lomitas, que queda reducido a 200 o 300 metros, formando a la vista del viajero un efecto tan raro, como si el río se acabara. En estas angosturas el río alcanza grandes profundidades y su corriente es muy impetuosa, aunque no ofrece dificultad alguna para la navegación a vapor. Especialmente hay dos de estos estrechos que son muy notables y se conocen ambos con el nombre de *Paso de las*

Termópilas. El primero queda cuarenta leguas más abajo de la confluencia del Caraparaná, y el segundo a cincuenta leguas más abajo de la del Igaraparaná.

En cuanto a trochas que comunican al Putumayo con otros ríos, las más notables de Puerto Asís para abajo son: la de Güepí a Lagarto Cocha, y la del istmo de La Tagua, de las cuales se ha hablado ya; la de Yuvineto a Pantoja, sobre el río Napo, que tiene unas diez y seis leguas aproximadamente; por ella se comunican con mucha frecuencia las guarniciones militares peruanas establecidas en aquellos puntos. De Remolino, sitio entre Yuvineto y Caraparaná, va otra a las cabeceras de este último río. Esa trocha tiene aproximadamente unas cuatro leguas, y por ella los de Yuvineto pueden acortar mucho las distancias para trasladarse a El Encanto. De las mismas cabeceras del Caraparaná arranca otra que va a dar a Las Delicias o Puerto Pizarro, en la confluencia del río Caguán con el Caquetá. Le calculan de seis a ocho leguas. De la desembocadura del Campuya también sale una que va al río Tamboryaco, afluente del Napo en su banda izquierda, pero es muy larga y poco transitada. Del Caraparaná párte otra hasta el caserío de Mazán, en el Napo, y de allí a la capital de Loreto. De ésta se sirven los de El Encanto y Chorrera para mandar recados urgentes a Iquitos. En La Chorrera hay otra que comunica este punto con El Cohuinarí, afluente del Caquetá en su banda derecha; por ésta se pueden comunicar los peruanos con el Bajo Caquetá con mucha facilidad. Hace algunos años que desde el Igaraparaná arrastraron por trocha al Cahuinarí una lancha que todavía está allá, aunque inservible. Toda la región que ocupan las tribus conquistadas del Caraparaná e Igaraparaná está llena de magníficas trochas, y ya hemos dicho que de El Encanto a La Chorrera se puede ir a caballo en una jornada. La parte colonizada por el Brasil está también cruzada de trochas en todas direcciones.

Los habitantes del Putumayo, de San Miguel al límite brasilero, son muy escasos. En Güepí y sus alrededores, hasta Yuvineto, contando blancos, indios huitotos y macaguajes, no pasan de 300 personas. En Yuvineto con la guarnición militar hay unas 20 almas. En las regiones del Caraparaná e Igaraparaná se cuentan 8,500 indios, manejados por la casa Arana, y algunos que todavía no se han

dejado dominar. Se ignora el número de éstos, pero por cálculos muy bien formados, se ha llegado a la convicción de que los de la cuenca del Putumayo son muy pocos, mucho menos de la tercera parte de los ya conquistados. En estas mismas regiones viven unos 150 blancos: 100 empleados de la casa Arana y unos 50, la mayor parte colombianos, diseminados, trabajando independientemente. Nos informó el señor Samuel Rogeroni que en las cabeceras del Algodón habitaban unos 150 indios orejones, que él manejaba. Se nos dijo que en el Yaguas y su cuenca había unos 60 indios de varias procedencias, manejados por un señor Mariano Córdoba, peruano, con quien hablámos y quien nos confirmó esos informes. El ya citado Rogeroni nos dijo también que en las cuencas y riberas del Cotué, de donde venía cuando lo encontrámos, había hallado varias viviendas de salvajes no sometidos, que daban idea de ser unos 200 o 300. En el trayecto del Igaraparaná al Cotué, en distintas viviendas a las orillas del Putumayo, hallámos unas 50 personas entre indios y blancos. Los blancos son peruanos, colombianos, y cerca del Cotué, brasileros. En el trayecto colonizado por el Brasil ya indiqué que había como unas cien haciendas; en estas haciendas hay bastantes blancos y también indios, y algunas parecen caseríos. De modo que sin temor de equivocarme, creo que se pueden calcular en 2,000 los habitantes de ese trayecto del Putumayo. Muchos de los indios que viven en esas haciendas son oriundos del Igaraparaná. A pesar de que la guarnición de Tarapacá en Cotué tiene un cuidado especial en no dejar pasar ningún indio sin pasaporte de la casa Arana, muchos se han trasladado al Brasil burlando esta vigilancia. Para conseguirlo han tenido que andar largas jornadas por entre la selva virgen, pero esto para ellos no es problema muy difícil de resolver, ya que los indios en el monte encuentran toda clase de recursos, como nosotros cuando andamos en países poblados y civilizados. Es admirable el modo como se orientan y vencen dificultades. El sol es su brújula segura durante el día, y la luna y las estrellas les guían admirablemente de noche. Encuentran frutas y plantas para alimentarse; cuando no hallan aguas corrientes, apagan su sed con agua de guadua y con sabrosos líquidos de distintos bejucos. De un árbol cuyo nombre no recuerdo sacan una especie de mechas o teas que

arden sin apagarse fácilmente, y con ellas se alumbran para andar de noche. Sus flechas y lanzas les sirven a las mil maravillas para proveerse de carne. Cuando en la marcha se encuentran atajados por algún gran río, lejos de desanimarse, con la mayor naturalidad del mundo cortan una palma de las que llaman *chuchanas*, que ordinariamente forman en su tallo abultadas y prolongadas combas, se sientan encima de una de éstas, y sirviéndose de una astilla de la misma chonta como canalete o remo, atraviesan el río con la misma facilidad que un blanco en buena canoa. Su mayor cuidado cuando andan de huída es no dejar huella alguna con que los puedan seguir, pues los indios del Caraparaná e Igaraparaná saben que la casa Arana tiene un cuerpo de vigilancia formado de indígenas fieles a la empresa, a quienes tratan muy bien, los cuales cuidan de perseguir a los que huyen, empleando a veces meses enteros en esta ocupación, y si los llegan a coger son castigados con severidad, para escarmiento propio y de los demás.

Dejemos ya el Putumayo y volvamos al Amazonas, para llegar pronto a Manaos, pues esta relación se va alargando demasiado.

XIII

De la confluencia del Putumayo a Manaos—Diversos nombres del Amazonas, Putumayo y Caquetá—Encuentro con el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico del Alto Solimoes—División eclesiástica del Estado del Amazonas—Seguridad de conseguir lancha en Manaos—Motores que enseñan a remar—Recibimiento de Obispo—Entrada a Ríonegro—Llegada a Manaos y pérdida del equipaje.

Los peruanos dan al Amazonas el nombre de Marañón desde su origen hasta que se junta con el Ucayali, cerca de Iquitos; de allí en adelante recibe el propio nombre de Amazonas. Los brasileros lo denominan Alto Solimoes, de Tabatinga a Teffé; Baixio Solimoes, de Teffé a Manaos, y Baixio Amazonas, de Manaos al Atlántico. Al Putumayo lo llaman los brasileros Icá, y Yapurá al Caquetá. El Amazonas forma tres grandes brazos en la desembocadura del Putumayo. Para chimbar en canoa el de la confluencia se gasta hora y media. Estos datos dan una pequeña idea de la inmensidad de aquel gigante que con razón lo llaman Mar Dulce o Mediterráneo de Sur América. El Putumayo

se convierte en un pigmeo en presencia de aquel coloso; al perder su nombre forma un regular delta, como avergonzándose de la pequeñez que hasta entonces había ostentado, con una majestad imponente ante quienes lo navegábamos por primera vez y no conocíamos río mayor. Después de tener la retina acostumbrada a las anchuras del Amazonas nos parecía imposible que aquél fuera el Putumayo, que antes habíamos conocido. En los cuatro días que esperámos el vapor *Cuyabá* en Puerto América, determinámos dejar colocados en casas honorables de buenos amigos a nuestros fieles compañeros el capitán, el práctico y el marinero, a fin de que nos aguardaran allí hasta nuestro regreso. El plan nos salió muy bien, porque tan pronto como expusimos nuestros deseos a esos buenos amigos, nos manifestaron que recibirían a nuestros bogas con mucho gusto, aunque ellos lo habían tenido mayor en no separarse de nosotros. Desde que nos embarcámos en la lancha *Sergipe*, en la frontera brasilera, nuestro *Bote Márquez* siguió a remolque. Muchos querían comprarlo, aun el mismo Jefe del resguardo; pero como ignorábamos la suerte que nos esperaba al regreso, resolvimos dejarlo recomendado a un buen amigo de San Antonio.

El 27 de mayo a las nueve de una hermosa y despejada mañana, llegó ostentando sus galas el esperado *Cuyabá*. Nos embarcámos con presteza, despidiéndonos con profunda pena de tres de nuestros inmejorables bogas y de todos los buenos amigos que nos habían distinguido con sus atenciones y servicios durante aquellos pocos días. A las diez de la mañana zarpó el *Cuyabá*. En cuatro días con sus noches recorrimos la distancia que nos separaba de Manaos, y durante este tiempo pudimos admirar la belleza y grandiosidad de aquellos paisajes que se iban sucediendo sin interrupción. Llenos de alegría y esperanza hacíamos animados comentarios sobre la manera como empezaríamos nuestras gestiones en la capital del Amazonas. Al amanecer del segundo día fuimos gratamente sorprendidos con la presencia en el vapor de los religiosos Capuchinos. No hay para qué decir que tanto ellos como yo lo primero que hicimos fue darnos el fraternal abrazo de los hijos de San Francisco y preguntarnos quiénes éramos y a dónde íbamos. Pronto supieron de mí lo que convenía; y yo de ellos que eran el Reverendísimo Padre Evangelista

de Cefalonia, Prefecto Apostólico del Alto Silimoes, y el muy Reverendo Padre Yocundo de Solliera, miembro de aquella Misión; que el Reverendísimo Padre Evangelista iba a Manaos en asuntos de su Prefectura, y el Padre Yacundo a Florianápolis, grande hacienda cercana a donde estábamos, en funciones de su ministerio. Efectivamente, poco rato el muy Reverendo Padre Yocundo se despidió de nosotros. Por el Reverendo Padre Evangelista supe muchas cosas eclesiásticas, civiles y comerciales del Brasil, y especialmente del Amazonas y Manaos, que era lo que más nos interesaba. En lo eclesiástico supe que el Estado del Amazonas comprendía cuatro Prefecturas Apostólicas y el Obispado de Manaos. Las Prefecturas son: Alto Solimoes, cuya capital es Tunantins, situada a dos horas en vapor más abajo de la desembocadura del Putumayo y dentro de la región que Colombia reclama. Comprende esta Prefectura la cuenca brasilera del Amazonas, desde los límites con el Perú hasta las vertientes del Tutahy, por la banda derecha; y hasta las aguas del río Negro, por la izquierda. Encierra pues dentro de sus límites las regiones del Bajo Putumayo y del Bajo Caquetá, que coloniza el Brasil, pero que figuran en el mapa de Colombia. Esta Prefectura está a cargo de nuestros hermanos los Padres de la Provincia italiana de Umbría o Seráfica. La de Teffé, a cargo de los Padres franceses de la Congregación del Espíritu Santo y Sagrado Corazón de María; su capital es Teffé, la ciudad más antigua del Amazonas, situada sobre las orillas de un lago del mismo nombre, y en la banda derecha del Amazonas y a 372 millas de Manaos. La de Ríonegro, a cargo de los Padres Salesianos; su capital es Santa Isabel, y comprende la cuenca media de dicho río, desde la frontera de Colombia para abajo. Y la de Ríoblanco, administrada por unos Padres Benedictinos alemanes; Boavista es su capital, y abarca la región de O. Ríobranco, afluente del río Negro en su banda izquierda. Lo restante del Estado de Amazonas forma el Obispado de Manaos Las notas características de estas entidades eclesiásticas son: una inmensa extensión de terreno palúdico y malsano, muy poca población, diseminada en pequeños caseríos, a largas distancias unos de otros y en multitud de caucheras (seringaes, como dicen los brasileros), que constituyen grandes haciendas. Tienen como única vía de comunica-

ción los ríos; disponen de muy pocos recursos económicos para establecer sólidamente el culto externo, y fomentar las obras de progreso moral y educación cristiana. En tiempos en que el caucho valía, los recursos abundaban, pues según me contó el Reverendísimo Padre Evangelista, los caucheros pagaban muy bien y con gusto crecidos derechos eclesiásticos por cualquier ministerio, pues por un bautismo daban una libra esterlina, por un casamiento quince o veinte libras, y así en los demás ministerios; pero desde que el caucho se desvalorizó, los pocos sacerdotes que hay en aquellas regiones pasan trabajos para poder vivir, según su posición; y les es casi imposible fomentar obras materiales y empresas que impulsen el incremento religioso, y por último, y esto es lo más grave, hay una escasez desconsoladora de clero. En ese tiempo la Prefectura Apostólica de Solimoes contaba tan sólo con cinco sacerdotes; y tres de estos tenían que estar en Manaos atendiendo a la residencia y parroquia de San Sebastián; de modo que en la Prefectura quedaban solamente el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico y el muy Reverendo Padre Yocundo. La de Teffé tenía once sacerdotes; y si no recuerdo mal, ocho la de Ríoblanco. En Manaos hablé con el Reverendísimo Padre Lorenzo Giordano, Prefecto Apostólico de Ríonegro, y al preguntarle por el número de Misioneros de que disponía, me contestó señalando su persona: "Aquí le presento la mitad de mi clero." En el Obispado de Manaos o del Amazonas eran diez y seis los sacerdotes seculares que prestaban servicios ministeriales, con la circunstancia de que seis de éstos eran ya muy ancianos. Tengo entendido que de estos diez y seis la mayoría eran extranjeros: portugueses e italianos. Estos datos pueden hacer comprender a cualquiera versado en asuntos de gobierno eclesiástico, cómo estará aquella región inmensa en cuanto a religión, y por consiguiente en sana moralidad.

Mucho nos ilustró el Reverendísimo Padre Evangelista en cuestiones civiles, políticas y comerciales de aquellos lugares, pero para no hacerme interminable dejemos esos asuntos para mejor ocasión.

Por los datos que nos dio aquel Prelado, nos persuadimos de que con absoluta seguridad conseguiríamos en Manaos lancha para subir a Puerto Asís, pues nos pintó las cosas tal como en realidad las encontramos: el comercio en

ruina, las transacciones completamente paralizadas, multitud de lanchas y vapores, deteriorándose en los puertos por falta de movimiento, y sus dueños deseosos de encontrar ocasión propicia de poderlos mover aunque fuera sin pingües ganancias, con tal de evitar su destrucción. Contando pues nosotros con recursos, podríamos estar seguros de que muy pronto tendríamos numerosas ofertas para realizar el viaje en buenas condiciones. Con estos razonamientos nos llenábamos de regocijo y entusiasmo, por comprender que podríamos cumplir pronto y con brillo nuestra comisión.

Además, el Reverendísimo Padre Prefecto del Alto Solimoes nos hizo conocer moralmente las principales casas comerciales de Manaos y nos ofreció presentarnos a los dueños de algunos de estos establecimientos, quienes nos darían informaciones completas para orientarnos bien y poder obrar con verdaderas probabilidades de éxito. En efecto, así lo hizo al llegar a aquella ciudad, y debido a sus valiosas recomendaciones encontrámos desde un principio simpatías y apoyo de parte de personas de gran influencia en aquella sociedad en favor de nuestra empresa. Todos estos favores nos llenaron de gratitud hacia tan bondadoso Prelado, gratitud que me complazco de un modo especial en dejar consignada en estas líneas.

Dos casos chuscos presenciámos en ese trayecto de navegación. Fue el primero que habiendo subido a bordo en uno de los puertos intermedios un viajante comisionista de motores de gasolina para pequeñas embarcaciones, uno de los pasajeros dijo en alta voz a los que estaban escuchando el panegírico de esa mercancía de labios de dicho señor: "Si quieren aprender a remar compren esos motores." Oír esto el comerciante y encolerizarse fue simultáneo; pidió explicaciones; el autor de la frase, con la mayor frescura, por toda explicación le contó algún caso que a él mismo le había sucedido, en confirmación de su aserto. Todo esto provocó la hilaridad de los presentes, la cual mortificó más y más al impaciente vendedor. Por fin, viendo que la cosa iba tomando mal cariz, el capitán del buque intervino, puso en silencio a los altercantes y todo quedó en santa paz.

El segundo caso fue de otra naturaleza, aunque de mayores proporciones, por haber sido todo un pueblo el chasqueado. Estaba el señor Obispo de Manaos pasando visita pastoral en el pueblo de Coary, acompañado de un Reveren-

do Padre Jesuíta, y había anunciado a los vecinos de Codajás que en el primer vapor que bajara se embarcaría para aquella población. Pero ocurrió que nuestro vapor llegó a Coary el día de la festividad de Corpus al amanecer, cuando faltaba todavía mucho para la hora en que el Ilustrísimo había anunciado al pueblo la misa de aquel día. Agregábase a esto la circunstancia de que otro vapor llamado *Tupania*, procedente de río distinto, había atracado a Coary la noche anterior y no salía hasta la tarde de aquel día. Por todos estos motivos el señor Obispo resolvió celebrar con toda solemnidad la fiesta de Corpus y embarcarse en el vapor *Tupana*. Como no hubiera telégrafo ni teléfono entre esas dos poblaciones para avisar oportunamente la última resolución del Prelado, resultó que los de Codajás salieron a recibir al señor Obispo en el primer vapor que llegó, que era el nuestro. Encontrámos el muelle lleno de gente, y hasta una banda de música. Así que el vapor atracó prorrumpieron en estruendosos ¡vivas! al señor Obispo, y la banda a tocar el himno nacional brasilero. Al poner el puente, una multitud, encabezada por las autoridades locales, invadió la nave en busca del señor Obispo, y por más que los marineros les dijeron que no venía, no les creían. Un Coronel brasilero que venía en el vapor, hombre de muy buen humor, viendo que la gente se empeñaba en buscar por todas partes a quien no estaba ahí, me cogió del brazo, me llevó a un pasadizo por donde entraba la gente, y empezó a decir en alta voz: "Aquí está el señor Obispo, pasen a besar el anillo"; al oír esto me quise retirar corriendo, pero él me lo impidió, teniéndome con su robusto brazo, mientras la gente admirada y desengañada decía: "Este náo, es nosso Bispo. Nosso Bispo náo tem barba, es de mais edade e viste outra classe da sotaina. Este es um Padre Sáo Franciscano." A viajeros y vecinos de Codajás nos produjo risa el percance, y mientras nosotros quedábamos contentos y agradecidos por el inmerecido y solemne recibimiento, los pobres codajenses se retiraban a sus casas a esperar la ocasión oportuna de manifestar a su Obispo el afecto filial que como buenos católicos le profesan.

El 31 de mayo a las diez de la mañana dejábamos el Amazonas para entrar en el río Negro.

Es imponente la unión de los ríos Negro y Solimoes. A la vista se duda de cuál de los dos ríos sea más ancho; poco

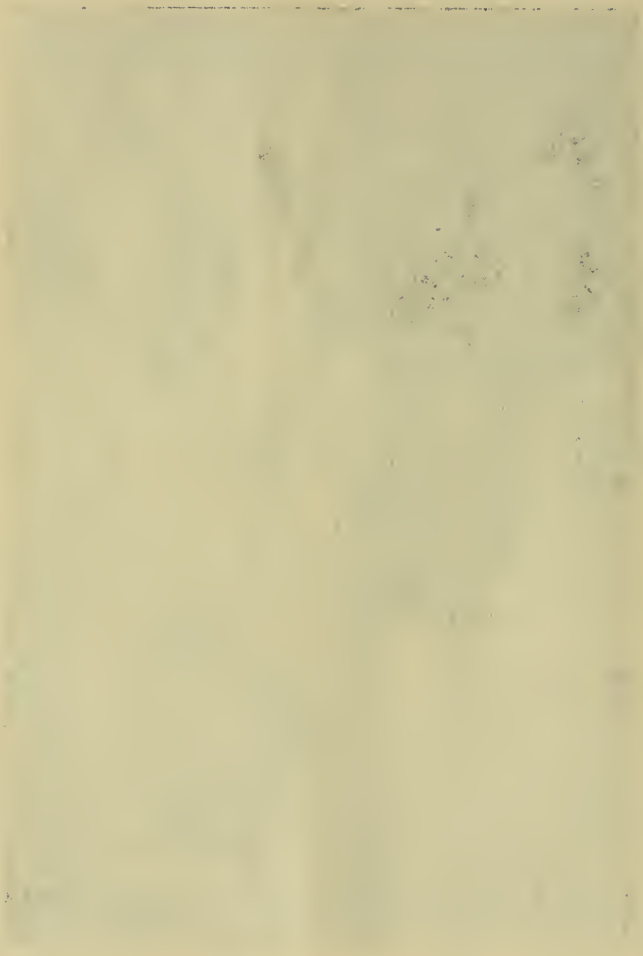
les faltará a uno y otro para alcanzar una legua. Como las aguas de cada uno son de distinto color, parecen como dos enormes serpientes que se disputaran el cauce del Amazonas de ahí para abajo. Las aguas del río Negro tienen un color negro subido, y las del Amazonas, en tiempo de creciente, como era cuando nosotros llegámos, son completamente turbias, de un amarillo terroso. En su confluencia la corriente del Solimoes es más impetuosa que la del río Negro, y esa impetuosidad hace que represe las aguas de su rival, de modo que el contacto de las dos corrientes, con sus colores distintos, forma una línea recta, como tirada a compás, que alcanza todo el cauce del río Negro y hace el efecto como si las aguas de este último quedaran estancadas en ese punto; pero mirando un poco más abajo desaparece la ilusión, porque se ven las negras y amarillas olas confundirse, y formar un solo color amarillo, más oscuro. A esta línea la llaman *barra del río Negro*.

No cabe duda que este gran río debe su nombre al color de las aguas. En él se nota un contraste muy singular. Como si quisiera compensar la mala impresión de mugrosidad que sus aguas producen al que las contempla por primera vez, parece que se complace en mostrar en sus playas y lecho una arena blanquísima, admirando uno el que puedan coexistir y compenetrarse sin desmerecer tan opuestas cualidades.

A la hora y media de haber entrado en el río Negro atracámos al puerto de Manaos con el alma llena de esperanzas y la voluntad resuelta a hacer cuanto de nosotros dependiera, para conseguir lo que tánto anhelábamos. El Reverendísimo Padre Prefecto del Alto Solimoes nos llevó al convento de Capuchinos y no quiso que fuéramos a hospedarnos a otra parte. Con los Padres permanecimos todo el tiempo que duró nuestra estadía en aquella ciudad.

Antes de cerrar esta primera parte, quiero dejar consignado un desagradable percance que nos sucedió al llegar a la ciudad deseada. Fue que al ir a desembarcar no permitieron que sacáramos de a bordo los equipajes, alegando que antes tenía que registrarlos un empleado de la aduana. Nos manifestaron que la misma compañía de vapores cuidaba del desembarco de equipajes y de hacerlos trasladar al respectivo domicilio, si lo deseaban los pasajeros, dejando su dirección. Así lo hicimos nosotros. Espe-

El salto de la Chorrera en el Igaraparaná.



rábamos que nos llevaran pronto al convento nuestras cosas; pero viendo que se demoraban mucho, fuimos a la oficina de la Compañía, esperando encontrar allí lo que hasta entonces habíamos aguardado inútilmente. Nuestra sorpresa fue grande cuando después de haber pasado la vista por todos los bultos desembarcados del vapor *Cuyabá*, advertímos que no estaban nuestros equipajes. Nos dijeron que no podía ser otra cosa sino que dichos bultos habían seguido en el mismo vapor hacia Belén del Pará. Recibímos gran contrariedad con esta noticia; nos pusimos al habla con el Encargado del Consulado colombiano, para ver si había modo de recuperar lo que tánta falta nos hacía. Este señor nos llevó al Gerente de la Compañía de vapores. Después de contarle lo que nos había sucedido, nos dijo que no tuviéramos cuidado, pues él pondría un radiograma al vapor *Cuyabá*, ordenándole que transbordara nuestros equipajes al que subía de Belén para Manaos, y que muy pronto los tendríamos en nuestro poder. Así fue; a los cinco días nos trajeron al convento todos los bultos que se habían ido en el *Cuyabá*, pero faltando dos cobijas españolas muy bonitas y una botella *thermos*, cosas que aunque reclamé con insistencia, nunca pude recuperar.

Con lo escrito, que no es poco, dejo terminada la primera parte de esta relación, para empezar inmediatamente la más importante, que es sin duda la que sigue.

SEGUNDA PARTE

NUESTRA PERMANENCIA EN MANAOS—DE MANAOS AL CARAPARANÁ, Y DE ESTE PUNTO A MANAOS, EN LA LANCHA "YAQUIRANA."—SEGUNDA PERMANENCIA EN MANAOS

I

Cuatro palabras sobre Manaos y el Estado del Amazonas.

Manaos es la capital del Estado del Amazonas, sin duda el más extenso de la Confederación brasilera, como también el más despoblado. Es fronterizo con cinco naciones: Guayana inglesa, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia. Esta circunstancia obliga al Gobierno federal a mantener en el Amazonas multiud de puertos aduaneros y de guarniciones de fronteras, contribuyendo éstos a su vez a dar vida a Manaos, centro de esa inmensa región, que con toda propiedad se podría llamar la hoya de los mayores ríos del mundo. La extensión del Estado del Amazonas se calcula en un millón seiscientos setenta y tres mil kilómetros cuadrados (1.673,000), y su población solamente en 350,000 habitantes. Manaos en tiempo de su mayor auge, o sea antes de la guerra auropea, contaba 75,000 almas; durante la catástrofe mundial su población disminuyó no poco, debido a las grandes dificultades para comunicarse con el resto del mundo, lo cual impedía al comercio la exportación del caucho fino o *borracha*, como dicen los brasileros, que es la principal riqueza de aquellas regiones. En 1918 no pasarían de 50,000 los habitantes de Manaos. En todas las calles, en las puertas de muchas casas, se leía: "Alúgase" (se alquila). Manaos es ciudad moderna, situada sobre la margen izquierda del gran río Negro, a muy poca distancia de su confluencia con el Amazonas, desde donde se gasta una hora subiendo en vapor. Dista igualmente de la desembocadura de los grandes afluentes amazónicos Purús y Madeira, los ríos más comerciales de aquel Estado. El Purús nace en el

Perú y corta en dos mitades iguales el territorio del Acre, recibiendo como afluente el río de este mismo nombre, lo cual hace que el Purús sea la vía principal por donde se sacan los productos de aquel importante territorio federal, el más rico del mundo en la calidad y abundancia del *ziringa* o caucho fino. Hasta el Perú se puede navegar sin interrupción. El Madera es tal vez el afluente mayor del Amazonas, y además del gran movimiento comercial de sus riberas, en el curso brasilero, por él baja al río gigante el comercio de una gran parte de la República de Bolivia, donde nace este río, y recibe el famoso Madre de Dios. Para salvar algunos raudales inaccesibles a la navegación se construyó el difícil ferrocarril Madeira-Mamoré, que tántos millones de pesos y miles de vidas consumió.

Esta situación privilegiada fue la causa principal del rápido crecimiento de Manaos, cuando el caucho alcanzó precios fabulosos. Se puede afirmar que en veinte años aquella ciudad alcanzó a ser el puerto fluvial más comercial del mundo. Antes de la guerra europea eran cinco las grandes compañías transatlánticas que mensualmente llegaban hasta Manaos, y algunos hasta cada quince días. Una inglesa, otra alemana, una italiana, una brasilera y una francesa. En la aduana de Manaos, entre buques de alta mar y vapores fluviales se recibían y despachaban por término medio diez y seis embarcaciones diarias. Con la guerra quedó casi completamente paralizado aquel movimiento. Cuando nosotros estuvimos allá pasaron muchos días sin que entrara ni saliera embarcación alguna. El puerto de Manaos cuenta con un muelle flotante construído por la Manaos Harbour Limited, con un complemento de almacenes, cables de transporte, grúas de embarque y desembarque, etc., etc., que bien se puede afirmar es una verdadera obra monumental, cuyo costo debe contarse por millones. El río Negro, como todos los del Amazonas, crece durante seis meses, de diciembre a mayo, y merma durante el resto del año, alcanzando de diez a doce metros la diferencia del nivel de las aguas. Cuando el río crece, el muelle va ascendiendo, y cuando decrece baja, sin obstáculo alguno para el movimiento de embarque y desembarque. Cuando llegámos a Manaos era el tiempo de la mayor creciente del río, y desembarcámos al nivel de las calles de su población. En cambio, cuando regresámos en septiembre, para ir del punto donde

antes desembarcámos a las calles, tuvimos que subir una larga pendiente de unos cien metros de extensión. Aquella ciudad tiene bellas avenidas, anchas y rectas calles, asfaltadas unas, adoquinadas otras, y todas limpias, de buen aspecto. Algunos de sus edificios son regios, distinguiéndose entre ellos la Beneficencia Portuguesa, el Palacio de Justicia y el Teatro Amazonas. Tres son las iglesias principales: la catedral, con dos esbeltas torres; la parroquia de San Sebastián, a cargo de nuestros hermanos los Padres Capuchinos, y el Santuario de los Remedios. Es notable por su perfección escultórica el *monumento de Amazonas*, erigido en conmemoración de la apertura del río Amazonas al comercio y navegación universales. La circundan bellos paseos, bien sombreados y confortantes. Su altura sobre el nivel del mar es de 32 metros. Su temperatura más común es de 30 a 35 grados, pero varía de 25 a 35. La mucha humedad de aquella inmensa región de los grandes lagos y ríos da la impresión de un clima más ardiente de lo que es en realidad. Aunque la mayoría de los habitantes de Manaos son brasileros, como es natural, las numerosas colonias extranjeras la convierten en ciudad cosmopolita. Son las principales: la portuguesa, con 10,000 almas; la italiana, con 4,000; la española, 2,000; y son notables la turco-siria, alemana, china y otras. Las principales casas de comercio son portuguesas y francesas; alguna es española.

II

Nuestras primeras diligencias en Manaos — "The Amazon River" y sus líneas fluviales—Conducta digna de gratitud del señor José Vaz D'Oliveira. Ansiedad por la demora en las comunicaciones cablegráficas y alegrías que éstas nos proporcionaban—Tiempo que se gastaría de Europa y Norte América a Manaos y Puerto Asís, y viceversa—Costo por tonelada entre esos puntos.

Nuestro primer cuidado al llegar a Manaos fue comunicarnos con Vuestra Reverendísima. A las pocas horas de estar en la ciudad pusimos el siguiente cable:

"Prefecto Apostólico—Pasto (Colombia).

"Conseguido vapor.

"Gaspar, Márquez."

Dimos como cosa hecha la que con toda seguridad creímos poder conseguir, con el fin de que Vuestra Reve-

rendísima activara lo necesario en Colombia; mientras esperábamos la respuesta y recursos para poder obrar, íbamos informándonos de todo aquello que creíamos nos podía servir, para hacer bien el arreglo definitivo. El Reverendísimo Padre Prefecto del Alto Solimoes nos presentó pronto al primer comerciante y hacendado del Amazonas, señor Comendador Joaquín Gonsalves de Araújo, dueño de los famosos Almacenes Rosas, los más bien surtidos de aquella plaza. Con él tuvimos largas conferencias y nos aconsejó que tratáramos directamente con la The Amazon River Steamship Navigation Company, para el alquiler de la lancha. Esta gran Compañía de navegación está subvencionada por los Gobiernos Federal y Estadoal, y tiene establecidas líneas regulares de Manaos a casi todos los puertos fluviales del Estado. Estas diversas líneas se conocen con los siguientes nombres: línea *Solimoes-Yavari*, va hasta Tabatinga y Remate de Males, frontera con el Perú. Línea Itacoatiara-Parintins, hasta esta última ciudad sobre la banda derecha del Amazonas, en el límite con el Estado de Pará. Línea Yapurá (o Caquetá), llega a Jatuarana, lugar situado cerca de la desembocadura del Apoporis, frontera con Colombia. Línea Antazé, hasta el puerto de Castello, sobre ese río, que cae al Amazonas por su banda derecha entre los ríos Negro y Madeira. Línea de Ríonegro, recorre este río hasta el punto de Santa Isabel, donde empiezan Las Chorreras. Línea de Madeira, hasta Puerto Velho y San Antonio, lugar de donde arranca el ferrocarril Madeira-Mamoré. Línea Turuá, por Amazonas y río de este nombre, hasta Cruzeiro do Sul, capital de la Prefectura Civil de Jurúa, en la parte occidental del territorio federal de Acre, y línea de Purús-Acre, por los ríos de estos mismos nombres, hasta la parte oriental de aquel territorio. Además, desde que empezó la guerra europea, la Amazon River estableció un servicio mensual de vapores de gran tonelaje desde Belén del Pará a Iquitos. Para todas estas líneas dispone dicha Compañía de multitud de vapores y lanchas. Tienen unas que llaman *chatas*, impulsadas por grandes ruedas hidráulicas, en vez de hélice, las cuales pueden cargar hasta cien toneladas, sin calar más de dos pies.

El Comendador Gonsalves se ofreció a vendernos y comprar también las mercancías que fueran necesarias para organizar el viaje, tan pronto como hubiéramos con-

seguido la lancha. A pesar de que traíamos precios detallados de todos los artículos que de Colombia podían exportarse al Amazonas, nos manifestó que para poder hacer un negocio en grande era necesario que el comercio conociera primero las muestras. Nos aconsejó que no compráramos lancha alguna hasta no ver prácticamente el resultado del primer viaje; que por esta vez nos limitáramos a alquilarla. Estos consejos nos parecieron muy prudentes, y resolvimos seguirlos. El 4 de junio, no habiendo recibido contestación alguna al cable que dirigimos a Vuestra Reverendísima, pusimos este otro:

"Montclar—Pasto.

"Urge cargar buque."

Seguímos estudiando en diversas casas y con el auxilio de buenos amigos las condiciones comerciales y lo que más nos convenía hacer. El Encargado del Consulado de Colombia, señor José Vaz D'Oliveira, de nacionalidad portuguesa, establecido en Manaos hacía muchos años y comerciante muy práctico, nos ayudó, con un interés y actividad dignos de toda gratitud y encomio; nos presentó a las principales casas navieras y comerciales, nos exponía las ventajas e inconvenientes que fundándose en la experiencia y circunstancias del lugar veía en las muchas propuestas que hacíamos y se nos hacían por diferentes casas comerciales y dueños de embarcaciones; nos preparó un muestrario, bastante completo, de granos y telas, de los que se consumen y venden en Manaos, con sus correspondientes precios; y además, catálogos y valores de herramientas, medicinas y de otros objetos de los cuales no se podían preparar muestras; podemos decir que fue nuestro brazo derecho y nuestro mejor amigo y servidor en aquella ciudad, amistad y servicios que sabemos agradecer como se merecen. Deseo que estas líneas sirvan como expresión sincera de la gratitud que hacia el digno señor José Vaz D'Oliveira guardan nuestros corazones.

Llegó el 8 de junio y aún no habíamos recibido contestación alguna de Colombia. Como el Brasil era beligerante, creímos que nuestros cables no eran entregados, por juzgarlos sospechosos. Varias veces fuimos a la oficina del cable a informarnos, y siempre nos contestaron que nada sabían ni podían preguntar. Este silencio nos tenía bastan-

te angustiados. El 9 de junio el doctor Márquez recibió cable de su familia, que nos tranquilizó completamente, pues comprendimos que sí estaba expedita la comunicación. Por fin el 11 de junio recibímos el primer cable de Vuestra Reverendísima, en que nos preguntaba el precio de algunos artículos. Inmediatamente nos pusimos en actividad, averiguámos lo que se nos pedía y estudiámos la manera de contestar sin gastar mucho dinero, pues en cuestión de recursos estábamos ya en la última expresión. Resolvimos contestar así:

"Montclar—Pasto.

"Sitúenos veinte mil dólares ($ 20,000), respondemos de ganancia apreciable. Detalle precios, dispendioso, inútil. Urge recursos sostenernos."

El 14, cuando ya esperábamos alguna respuesta de Vuestra Reverendísima, vino al convento de San Sebastián un empleado de la Oficina del cable a decirnos que en Pasto no entregaban nuestra comunicación por no tener el nombre completo del destinatario, y que debía ponerse además la calle y número de su casa de habitación. Dada nuestra situación económica, cualquiera puede suponerse la impresión que esta noticia nos causaría. Fui personalmente a la Oficina, y después de conferenciar largamente con el Jefe de la misma, resolvimos cambiar la dirección de Montclar por la de Prefecto Apostólico, y con esto quedó obviada aquella dificultad. Pasaron nuevamente varios días sin que recibiéramos de Colombia respuesta alguna. Cierto es que mientras tanto no perdíamos el tiempo, pues nos íbamos informando más y más por diversos conductos de la manera como nos podrían salir mejor nuestros planes. Hacíamos, deshacíamos y rehacíamos cálculos fundados en lo que habíamos visto y oído, pero en definitiva a ningún resultado práctico podíamos llegar, pues nos faltaba la base: recursos y comunicación de Vuestra Reverendísima. Amaneció el día de San Luis, y nuestras angustias se convirtieron en rebosante alegría. Recibimos a la vez tres cables de Vuestra Reverendísima, uno del 11, diciéndonos que yo girara por cuatro mil dólares ($ 4,000) y el doctor Márquez por dos mil ($ 2,000); otro del 17, preguntándome si recibíamos los cables, y otro sin fecha, avisándonos que era

indispensable expresar los precios de los artículos que nos indicaba en el primer cable. Nos pusimos en seguida en movimiento; intentámos hacer los giros; consultámos a varios comerciantes y banqueros cómo los podríamos realizar, y todos fueron de parecer que desde allá era imposible. El Gerente del London River Plate Bank me aconsejó que comunicara a Vuestra Reverendísima que por medio de una casa comercial o Banco de Colombia, situara los fondos en la Gerencia del River Plate de Nueva York, y de este modo sería fácil recibirlos en Manaos. Después de tratar detenidamente todos estos asuntos con el doctor Márquez, convinimos en contestar a Vuestra Reverendísima así:

"Prefecto Apostólico—Pasto (Colombia).

"Imposible girar. Deposite London River Plate Bank en Nueva York. Domésticos promedio quince centavos metros; género blanco, veinticinco; kerosín, cinco dólares ($ 5) caja. Demanda aquí papas, harina, quesos, granos."

Mientras llegaba la contestación definitiva, seguímos nuestras investigaciones. La Compañía Amazon River nos manifestó que para poder mandar uno de sus buques hasta Puerto Asís, era necesario garantizarle veinte contos de reis de flete, o sea, más o menos, cinco mil dólares ($ 5,000). Otros empresarios particulares se brindaron a hacer el viaje con sus lanchas por tres mil dólares ($ 3,000). Ibamos estudiando y comparando propuestas. Al mismo tiempo averiguábamos el costo de los fletes de Manaos a Europa y Norte América y viceversa, así como el tiempo que los buques gastaban en esas travesías; si el Brasil permitía el libre tránsito por el Amazonas de mercancías extranjeras para otras naciones y qué comisión se cobra en Manaos para el transbordo, almacenaje y reexpedición de esas mercancías. Sobre estos últimos puntos obtuvimos los siguientes datos: desde que empezó la guerra europea, y sobre todo desde que el Brasil entró en ella, era imposible calcular tiempo y precios por el transporte en buques marítimos, por el sinnúmero de contingencias que podían suceder. Antes de la guerra los precios de los fletes eran los siguientes: de Nueva York a Manaos, siete libras esterlinas (£ 7) la tonelada y ocho libras esterlinas (£ 8) desde Europa. El Brasil

concede paso libre por el Amazonas a las mercancías aun extranjeras que vayan a Colombia. Los derechos de desembarque, almacenaje y reexpedición en Manaos para las mercancías de tránsito, las recarga en un medio por ciento sobre el flete de Europa y Norte América. Los agentes encargados de estas operaciones cobran el 1 por 100 sobre el valor de las facturas.

Los días que empleaban los buques desde Europa y Norte América a Manaos y viceversa eran quince por término medio. En aquellos días la última carga que había llegado a Europa les resultó a treinta y cinco dólares ($ 35) la tonelada.

Según las propuestas más favorables que se nos hicieron, calculámos que de Manaos a Puerto Asís la tonelada nos resultaría a treinta dólares ($ 30). Llegámos también a la conclusión bien fundada de que estableciéndose una línea directa de Europa a la desembocadura del Putumayo, línea que podía prolongarse hasta la plaza de Iquitos, se haría la notable economía de diez pesos ($ 10) por toneiada. Además, por los informes que tomámos en nuestro viaje, nos persuadímos de que era muy fácil encontrar en el Bajo Putumayo, colonizado por el Brasil, o en el Alto Solimoes, quien se encargara de organizar una empresa de navegación de Puerto Asís a la confluencia del Putumayo en condiciones muy favorables para el comercio de Colombia; y si se lograba que a esta empresa la subvencionaran los Gobiernos colombiano y brasilero o el del Estado de Amazonas, los fletes para el comercio podrían ponerse en condiciones ventajosísimas. No faltó quien ofreciera sus lanchas e intereses para una obra de esta clase.

El 25 de junio, cuando esperábamos de un momento a otro el aviso de que teníamos a nuestra disposición los recursos tan deseados, el Jefe de la oficina cablegráfica me mandó decir que había recibido una comunicación sobre el último cable que habíamos puesto, y que para podernos entender era necesario que fuera a hablar con él. Inmediatamente me trasladé a su oficina, y resultó que la Junta de censura cablegráfica de Valparaíso quería saber la nacionalidad del Prefecto Apostólico y la mía, y quién era el Prefecto Apostólico; además, exigía una explicación sobre el contenido del cable. Satisfice todas las exigencias de la Junta de censura y me regresé con la confianza de que el cable llegaría a manos de Vuestra Reverendísima. El 10

de julio, viendo que no recibíamos todavía comunicación alguna de Colombia, fuimos nuevamente con el doctor Márquez a la oficina del cable, a ver a qué causas podía obedecer tánta demora en los despachos dirigidos a esta República. Nos contestó que nada sabía, ni podía saber, por cuanto tenían prohibido preguntar si se había entregado o nó una comunicación. Nos dijo que él opinaba que el cable había llegado a su destino, pues pidieron explicaciones y se las dimos, al parecer satisfactorias. Nos insinuó que podíamos averiguar si se había recibido o nó el último cable por medio de la línea Madera-Western, que tenía otra Junta de censura, advirtiéndonos, empero, que la palabra costaba once francos. Por la primera, nos importaba nueve francos cincuenta y cinco céntimos. A él le pareció inútil preguntar por la misma línea, por la sencilla razón de que, si no habían entregado el primer cable, tampoco entregarían los demás que hicieran referencia al mismo. Salímos de la oficina desconsolados y abatidos, sin un centavo en el bolsillo, con deudas de alguna consideración ya contraídas y sin saber qué hacer. Resolvimos esperar unos días más, antes de tomar determinaciones definitivas. Como siempre en esta vida se alternan las tristezas con las alegrías, a los dos días de sucedidas estas aflictivas escenas, recibímos cable de Vuestra Reverendísima, en los siguientes términos:

"Pasto, 11 julio.

"Gaspar Pinell—Manaos.

"Situados casa indicáronme once mil dólares ($ 11,000). Traigan objetos indicados cable, mayor cantidad domésticos, añadan clavos, alambre, varillas acero, cinc. Avisen precios papas, etc.

"Fidel Montclar"

Con estas noticias se convirtieron nuestras penas en gozo, y esa noche no pudimos dormir.

III

Ultimas diligencias y dificultades para recibir recursos—Gran crisis en Manaos y todo el Estado del Amazonas—Propaganda a favor de artículos colombianos y de la navegación del Putumayo—Artículos colombianos que no sería negocio exportar—Abundancia de ganado en la región de Ríoblanco. Terrible fiebre palúdica.

El 13 de julio, llenos de entusiasmo, fuimos al London River Plate Bank a mostrar el cable en que se nos comuni-

Orillas del Bajo Putumayo.

caba el depósito, y ver qué debíamos hacer para recibir el dinero. Nos dijeron que no tenían noticia alguna, pero que tan pronto como les comunicaran algo nos avisarían. Con esta esperanza seguímos haciendo preparativos, aunque con cierto miedo y desconfianza.

En ese tiempo escaseaban mucho los víveres en Manaos, la pobreza tomaba proporciones de calamidad pública. El Gobernador del Estado recibió cable de la Argentina, que era la principal proveedora de harina, aununciándole que en adelante no podría remitir sino la mitad de la acostumbrada hasta entonces. El Congreso Estadoal, reunido en aquella época, en vista de la triste situación del comercio y de toda la población del Amazonas, resolvió pedir al Gobernador Federal que interviniera para aminorar los males del Estado. Los Cónsules y colonias extranjeras, apoyados por todo el comercio de la ciudad, resolvieron también telegrafiar a Río Janeiro para que en alguna forma los ayudaran a resolver aquel alarmante estado de cosas. Aprovechámos aquellas circunstancias para hacer propaganda en favor de los artículos de Colombia y navegación del Putumayo. El doctor Márquez escribió algunos artículos en ese sentido en los principales diarios de la ciudad. Hablámos con el señor Gobernador del Estado sobre estos asuntos; se interesó mucho por ellos y nos prometió que haría gestiones ante el Congreso Estadoal, a fin de que prestara atención a las ventajas que les podría traer esta nueva línea. Conferenciámos en una reunión de los principales comerciantes importadores y exportadores, y todos fueron de parecer que el asunto era digno de tenerse en cuenta, pero creían necesario que ante todo hiciéramos un viaje de prueba para cerciorarse si los artículos de Colombia podrían competir en calidad y precios con los de su clase importados de la Argentina, Portugal y otras naciones europeas.

Por nuestros estudios, llegámos a la conclusión de que según los precios de antes de la guerra algunos artículos de Colombia, como las papas, por ejemplo, no podrían competir en Manaos con las introducidas de Portugal y otros países; pero sí en el Alto Amazonas, y con mayor razón en Iquitos. En cambio otros artículos, como la cebada, alcanza muy buenos precios por el gran consumo que tienen en la fabricación de cervezas. Recuerdo que el dueño de una

cervecería me dijo que si le traíamos la lancha llena de cebada, él nos la cargaría con la clase de mercancía que escogiéramos. También nos convencimos que hay mucho de leyenda en lo que se cuenta por acá, de los precios fabulosos que alcanzan en el Amazonas algunos comestibles. Oí decir alguna vez a persona muy respetable por su edad y dignidad, que en Manaos se había llegado a pagar por un novillo mil dólares ($ 1,000), pero por lo que vimos, la carne es uno de los alimentos de precio más módico. Vale más en Puerto Asís que allá. Esto es debido a que en la región de Ríoblanco, a cuarenta y ocho horas de navegación de la ciudad de Manaos, existen grandes pampas, a semejanza de los llanos del Yarí y Casanare, divididas en multitud de grandes haciendas de particulares y hasta del Gobierno Federal, en las que se crían miles de reses sin mayor costo. Según la última estadística oficial que pude consultar, la del año de 1913, en esa época había en Ríoblanco 200,000 reses. Suponiendo en un 20 por 100 anual de aumento, que es lo menos que se puede suponer, actualmente habrá allá una cifra muy cercana a medio millón de reses, aun teniendo en cuenta las que se han consumido y las que se hayan perdido por causas fortuitas. El Estado del Amazonas, según los cálculos oficiales, consume al año unas 25,000 reses; de esas 15,000 la sola ciudad de Manaos; pero allí no solamente degüellan ganado de Ríoblanco, sino que, debido a las mejores facilidades de transporte, mandan mucho del Bajo Amazonas, y no sólo a Manaos sino a otros pueblos y ciudades del Estado. Estos datos explican el porqué allá la carne es tan barata. En Ríoblanco una res de diez a doce arrobas cuesta sólo doce dólares ($ 12). Una de las preocupaciones de los hacendados de Ríoblanco, según oímos del principal de ellos, nuestro buen amigo el Comendador Joaquín Gonsalves de Araújo, es buscar plazas de consumo para el ganado. Algunos han intentado ya exportarlo a la Guayana inglesa. La región de Ríoblanco es fronteriza con dicha colonia británica, y según datos fidedignos, en una semana se puede ir de Boavista, capital del Municipio de Ríoblanco, a Georgetown, aprovechando los ríos Takutú y Mahú, de la región brasilera, sirviéndose luégo de un camino de herradura de ocho leguas, que conduce al río Repunnuny, afluente del Essequibo, por los cuales se navega hasta Georgetown, capital de dicha colo-

nia. Todo esto convence de que no puede ser buen negocio mandar ganado de Colombia a Manaos.

La causa de la gran ruina en que se hallaba el Estado del Amazonas, y sobre todo la ciudad de Manaos en aquellos días, era la falta absoluta de transportes para Europa y Norte América. Todas las casas de comercio tenían sus almacenes abarrotados de caucho fino, castaña, fríjoles de playa y demás productos que se exportan de allí, sin poder mandar ni recibir nada del Exterior. Los principales comerciantes tuvieron varias conferencias, en las que llegaron hasta proponer la formación de una compañía de buques veleros, que hicieran la travesía de Manaos a Lisboa. Seguramente la terminación de la guerra europea los haría desistir de aquellos propósitos. Las grandes casas comerciales despidieron la mitad y algunos las dos terceras partes de sus empleados, para poder sostenerse. Daba verdadero pánico contemplar cómo se iba poniendo día por día la situación. Mucha gente hasta bien vestida y que se presentaban como personas de alguna posición, se hallaban en la mayor miseria. Varias veces nos pedían limosna gentes de esta clase. En estas angustiosas circunstancias iban pasando los días sin que de Colombia recibiéramos lo que tánto esperábamos. Y esto, como era natural, nos tenía bastante intraquilos, y hasta llegámos a temer que el comercio de Manaos nos tuviera por unos embaucadores.

El 15 de julio, viendo que nada decían de Nueva York al River Plate Bank, suplicámos al Gerente que pusiera un cable por nuestra cuenta, preguntando por nuestros recursos. La respuesta se hizo esperar mucho. Viendo el Gerente que nada contestaban, me pidió el cable de Vuestra Reverendísima, para en vista del mismo tener una conferencia cablegráfica con la sucursal de Nueva York.

En todas esas llegó el día de la Virgen del Carmen, la que sin duda quiso probar mi paciencia y resignación, permitiendo que en esa fecha me diera una fiebre tan violenta, que los Padres creyeron que se trataba de fiebre amarilla. Ya estaban pensando en llevarme al hospital destinado especialmente para esa enfermedad, que para los enfermos es casi siempre mortal allá; pero gracias a Dios, a los dos días empecé a mejorar y muy pronto mi restablecimiento fue completo.

IV

Contrato de la lancha que debía subir a Puerto Asís—Recibo de recursos. Amigable alegato—Dificultades de última hora.

Mientras convalecía de mi enfermedad, el doctor Márquez iba terminando las condiciones del contrato de alquiler de la lancha que debía hacer el viaje a Puerto Asís. La primera que contratámos fue una llamada *Angelina*, de cincuenta toneladas, muy bonita y hasta lujosa, pues tenía hermosos camarotes y luz eléctrica. El precio convenido fue el de once contos de reis, o sea más o menos dos mil setecientos cincuenta dólares. Como era natural, este contrato quedaba siempre subordinado a la condición de si recibíamos recursos, porque hasta entonces obrábamos sólo con esperanzas.

Por fin el 22 de julio, después de casi dos meses de angustias y alegrías, confianzas y decepciones, el Gerente del River Plate Bank nos llamó para entregarnos cuarenta y seis contos, cincuenta y cuatro mil novecientos seis reis (46:054.906), que fue lo que produjeron al cambio de esa época y descontando gastos de giros los once mil dólares que Vuestra Reverendísima nos depositó. Desde ese momento nos reanimámos y empezámos a trabajar activamente y en firme. El doctor Márquez se encargó de la parte oficial del viaje, como despachos consulares y de la capitanía del puerto, pasaportes, etc.; y yo de las compras y cargamento de la lancha. El doctor Márquez fue personalmente a hablar con el Cónsul del Perú para saber con toda certeza si por parte del Gobierno de aquella nación habría inconveniente para el paso de la lancha en el Putumayo, y el Cónsul le manifestó que había recibido un radiograma de Iquitos indicándole que tratara a los colombianos como ciudadanos de la nación más favorecida. También cuidó el doctor de poner en firme el contrato del alquiler de la lancha. Juntos fuimos a ver la *Angelina*, que teníamos ya contratada, aunque sin las formalidades legales. Al presentarnos para cumplirlas, su propietario nos dijo que no podía hacerlo, porque el capitán del puerto, en la revisión que mandó practicar, ordenó que se hicieran algunas reparaciones en la caldera de la *Angelina*, las cuales demorarían por lo menos de quince a veinte días. Nos ofreció otra llamada *Yaquirana*, más pequeña, de cualidades inferiores a

la primera. Después de tratar largamente el asunto, convenimos en llevar la *Yaquirana* de cuarenta y cinco toneladas. El contrato se ajustó en las siguientes condiciones: la lancha haría viaje redondo de Manaos a Puerto Asís, y viceversa; llevaría la carga que le entregáramos en esos dos puertos. Debía demorar en Puerto Asís quince días, si lo creíamos conveniente; y admitir de ida doce pasajeros: cinco de primera clase y siete de tercera; y de regreso: tres de primera clase, corriendo la alimentación de todos a cargo del contratista. Nosotros le pagaríamos dos mil seiscientos veinticinco dólares de alquiler: la mitad al salir de Manaos, una cuarta parte en Puerto Asís, y el resto al cumplirse el viaje.

Arreglado ya el contrato en firme, lo que más nos preocupó fue salir cuanto antes. Entonces pusimos el siguiente cable:

"Fidel Montclar—Pasto.

"Llegaremos mediados agosto. Papas, doce dólares ($ 12) carga. Cebada cruda, ídem."

Así las cosas, al doctor Márquez se le ocurrió que sería muy bueno que él se fuera directamente a Bogotá por la vía Pará-Nueva York, mientras yo subía por el Putumayo con la lancha, y así podría influír a tiempo ante el Gobierno Nacional y el Congreso para alcanzar alguna subvención, a fin de que los viajes se repitieran. Por fortuna, Dios me inspiró en aquellos momentos que me opusiera con toda resolución a aquella idea. Meditando algunas veces sobre lo que después nos sucedió, he llegado a convencerme de que mi oposición en aquellas circunstancias ha sido una de las determinaciones más acertadas de mi vida. El estaba empeñado en poner en práctica sus deseos, y yo en que no lo hiciera. Las razones en que me fundaba para impedirle su determinación eran la posibilidad de que nos sucediera algún percante en la parte del Putumayo ocupada por el Perú. En este caso creía indispensable su presencia para defenderme y defender a la Misión ante el Gobierno y Nación colombianos, de cualquier cargo de temeridad o incorrección que se nos pudiera hacer. El sostenía que nada nos podía suceder, pero como soy siempre algo pesimista en empresas de esta magnitud y de óptimas consecuencias, a las cuales no les pueden faltar dificultades, ni de parte

del infierno, y hasta entonces todo nos había salido a las mil maravillas, no convine de ninguna manera en que nos separáramos. Viendo que no lo podía convencer, amenacé con deshacer todo lo hecho e irme yo también por Belén del Pará, o regresarme sin lancha por Iquitos. Cuando me vio tan resuelto desistió de sus planes y accedió a venirse conmigo. Los acontecimientos posteriores pudieron convencer al doctor, por desgracia, si mi pesimismo fue o nó prudente.

Después de mucho bregar, pudimos fijar para el 28 de julio, por la noche, el día de nuestra salida de Manaos con la lancha, pero como suele suceder en circunstancias de esta clase, a última hora se nos presentaron un mundo de dificultades, al parecer insolubles, y de las que nos fuimos librando con paciencia y constancia. Las principales fueron: primera, el señor Giovanni Rossetti, que así se llamaba el dueño y alquilador de la *Yaquirana*, se excusó del viaje y de comandar la lancha, como habíamos convenido, alegando que tenía un hijo enfermo, a quien había que operar en breve. Tuvimos gran alegato con él por este motivo. Como era un hombre muy vivo, activo, y sobre todo un comerciante muy experto, queríamos a todo trance que fuera él y no otro el responsable del viaje. Por fin, aunque con bastante disgusto, aceptamos el reemplazo que nos dio, que fue el portugués señor Augusto Viera. Segunda: al ir a sacar los despachos aduaneros y de la capitanía del puerto, se nos comunicó que estaba absolutamente prohibido, desde que el Brasil entró en la guerra, la salida para el Exterior de herramientas y fierros; por lo tanto, no podríamos llevar los que teníamos ya comprados y listos para embarcar. Apuros y carreras en busca de influencias para vencer aquellos obstáculos, que sólo después de no pocas diligencias lográmos vencer. Tercera: el Cónsul del Perú dijo que para librar el despacho necesitaba contestación a un radiograma que había puesto a Iquitos. Nuevas zozobras y desconfianzas de buen éxito. Después de alguna espera inquietante alcanzámos el anhelado despacho. Cuarta: el señor Rossetti, encargado de obtener los pases de la Jefatura de Policía, nos mandó decir que para poderlos sacar era necesario que presentáramos el pasaporte y la carta de identidad. Carta de identidad teníamos, pero no pasaporte. Nuevas carreras a la casa de Rossetti y a la Jefatura de Policía para arreglar aquel embrollo. Con no poco trabajo pudimos

obtener los pases. Quinta: a última hora el capitán que venía a comandar la lancha se dio cuenta de que en algunos despachos faltaba el *visto bueno* del Cónsul peruano. Nuevas dificultades que por fin pudimos vencer, y a las doce de aquella memorable noche del 28 de julio pudimos salir de Manos con la lancha *Yaquirana*. Todas las contrariedades que acabo de apuntar nos sucedieron en la tarde última de nuestra permanencia en aquella ciudad. Rendidos como quien sale de un gran combate, pero contentos con la victoria alcanzada, al oír la sirena de la *Yaquirana*, que daba la señal de marcha, sentímos una satisfacción tan grande, que bien la podemos contar sin temor de equivocarnos como una de las mayores de nuestra vida. Nos considerábamos ya en Puerto Asís, pudiendo dar buena cuenta de nuestras gestiones y saboreando la gloria que nuestro éxito nos proporcionaría; pero ¡oh mezquindad de las alegrías humanas! ¡Cuán distintos fueron los resultados de lo que nosotros nos los imaginábamos al alejarnos de Manaos, donde tántas emociones agradables y desagradables habíamos experimentado en los dos meses de nuestra permanencia! Lo último que hice momentos antes de dirigirnos al puerto para emprender viaje, fue poner a Vuestra Reverendísima el siguiente cable:

"Salímos. Alisten mil bultos."

Nos acompañaron a la lancha para despedirnos, sin tener en cuenta las altas horas de la noche, nuestros hermanos los buenos Padres Capuchinos, que tántas atenciones nos prodigaron en aquella ciudad, y hacia quienes conservaremos eterna gratitud y reconocimiento; el Cónsul de Venezuela y Encargado del Consulado de Colombia, incomparable amigo señor José Vaz D'Oliveira; el dueño de la lancha, señor Rossetti, y otras muchas personas, de quienes conservamos gratos recuerdos.

V

Visitas a las bibliotecas y museos—Información sobre el Caquetá, el Putumayo y otras regiones amazónicas—Ejemplos que nos estimulaban—Instrucción religiosa de los colombianos e ignorancia catequística de algunos moradores del Amazonas—¿Qué es la santa comunión?—Agricultura en el Amazonas. Colonización e inmigración—Visitas de Julio Arana—Nombres y apellidos en el Brasil—Títulos honoríficos—Respeto y tolerancia religiosos—Práctica edificante.

Antes de empezar a escribir lo que nos sucedió después de nuestra primera salida de Manaos será bueno ano-

tar algo más de lo que hicimos por allá. Los muchos días que las dificultades apuntadas nos impidieron dedicar a los asuntos directos de la navegación, los aprovechamos para informarnos sobre las costumbres sociales, tradiciones y demás cuestiones interesantes que nos pudieran ser de alguna utilidad. Visitámos varias veces la Biblioteca Estadoal, donde hallámos documentos admirables sobre el Amazonas y su colonización, alegatos entre Portugal y España sobre estas regiones, y relaciones diplomáticas del Brasil con sus vecinos, con mapas antiguos ilustrativos. En el Museo de Numismática admirámos preciosidades inestimables en monedas antiguas: vimos unas dos de la Judea del tiempo del Redentor, y a una de ellas la acompaña una leyenda que dice: "Por treinta monedas como ésta fue vendido Jesucristo."

Tuvimos ocasión de hablar con varios colombianos que hace muchos años viven en aquellas regiones y conocen perfectamente el Bajo Caquetá. Nos dieron informaciones minuciosas de aquellos lugares, supimos detalles pormenorizados sobre los sucesos de La Pedrera, sus causas, desarrollos y tristes efectos. En la biblioteca del Consulado y en otras particulares encontrámos una verdadera bibliografía sobre el Putumayo desde el tiempo de su descubrimiento hasta el Libro Rojo y el intento de refutación por los peruanos. Vimos documentos privados que nos enteraron cómo se formó la The Peruvian Amazon Company Limited y se posesionó de los ríos Caraparaná e Igaraparaná. En ese entonces dicha Compañía estaba en liquidación. Su Gerente era don Julio Arana, residente en Manaos. He tenido informes posteriores de que ya se terminó dicha liquidación, y ha quedado como dueño único de aquellos ríos la casa Arana y Hernández. Conocimos y tratámos largamente con el Reverendísimo Padre Lorenzo Giordano, Salesiano, Prefecto Apostólico de Ríonegro, quien nos dio abundantes datos sobre el territorio de su Prefectura. Esta colinda con Colombia y con el Vicariato Apostólico de los Llanos de San Martín; nos contó que varias veces se había visto y tratado con los Padres de aquella Misión colombiana, cómo éstos han tenido algunas veces necesidad de ir a Manaos a proveerse de lo que les hacía falta.

Obtuvimos también informaciones que nos hicieron comprender las labores y esfuerzos de algunos colombia-

nos ilustres para defender de la invasión de sus vecinos la región amazónica de Colombia, intentando establecer la navegación oficial o particularmente en los ríos que lo permitieran. Me hice a la copia de una colección de cartas privadas del General Uribe Uribe, que son un testimonio indiscutible de cuánto ese señor se interesó para que Colombia no dejara de ser ribereña del Amazonas. Estos ejemplos nos estimulaban en no desfallecer hasta conseguir nuestros intentos, por más contratiempos que se nos presentaran; y sobre todo para el doctor Márquez tenían una fuerza especial, por cuanto con esta obra, no sólo trabajaba por la grandeza de su patria, sino que al mismo tiempo le ofrecía ocasión de honrar la memoria de seres para él muy queridos. Respecto al General Uribe Uribe, recuerdo la siguiente anécdota: unos peruanos, que sin duda ignoraban lo que dicho General fue en Colombia, me dijeron, como quejándose de falta de diplomacia, que les habían mandado con carácter diplomático a un inconsciente y alcohólico llamado Uribe Uribe, quien en la misma ciudad de Lima se había atrevido a insultar al Perú y comprometer a Colombia con motivo de la cuestión de límites. Al oír estas razones, pensaba en mis adentros: ¡cuán errados y despreciables son los juicios de los hombres y cuánta prudencia y reflexión se requiere para poder formar concepto acertado sobre alguna persona, y sobre todo para exteriorizarlo en forma dogmática!

En fin, conocimos multitud de datos históricos, geográficos, etnográficos, etc., del Caquetá, del Putumayo y demás ríos de aquellas regiones, que seguramente nunca habríamos conocido si nuestra permanencia en Manaos hubiese sido más corta y menos accidentada. No quiero dejar de anotar un hecho muy honroso para Colombia: fuimos a visitar la Casa de Misericordia u Hospital de Caridad de Manaos, donde se refugian enfermos pobres de todo el Estado de Amazonas. A veces se encuentran allí individuos de distintas naciones. Nos mostró todo el establecimiento el capellán del mismo, un sacerdote portugués muy ejemplar. Al enterarse de que era yo un Misionero de Colombia, me dijo: "Lo felicito por la suerte de vivir en Colombia, país que debe ser muy católico. Cuando me llaman a asistir algún enfermo, sin que él me lo diga conozco al instante si es colombiano, por la instrucción religiosa que poseen todos

los que dicen ser de allá. Algunos pueden ser hasta muy malos, pero en todos se nota una gran superioridad en formación cristiana, comparándolos con los que aquí se juntan de otras partes. Con éstos a veces tengo que empezar por enseñarles la señal de la cruz." Al oír esta espontánea manifestación tan honrosa para Colombia, como es de suponer me llené de santo orgullo, ya que me complazco en considerar a Colombia como a mi segunda patria, y como a tál la amo y le he probado mi amor con sacrificios que no he tenido ocasión de hacer por la inolvidable España. Las palabras del capellán de la Casa de Misericordia me recordaron un hecho que confirma plenamente el concepto que exteriorizó sobre ignorancia religiosa de algunos habitantes de aquellas regiones: como el doctor Márquez recibía todos los días en la misa la santa comunión, una vez cuando el doctor acababa de comulgar, un muchacho de doce a quince años se acercó a uno de los bogas, y le preguntó: "¿Qué es lo que el Padre da a aquel señor en aquel papelito blanco que le pone en la boca?" Al oír esto el boga, medio escandalizado y admirado, le respondió: "¡Qué papelito, si es la santa comunión!" El muchacho, que seguramente no había oído hablar de tal cosa, volvió a preguntar: "¿Y qué remedio es la santa comunión?" Este hecho tan desconsolador es rigurosamente histórico, y nos sucedió en una casa que no era de indios. El da por desgracia idea del estado de instrucción religiosa de algunos moradores de la hoya amazónica.

En aquellos días se hacía en Manaos y en todo el Estado del Amazonas una propaganda intensa en favor de la agricultura en periódicos, hojas volantes y demás medios de difusión, en que se exhortaba a todos los dueños de caucheras, haciendas y terrenos, a que cultivaran la tierra y suspendieran la extracción de caucho por algún tiempo, mientras se pudiera exportar el que estaba almacenado, a fin de aliviar de este modo la carestía de víveres e irse haciendo a nuevos medios de riqueza y desarrollo de aquellas regiones. De algunos años a esta parte, sobre todo desde que empezó la guerra europea, la agricultura y ganadería se han desarrollado en el Amazonas en notable escala. En las orillas de esos ríos se ven por todas partes grandes potreros con ganados, y también producen ya arroz, azúcar, fríjoles y otros artículos alimenticios que antes ha-

bía que importar casi en su totalidad. Existe en aquellas regiones un frijolito de grano y mata muy pequeños, pero muy fino y sabroso. No se levanta del suelo más de una cuarta y carga más vainas que hojas. Lo siembran en las grandes playas arenosas del Amazonas y sus afluentes durante los meses de verano, cuando estos ríos están en su mayor seca. En tres meses se logra siembra y cosecha, constituyendo un alimento de primera clase, al mismo tiempo que un artículo de exportación. Las ventajas que ofrece son grandísimas, pues no tiene más trabajo que sembrarlo y cosecharlo, por cuanto la misma naturaleza se cuida de preparar los campos de cultivo con sólo la merma de las crecientes de los ríos.

Otro de los asuntos que preocupa mucho la atención de los pensadores del Amazonas, es la colonización o inmigración. Las características de aquel Estado son la grande extensión de terreno (1.673,000 kilómetros cuadrados) y el exiguo número de población (350,000 habitantes). Estos pocos habitantes no son suficientes ni siquiera para la extracción del caucho y otras riquezas naturales que con abundancia les brindan aquellas inmensas regiones. Esto hace que descuiden los trabajos agrícolas y que por consiguiente sufran mucho por falta de alimentos sanos. Opinan muchos que la falta de alimentación sana y nutritiva es la causa principal de las enfermedades de aquellos ríos, pues dicen haberse comprobado que la región amazónica es el país tropical más sano del mundo, por comparaciones hechas con las mismas zonas del Asia, Africa y Oceanía. Hay ríos en aquella región que tienen fama de ser muy mal sanos y de que nadie entra en los mismos sin salir con fiebres y otras graves enfermedades, pero según conceptos científicos, no son aquellos sitios la causa de las enfermedades sino la falta de higiene y mala alimentación de sus moradores. La base de la alimentación de la gran mayoría del pueblo del Amazonas, especialmente en ciertas épocas del año, es el *pirarucu* o *paiche* (especie de bacalao secado al sol) y la fariña de yuca (almidón tostado y seco), confeccionada de una manera muy rudimentaria. Hay caucheros que pasan meses seguidos tomando sólo estas dos clases de alimento. Con una sana inmigración, preparada y desarrollada práctica y científicamente, se encontrarían los re-

medios para estos males. Los inmigrantes con sus labores agrícolas proveerían de sanos alimentos a los caucheros y habitantes de las ciudades, y ellos a su vez se harían a recursos con el fruto de su trabajo; pero para conseguir estos fines sería necesario escoger bien el personal de inmigrantes y los puntos donde deberían establecerse. Los que con mayor atención habían estudiado estas importantes cuestiones creían que la región que debía escogerse de preferencia para establecimientos de núcleos de población de inmigrantes eran las orillas del río Solimoes, o sea el mismo Amazonas, desde Manaos a la frontera con el Perú, por ser el río más céntrico y vía obligada del comercio para varias naciones. Todos, eso sí, convenían en que los nuevos colonos no debían colocarse en sitios despoblados completamente, sino muy cerca de los núcleos de población ya existentes, por la sencilla razón de que los inmigrantes solos se aburrirían pronto viendo que el fruto de sus labores no tiene valor alguno, por cuanto al poco tiempo todos cosecharían los mismos productos y no encontrarían a quién vender lo que no alcanzaran a consumir, acarreándoles esto la falta de medios para proveer a las demás necesidades de la vida. En cambio, al lado de una población ya formada, ellos favorecerían a sus moradores con el fruto de su trabajo, y éstos a aquéllos con sus consejos y ejemplos de vida práctica de la región, al mismo tiempo que con sus compras. Algunos llegaban ya hasta señalar los siguientes puntos como los más indicados para este objeto: una faja de terreno elevado cerca de la ciudad de Manacapurú, a unas sesenta millas de Manaos, donde calculaban espacio para quinientas familias. Otra elevación cerca de la desembocadura del río Teffé, donde se podrían colocar también quinientas familias. Este punto es muy estratégico, por reunirse allí los tres ríos: Amazonas, Teffé y Caquetá. Todo el espacio entre la desembocadura de los ríos Juruá y Tutahy, afluentes de la banda derecha del Amazonas, donde podrían distribuírse holgadamente más de tres mil familias de colonos. En la boca del río Putumayo, junto a San Antonio, calculaban espacio para trescientas familias; y finalmente, en las tierras firmes o elevadas de San Pablo de Olivensa, opinaban que se podían establecer de tres a cuatro mil familias. Creo oportuno llamar la atención de los colombianos sobre la importancia y situación de estos dos

Orillas del Amazonas.

últimos lugares. Como en el Amazonas hay todavía terrenos baldíos o del Gobierno, que tienen caucho fino, aconsejaban que a los colonos, a la vez que terrenos para la agricultura, se les diera algún pedazo de monte donde pudieran arreglar su *estrada* de caucho o de castaña, a fin de poderse dedicar a la industria de la extracción cuando las circunstancias no les permitieran trabajos agrícolas, y también para que las familias pudieran repartirse el trabajo, dedicándose unos a la agricultura y otros a colectar productos del monte, a fin de tener en todo tiempo medios seguros de subsistencia. En aquellos lugares las caucheras están repartidas por *estradas;* una *estrada* consiste en una porción de terreno con cierto número de árboles de caucho. También los árboles que producen la famosa castaña del Amazonas se dividen por *estradas*. La castaña del Amazonas, después de las gomas, tal vez constituye el primer artículo de exportación; es muy parecida a la castaña europea, aunque de mayor tamaño, y en Europa es muy apreciada para confeccionar dulces y conservas. Ni en la recolección del caucho, ni en la de la castaña, se cortan los árboles; por consiguiente, una *estrada* es una finca durable y productiva, que se puede ir perfeccionando con nuevas siembras de esos preciosos árboles.

Como medios eficaces de colonización se aconsejaban los siguientes como principales: que el Gobierno pagara los transportes de las familias inmigrantes hasta el lugar de las colonias; que los proveyera de herramientas y semillas para la siembra, y les diera la alimentación hasta la primera cosecha.

Para la repartición de terrenos se examinaban detenidamente los sistemas de arrendamiento, donación y venta; y después de detenido estudio, ilustrado con ejemplos prácticos de la Argentina y otras naciones, sentaban como indiscutible que el mejor era la venta, facilitando por supuesto los medios de pagar el importe de los lotes, ya con fruto de los mismos, ya con dinero adquirido con el producto del lote, para lo cual se señalarían plazos razonables y acomodados a las circunstancias. No obstante, todos los que defendían la tesis de la venta, consideraban necesarias dos excepciones: los indios y las Misiones religiosas. Para los indios se aconsejaba un régimen especial, que no les permitiera vender sus terrenos sin estar asesorados por la auto-

ridad o personas respetables que pudieran suplir su falta de comprensión en esta clase de transacciones. Se aconsejaba, además, respecto de los mismos indios, que sus centros estuvieran siempre cerca de las colonias de los blancos, a fin de que éstos pudieran servirse de las habilidades de aquéllos en las industrias de la montaña y de los ríos; y los indios a su vez fueran adquiriendo hábitos de civilización y aprendieran a aprovechar el tiempo y a hacer fructificar su trabajo.

Se aconsejaba también de un modo especial a los empresarios de ferrocarriles y obras públicas, que ante todo procuraran la fundación de colonias agrícolas y pecuarias bien organizadas, para el fácil abastecimiento de víveres y carne fresca, a fin de evitar la mortandad enorme de peones, como sucedió en la construcción del ferrocarril Madera-Mamoré.

Respecto a la selección de colonos, la opinión más aceptada por los hombres prácticos y de estudio era que debían preferirse los nacionales a los extranjeros; y entre los nacionales a los de los Estados de Ceará y Parahyba; faltando los nacionales, debía acudirse a los extranjeros que más se adaptaran a las necesidades y condiciones del Estado. Sentadas estas premisas, pasaban a examinar las naciones extranjeras de donde convenía traer inmigrantes, y después de haber examinado las condiciones peculiares de los portugueses, alemanes, austriacos, polacos, italianos, españoles, turcos, japoneses y chinos, y sabido que franceses e ingleses no inmigran, llegaban a la conclusión de que la mejor inmigración para el Amazonas era la portuguesa, por la identidad de raza, religión, lengua, costumbres, tradiciones y leyes con los blancos criollos de aquel Estado. Recuerdo que respecto a los alemanes, los cuales han colonizado casi íntegramente, en mayor proporción que otras razas, los tres Estados más al Sur de aquel país: Paraná, Santa Catarina y Ríogrande do Sul, había en ese entonces gran eferverscencia, achacándoles el intento de considerar esos Estados como colonias alemanas, y hasta dijeron que el Gobierno se había visto en la necesidad de tomar medidas serias para obligarlos a usar la lengua portuguesa en los actos oficiales y públicos, como en las escuelas, oficinas, sermones, conferencias, etc. Muchas otras cosas que nos parecieron muy prácticas y útiles, escuchámos sobre esta

importante materia, pero para no hacerme interminable, dejo la explanación de este asunto para mejor ocasión.

A poco de haber llegado a la capital del Amazonas, nos vino a visitar el señor don Julio Arana, dueño principal de las regiones del Caraparaná e Igaraparaná, y nos dijo que de El Encanto le habían comunicado por radio nuestro viaje; se puso enteramente a nuestras órdenes, nos visitaba con bastante frecuencia, aparentando siempre interesarse mucho por el éxito de nuestra empresa, haciéndose lenguas de las ventajas que traería a sus negocios la libre navegación del Putumayo. Sin faltar a las reglas de caballerosidad y cortesía, nos guardábamos muy bien de valernos para nada de las influencias y ofrecimientos de dicho señor; y cualquiera que sepa la historia y conozca el estado actual del Putumayo, comprenderá fácilmente la razón de nuestra conducta.

Quiero anotar también una costumbre de los brasileros, que nos llamó la atención: es la manera como usan de nombres y apellidos y los tratamientos que emplean en las relaciones sociales. Ordinariamente cada persona usa dos o tres nombres de santos y tres o cuatro apellidos; y en el trato y correspondencia ordinarios, en vez de los títulos de señor don, que usamos los españoles y sus descendientes, emplean el de Excelentísimo e Ilustrísimo; en cambio noté que para nombrar a los señores Obispos, anteponen solamente el título de don a sus nombres. Entre los hijos del país es título muy honorífico y común el de Coronel de la Guardia Nacional, como en Colombia el de General, y entre los portugueses, muy estimado y distintivo de grandeza, el de Comendador. Inspira vivas simpatías el trato fino, caballeroso y digno de la buena sociedad amazonense. Existe allá absoluta tolerancia de cultos y gran respeto exterior a toda religión. Noté que al pasar los tranvías repletos de gente por delante de una iglesia católica, todos los hombres se descubrían con veneración y sin respeto humano, y hacían también lo mismo al pasar por frente de cualquier capilla o casa de oración, aunque no fuera católica. Me edificó en Manaos una práctica que demuestra lo arraigada que está la fe católica en el corazón del pueblo, consistente en que todo el mundo al dar las doce y la puesta del sol, se paran y los caballeros se descubren aun en medio de las calles y plazas más concurridas, el tiempo necesario para rezar el *Angelus*.

VI

De Manaos al Caraparaná—Visitas a Teffé y Tonantins—Encuentro con los compañeros de viaje—Reloj viviente y su fin trágico—Sastre improvisado. Entrada al Putumayo, ocupado por el Perú—Inesperado encuentro con la "Callao"—"Bote Márquez" destrozado—Se nos obliga a arribar a El Encanto.

Cuando daban las doce de la noche del 28 de julio, salímos del puerto de Manaos con la *Yaquirana* cargada de telas y herramientas. Hasta cierto punto del Amazonas llevó a remolque algunos botes de pescadores. Es costumbre allá que los que viven de la pesca ruegan a los capitanes de vapores y lanchas que salen, que remolquen sus embarcaciones hasta los lugares donde pretenden hacer sus pesquerías, y ellos dan en cambio a la nave que les hace este servicio una cantidad de pescado fresco del primero que cogen.

El 1° de agosto llegámos a la ciudad de Teffé. Visitámos allí al Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico, llamado Alfredo Barrá, francés. Estuvimos cambiando ideas con él sobre la empresa que nos proponíamos realizar. Mucho le gustó, y nos dijo que le trajéramos de Puerto Asís algunos bultos de harina de trigo para las hostias. Fuimos a ver el Orfelinato que aquella Misión tiene establecido en Teffé, y seguímos viaje. El 5 de agosto nos encontrámos nuevamente en Tonantins con el Reverendísimo Padre Evangelista de Cefalonia, a quien tántos favores debíamos y de quien nos despedímos en Manaos la noche del 5 de julio. En Tonantins paró la *Yaquirana* a coger leña, y mientras tanto aprovechámos la ocasión para ir a conocer la ciudad antigua, que está situada a orillas de un lago bastante grande, a media hora del Amazonas, adonde se va por un caño navegable en todo tiempo. El mismo Reverendísimo Padre Prefecto nos llevó en una lanchita de motor de kerosene que tiene para sus correrías apostólicas y que él mismo maneja. Nos mostró en aquella ciudad el local donde funcionó un colegio dirigido por los Padres Misioneros, el cual tuvieron que cerrar por falta de recursos. Nos explicó el plan que tenía de edificar una gran iglesia en la orilla del Amazonas y trasladar allá la ciudad de Tonantins, a fin de que fuera puerto de tránsito y tuviera más vida. Nos refirió que su proyecto había encontrado gran oposición, y que eran muchas las dificultades que tenía que vencer para rea-

lizarlo; tánto que lo obligaron a ir a Manaos a tratar el asunto con el Gobierno del Estado. Nos llenó nuevamente de atenciones y nos dijo que si no fuera por el compromiso que tenía con el muy Reverendo Padre Yacundo, de ir a bendecir dentro de pocos días la nueva iglesia de San Pablo de Olivensa, vendría con nosotros a Puerto Asís. Me expuso un plan que se le ocurría, si acaso la comunicación con Colombia quedaba expedita, y era el de mandar a temperar a los Misioneros que enfermaran al clima frío de las cordilleras de nuestra Misión, en vez de mandarlos a Italia, como se veía obligado a hacer. Le manifesté que me parecía magnífico su plan, y que por nuestra parte estábamos dispuestos a recibir con los brazos abiertos a cualquier Misionero que mandara. Parámos en Tonantins medio día y una noche. Al amanecer del día siguiente nos despedímos llenos de gratitud del Reverendísimo Padre Evangelista y de un Hermano lego que lo acompañaba, y a las cuatro horas llegámos a San Antonio y Puerto América. Allí encontrámos a los compañeros que habíamos dejado recomendados. Grande fue su alegría y la nuestra. Nos contaron multitud de cosas que les habían sucedido; los comentarios que los vecinos de aquellos lugares, especialmente los que eran de nacionalidad peruana, hacían sobre nuestro viaje. Benjamín, el marinero, pasó aquel tiempo en la casa de un señor Francisco Larrañaga, colombiano pastense, hermano del que fue dueño de las caucheras del Igaraparaná. Ferrín, el capitán, estuvo sirviendo en la lancha *Sergipe;* y Vargas, el práctico e intérprete, se fue a vivir con unos indios incas, en las orillas de un gran lago cerca del Putumayo. Todos estaban satisfechos del buen trato y atenciones que les habían prodigado los habitantes de aquellos lugares. En San Antonio recogimos también otro compañero, del cual todavía no he hecho mención: fue un gallo que en compañía de otros embarcámos en Puerto Asís, con la intención de que nos proporcionara un buen caldo en alguna playa del Putumayo; pero resultó que se hizo muy confianzudo y amigo de todos los viajeros, y cada mañana cantaba a la misma hora, precisamente en la que nosotros habíamos determinado levantarnos y celebrar el santo sacrificio de la misa. Estas acciones del noble animal le acarrearon pronto las simpatías de todos; le pusimos el nombre de *Reloj*, y resolvimos conservarle la vida, volverlo

a Puerto Asís y dejarlo morir de viejo, en agradecimiento de sus buenos servicios y para que nos sirviera de recuerdo del viaje. A la bajada lo dejámos recomendado en San Antonio, en la misma casa en donde dejámos el *bote Márquez*, con la intención de recogerlo cuando subiéramos, como lo hicimos. Lo embarcámos en la *Yaquirana*, recomendando en gran manera al cocinero que no cayera en la tentación de torcerle el pescuezo. Hablámos también al capitán sobre el nuevo pasajero; pero a pesar de todas las precauciones, pronto se cumplió para el pobre pollo aquel refrán de que "unos componen y otros descomponen," pues a los pocos días, estando divirtiéndose con otros de su especie, el cocinero necesitó los servicios de alguno de ellos para el almuerzo, y echó mano del primero que topó, sin fijarse que era el de las recomendaciones hasta que ya le había quitado la posibilidad de volver a cantar a las tres y media de la mañana. Cuando nos enterámos de lo sucedido, sentímos una verdadera contrariedad, pero pronto nos consolámos, practicando aquello de que "a mal que no tiene remedio, buena cara," y más en este caso, que pronto nos ayudaría a ponerla lo sabroso de sus carnes bien condimentadas por el cocinero. En San Antonio amarrámos también a remolque de la lancha el *bote Márquez*, creyendo no hacer ya más uso del mismo hasta Puerto Asís, aunque por mal de nuestros pecados de él tuvimos que valernos para arrimar allá. Muchas veces me ofrecieron compra, pero como presintiendo algo, aunque sin fundamento razonable, nunca quise acceder a tales propuestas, algunas por cierto muy tentadoras, lo cual se explica fácilmente, teniendo en cuenta que esa magnífica canoa llamó en gran manera la atención de los brasileros por sus dimensiones, buena construcción, solidez y calidad del palo de que estaba hecha. El 8 de agosto atracámos al puerto fiscal brasilero de Ipiranga, sobre el Putumayo, del cual he hablado ya en la primera parte de esta relación. Todos los vecinos de aquel lugar nos recibieron con grandes pruebas de afecto y alegría, pero de un modo especial nos las dieron don Juan Miguel Pinto Riveiro; el secretario que nos había obsequiado en la bajada, señor Misael Texeira de Mello, y el capitán de la *Sergipe*, señor Luis Suárez Ramos, de quien tan buenos servicios habíamos recibido. Pronto examinaron los despachos de la lancha y nos dieron el *pase*. Pasámos allí

unas cuantas horas tratando asuntos referentes a la libre navegación con el señor Riveiro, hombre muy simpático y emprendedor. Este señor ofreció establecer por su cuenta y riesgo una agencia en la desembocadura del Putumayo si se establecía definitivamente la comunicación con Colombia. En ella recibiría las mercancías que vinieran de Europa y cuidaría de despacharlas a Puerto Asís; y hasta anunció deseos de poner lanchas de su propiedad y hacer él mismo los viajes a Colombia. En la boca del Putumayo se nos habían hecho también propuestas parecidas por otros hacendados y dueños de lanchas. Estas cosas, como era natural, nos llenaban de entusiasmos y esperanzas. Tanto nosotros como los brasileros creíamos que si alguna dificultad se presentaba por parte del Perú, sería en Tarapacá o Cotué, lugar muy cercano a Ipiranga, como queda indicado. Por este motivo el señor Riveiro se vino en nuestra lancha y desembarcó en la casa brasilera más cercana a la frontera del Perú, para estar listo a ayudarnos en caso de inconveniente en el paso. Al llegar a la vista de Tarapacá debía la *Yaquirana* izar la bandera peruana en el mástil principal.

Al ir a sacarla el capitán del depósito de banderas, la encontró completamente apolillada, en forma que parecía más bien un objeto de burla y desprecio que bandera destinada a saludar a una nación amiga. Por lo visto, hacía mucho tiempo, tal vez años, que no había salido a la luz del sol. Todos, tripulantes y viajeros, experimentámos un verdadero disgusto. Al considerar que no quedaba otro recurso y no se podía perder tiempo, me improvisé de sastre, cogí aquel trapo roto, lo doblé en dos partes iguales, disminuyéndole la mitad del tamaño, corté el doble y cosí las dos mitades una encima de la otra, a fin de que mutuamente se disimularan los rotos, y de esta manera quedó más o menos pasable, aunque no como era de desear. Por fortuna al ir a tracar al puerto de Cotué, el sol se acababa de poner, y el marinero encargado de las banderas dijo que según disposiciones del ramo, a la puesta del sol se arrian banderas, y lo hizo con toda presteza. El señor Teniente peruano Oscar Ceballos Ortiz, ya conocido nuestro, nos recibió bien, examinó los despachos y nos dijo que podíamos seguir. Sólo nos exigió una lista con los nombres de pasajeros y tripulantes; otra de las mercancías que llevábamos,

y la condición de que admitiéramos a bordo un soldado de los suyos, con un oficio para el Capitán de El Encanto, y que facilitáramos a su subalterno que pudiera entregar el oficio al mencionado Capitán, y a él le recomendó que en el trayecto del río que ellos llaman peruano no dejara vender mercancía. Convinimos en todo y seguímos viaje. Tan pronto como dejámos a Tarapacá, el doctor Márquez me dio algunas chanzonetas, burlándose del miedo que manifesté en Manaos cuando me opuse a que él se fuera a Bogotá por vía distinta. Me limité a contestarle que ojalá todo saliera como deseábamos, pero que me parecía mejor que dejara aquellas chanzas para cuando hubiéramos pasado a Yuvineto, porque de lo contrario se exponía a que se volvieran contra él sus propios chistes cuando menos lo creyera. Dos días seguímos río arriba sin otra novedad que una varada de la lancha el día de San Lorenzo, precisamente en los momentos en que iba a empezar el santo sacrificio de la misa. La ofrecí con la mayor devoción que pude, para que pronto nos desvaráramos, y ¡cosa admirable!, así que empecé a rezar las Avemarías del fin de la misa, empezó también la lancha a continuar su camino. A las nueve de la mañana del domingo 11 de agosto vimos que por un brazuelo del río, por el cual nosotros no pasámos, bajaba una lancha; no sin curiosidad de saber qué lancha andaba por aquellos sitios tan desiertos, seguímos nuestra marcha por la madre del río. Tan pronto como la embarcación indicada salió del brazuelo, nos hizo señal de que paráramos, y corrió hacia nosotros. Entonces vimos que era la *Callao* de la casa Arana, en la cual iban unos doce o quince soldados bien uniformados y armados y el capitán de la guarnición de El Encanto, que ya no era el señor Udiales sino un tal Manuel Curiel. Así que llegaron cerca de nosotros, el Capitán Curiel llamó al comandante de la *Yaquirana* y le exigió que presentara todos los despachos y documentación. Los examinó todos minuciosamente y practicó un registro a todos los apartamentos de nuestra nave. Acabada esta maniobra, nos dijo que podíamos seguir. Le preguntámos si había algún inconveniente para llegar hasta Puerto Asís, y nos contestó que creía que no lo hubiera, por cuanto los despachos y documentación de la lancha estaba en forma correcta y legal; pero nos manifestó que para darnos el *pase* tendríamos que ir a El Encanto. En esos momentos

tan poco tranquilos para nosotros, dirigí algunas inquietas miradas al doctor Márquez, como diciéndole que, por desgracia, parecía que yo iba resultando profeta de desdichas. El quería disimular, procurando convencerse y convencernos de que nada nos podía suceder, pero lo cierto fue que desde entonces se le acabaron las ganas de chancearse de mis miedos. Desde el encuentro con la *Callao* tardámos nueve días en llegar al Caraparaná, debido a que nos vimos obligados a gastar tres o cuatro, preparando y embarcando leña, y no podíamos andar de noche a causa de la oscuridad y de no llevar práctico bien conocedor del río. En todo este tiempo la *Callao* nos fue escoltando, unas veces quedándose atrás, otras adelantándose, pero nunca se alejó mucho. La *Yaquirana* era mucho más rápida en su andar, pero como no encontrámos leña preparada, debido a que aquel trayecto de río está casi completamente despoblado, cada vez que se nos acababa el combustible, la *Callao* nos alcanzaba y nos dejaba atrás.

Durante estos nueve días el único percance digno de mención que nos sucedió fue el que en una noche muy oscura, estando la *Yaquirana* anclada en medio del río y con la caldera casi apagada y la tripulación dormida, se desató una furiosa tempestad de viento, relámpagos, truenos y agua, la cual hizo rodar la lancha en tal forma que anuló la potencia de las áncoras y empezó a bajar a merced de la corriente, con peligro de estrellarse contra las orillas. Al darse cuenta el capitán y demás tripulantes de lo que sucedía, se afanaron, armando a bordo una confusión más que regular, hasta que el maquinista consiguió levantar vapor y vencer la fuerza de la corriente. Gracias a Dios, descontado el buen susto que todos nos llevámos, no sucedió otra desgracia que la rotura de la popa del *bote Márquez*, que se estrelló contra la ribera; al mismo tiempo se rompió la cadena que lo sujetaba a la lancha y se fue río abajo. Nuestros bogas se dieron cuenta de lo que había sucedido, y movidos por el cariño que tenían a su querida canoa, en medio de aquella oscuridad tan tremenda, cogieron un bote de la *Yaquirana* y se fueron a alcanzar al *Márquez*. Después de unas dos horas de lucha con la oscuridad y la corriente, llegaron trayendo su malferida nave, en la cual, sin ellos sospecharlo, tenían que librar recias campañas antes de ponerla en Puerto Asís, donde existe todavía.

Al subir íbamos recordando con gusto las impresiones de la bajada, sobre todo la mortificación tremenda que las nubes de moscos nos causaban en la canoa. ¡Qué diferencia! Lo que en canoa recorrímos en ocho o diez días de bajada, en lancha lo subimos en cuatro o cinco; y las molestias de la navegación en lancha son casi insignificantes. Anotámos algunas coincidencias curiosas. Aquel año la Asunción de la Virgen cayó en jueves, como la Ascensión del Señor. Los dos miércoles vigilias de esas grandes fiestas, llegámos al mismo punto del Putumayo, donde pasámos las mencionadas festividades descansando. La primera vez cuando bajábamos en canoa, y la segunda subiendo en la lancha. Tuvimos que pasar el día de la Asunción de la Virgen para hacer leña. En esas ocasiones, nuestros fieles bogas lucían sus habilidades en competencia con los tripulantes de la *Yaquirana*. Pudimos comprobar varias veces que en igual espacio de tiempo hacía más leña nuestro marinero, el famoso Benjamín Castillo, que cuatro marineros brasileros. Al ver el garbo con que aquél trabajaba, el comandante de la lancha decía: "*Ese preto damnado tem forza como cavallo.*"

En las grandes festividades que iban sucediendo durante el viaje, procuraba que todos los que andábamos juntos se acordaran de ellas, haciendo algún acto piadoso extraordinario; para conseguirlo, aprovechaba estas ocasiones para regalarles medallas, santos Cristos y rosarios; y el regalo iba casi siempre acompañado de una exhortación, a que en medio de los negocios, trabajos y contratiempos de la vida no se olvidaran del negocio más importante de su alma.

La falta de leña casi nos duplicó el tiempo en el trayecto de Cotué a El Encanto, donde no pudimos llegar antes del 19 de agosto. Los colombianos del Caraparaná, con quienes nos habíamos hecho amigos en nuestra bajada, se alegraron mucho al vernos regresar con lancha que según nuestros cálculos debía llegar hasta Colombia y dejar definitivamente expedita la vía para nuevos viajes. Casi todos hacían ya sus cálculos para ir a visitar a sus parientes en los pueblos natales, en la nueva subida de la lancha. La noche antes de llegar a El Encanto, que la pasámos en la estación cauchera de Iberia (antigua Nueva Granada), nosotros y nuestro comandante rogámos y exigímos al Ca-

Vista parcial de Manaos con la Catedral, Rionegro y puerto.

pitán Curiel que nos despachara sin entrar al Caraparaná, puesto que este río quedaba desviado de nuestra ruta. No lo pudimos conseguir, y además en esa ocasión nos insinuó que para podernos conceder libre paso, tenía que consultar a Iquitos por medio de la *Telefuncke*. Al oír esta razón comprendí que se confirmaría plenamente lo que hacía días iba presintiendo, o sea que nos demorarían allí mientras consultaban, lo cual nos causaría grandes perjuicios, por no estar esta demora prevista en el contrato de alquiler de la embarcación; y hasta llegué a imaginar ya, y lo insinué con pena al doctor Márquez, el fracaso que pronto se realizó por completo.

VII

Permanencia forzada en El Encanto—Pánico disimulado en la empresa Arana—Objeto del viaje de la "Callao"—El señor de Loaisa visita a la "Telefuncke" — Respuestas evasivas de Curiel — Alegatos infructuosos. Atenciones simuladas de la casa Arana—Notas cruzadas entre el Capitán peruano y el Comandante brasilero — Radiogramas a Manaos e Iquitos. Protesta formal contra el Gobierno del Perú a bordo de la "Yaquirana."

Tan pronto como llegámos a El Encanto, pedímos respetuosamente al Capitán Curiel que nos despachara, el cual nos contestó que para poder librar los despachos necesitaba la respuesta de un radiograma que en consulta había puesto a Iquitos. Exigió al comandante de la *Yaquirana* que le presentara una lista de carga y pasajeros, la cual debía quedar en la Comisaría Militar peruana.

Por lo que pudimos observar y nos contaron los colombianos, la noticia de que se iba a establecer libre y periódica navegación en el Putumayo, produjo gran pánico en la empresa Arana, que sin duda vio en ésta la desbandada de los indios y por consiguiente su ruina. Supimos entonces que el viaje de la *Callao* debía ser hasta Cotué, a fin de impedir que entráramos en territorio ocupado por el Perú; pero como ya nos encontraron dentro y vieron que todos los despachos eran legales, el Capitán Curiel no se atrevió a hacernos regresar sin consultar primero con otros que le ayudaran a llevar responsabilidades. Estamos plenamente convencidos que la *mano negra* que embrolló ese asunto fue la casa Arana y el Consejero de Curiel, en quien se notaba mucha perplejidad, era el señor de Loaisa, hombre sumamente astuto e inteligente, que hace más de veinte

años que dirige los asuntos de aquella empresa en el Caraparaná. El presenció y tomó parte en muchos de los acontecimientos de aquellos lugares, cuando las empresas caucheras pasaron de manos de los colombianos a las de los peruanos. El estaba allí, cuando las comisiones mandadas por gobiernos extranjeros visitaron aquellas regiones a raíz del gran escándalo mundial que produjo el denuncio sobre crímenes en el Putumayo. Ha tenido que entenderse con muchos empleados del gobierno del Perú, algunos de los cuales han sido acérrimos enemigos suyos, hasta el punto de pegarle alguna vez. No faltan quienes lo sindican como el criminal mayor del Putumayo o autor moral de los mayores crímenes; pero el caso es que él ha salido siempre ileso de todas estas borrascas, sin que hasta la fecha se le haya comprobado hecho alguno criminoso. Este fue el hombre de confianza del Capitán Curiel durante el tiempo en que nos ocurrieron los sucesos que relatamos. No obstante, él sabía disimular tan bien, que si nosotros no hubiéramos sabido de antemano con quién tratábamos y no hubiéramos discurrido sobre segundas intenciones, nos habríamos persuadido de que nos ayudaba con grande interés a vencer dificultades. Supo que yo había dicho que seguramente porque perjudicaría intereses particulares, la libre navegación tropezaría con graves obstáculos, pues pronto me mandó con el doctor Márquez la razón de que como en el Putumayo que ellos llaman peruano no hay más intereses particulares que los de la Compañía Arana, podía yo estar muy cierto que lejos de perjudicar a dicha casa, la navegación que nosotros intentábamos establecer, antes les favorecería mucho por facilitarles en gran manera la adquisición de víveres y otros objetos de Colombia que ellos necesitaban; y noté además que desde entonces todos los dependientes de la casa tenían un interés especial en convencernos de que nuestra demora obedecía únicamente al Gobierno del Perú o a sus subalternos, y que la casa Arana estaba dispuesta a favorecernos en todo, como lo había demostrado, facilitándonos leña y víveres. A pesar de todo, nosotros no dejábamos de repetir en nuestros adentros aquel sabio refrán de que "por más que el lobo se vista de piel de oveja, lobo se queda."

A las seis de la tarde del mismo día que llegámos a El Encanto, el comandante de la *Yaquirana*, acompañado de

un intérprete, individuo de la tripulación que poseía muy bien el castellano, se fue a conferenciar con el Capitán Curiel, para exigirle que nos despachara pronto; le respondió que no había inconveniente para el despacho, puesto que la documentación era legal, pero siendo la primera vez que subía embarcación para Colombia, había consultado a Iquitos si se debía mandar un gendarme hasta Yuvineto. Estas razones nos tranquilizaron bastante. Durante esa forzada demora, aprovechámos el tiempo libre para conocer bien todo lo de El Encanto. Visitámos las maquinarias de la *Telefuncke* o torre inalámbrica, y el telegrafista, un señor Salinas, nos mostró la manera como funciona esa admirable invención del ingenio humano. Transmitió y recibió algunas comunicaciones en nuestra presencia. Nos dijo que todos los días se comunicaba con Lima por intermedio de las torres de Iquitos, Manaos y otras. Nos manifestó que oía radiogramas de casi todas las Repúblicas de Sur América, y algunas veces hasta de las Antillas. Sólo de Colombia dijo que no tenía presente haber oído transmisión alguna. El lo atribuía a que seguramente no funcionaba en ese entonces estación alguna radiotelegráfica en Colombia.

Mientras estábamos hablando con el señor telegrafista, entró a la oficina el Capitán Curiel. Aprovechámos la ocasión para preguntarle si nos despacharía pronto, y su respuesta fue que no nos despachaba, porque tenía orden de no dejar pasar embarcación alguna que no viniera del puerto de Iquitos. Esta respuesta tan inesperada nos hizo sospechar que se trataba de algún plan para impedirnos el paso a todo trance.

Aproveché la ocasión de la ida de un colombiano a San Antonio, donde los Padres Franciscanos, y les escribí recordándoles la visita que les hicimos en el mes de mayo, y contándoles también algo de lo que nos estaba sucediendo.

El tercer día de nuestra permanencia en el Caraparaná, por la mañana el comandante de la *Yaquirana* fue a decir al Capitán Curiel que si él no nos despachaba pronto, le mandaría un oficio exigiéndole expusiera por escrito los motivos que tuviera para tal proceder. El Capitán peruano le contestó que tal vez a las once de la mañana llegaría la respuesta a la consulta que había elevado a Iquitos y podría despacharnos, pero que en todo caso estaba listo a escribir

los motivos porqué no despachaba la lancha. Ese mismo día el primer piloto de la embarcación detenida mandó un oficio al mismo Capitán Curiel, preguntándole qué requisitos se necesitaban para poder pasar en lancha brasilera por territorios ocupados por el Perú. Con el que entregó el oficio mandó razón al piloto brasilero que le contestaría. Poco después de recibido este oficio, Curiel se fue a conferenciar con Loaisa, conferencia que quiso ocultar el Capitán peruano, procurando despistar en público, pues precisamente cuando se dirigía a donde Loaisa, pasó por donde nosotros estábamos hablando con el capitán de la *Callao;* y para que nosotros lo oyéramos le preguntó en alta voz cómo estaba Loaisa y le encargó que lo saludara, diciéndole que aquel día no podía ir a visitarlo. Al salir de la conferencia con Loaisa, Curiel mandó decir al primer piloto, como respuesta a su nota, que otra vez se fijara en lo que escribía, porque la palabra *territorio ocupado por el Perú* era una ofensa que se hacía a su patria, ya que el Perú nunca ha ocupado sino lo que siempre le ha pertenecido Ese día el doctor Márquez fue a decir al Capitán Curiel que si él o yo éramos la causa de no despacharse la lancha para Colombia, o nos tenía por sospechosos, allí estábamos a su disposición; pero que en todo caso no demorara más el despacho. Le contestó que ni yo ni el doctor Márquez éramos la causa de la demora, pues bien veía que éramos personas serias y honradas, de quienes nada había que temer.

Al llegar con el doctor Márquez a la *Yaquirana*, de regreso de un paseo que hicimos por aquellos alrededores, encontrámos al comandante de la *Callao* y al primer piloto de nuestra lancha en el siguiente alegato: decía el primer piloto: "Si la *Yaquirana* no llega a Puerto Asís por causa de los peruanos, cuenten ustedes con que el vapor *Liberal* tampoco llegará a El Encanto por causa de los brasileros." El comandante le respondía: "Si la *Yaquirana* intenta subir sin despacho del Capitán Curiel, seguirémos tras ella y le impedirémos el paso, aunque sea a bala, y si se regresa a Manaos sin esperar la respuesta de Iquitos, el Gobierno del Perú nada perderá con esto; quienes perderán serán ustedes." Esto demostraba que los ánimos se iban exaltando de parte y parte, y hasta peligraba un conflicto. Intervinímos nosotros, a fin de que se dejaran de disputas, que

a nada conducían; y así se calmaron. En todas esas los de la casa Arana, seguramente para disimular sus verdaderos sentimientos, al parecer se desvivían para ayudarnos a resolver las dificultades. Nos aconsejaban con mucho interés que aguardáramos, que estaban ciertos de que llegaría respuesta favorable para nuestro paso; y nos decían que deseaban en gran manera la libre comunicación con Colombia, a fin de poder realizar buenos negocios y reanimar el comercio del Putumayo, tan decaído entonces y ahora. Nuestro Comandante, viendo que iban pasando los días sin conseguir nada, mandó al Capitán Curiel, en la tarde del 21 de agosto, un oficio en el que le preguntaba y exigía por contestación escrita, los motivos que tuviera para no despachar la lancha brasilera. A este oficio contestó Curiel con el que copio a continuación:

"V Región del Oriente—Sector número 1—Comandancia—Encanto, 21 de agosto de 1918.

"Señor Comandante de la lancha brasilera **Yaquirana**, al ancla en este puerto—Presente.

"Señor Comandante:

"En contestación de su oficio de la fecha, debo manifestarle que a pesar de existir libre navegación fluvial entre los Estados Unidos del Brasil y el Perú, sin embargo es de práctica, como requisito aduanero, que toda embarcación que pase al Alto Putumayo sea despachada por la aduana principal de Iquitos. Así pues, la demora de cincuenta horas que esta Comandancia tiene hasta la fecha, en expedir el pase de salida de la embarcación de su digno mando, obedece a una consulta que sobre el particular se ha hecho por radiograma a la superioridad en Iquitos, y que el suscrito no puede precisar su llegada.

"Dios guarde a usted, señor Comandante.

"El Capitán Comandante del sector,

"Me. Curiel"

Impuesto el Comandante Viera de la contestación del Capitán Curiel, resolvió que si al día siguiente no obtenía el *pase*, reuniría a la oficialidad del buque, a los demás tripulantes y pasajeros, y en presencia de todos formularía por escrito formal protesta, haciendo cargo al Gobierno del Perú de todos los daños y perjuicios que el proceder de Curiel nos ocasionaba. Al día siguiente resolvimos apurar todos los recursos, antes de tomar la dolorosa resolución de regresar a Manaos sin llegar a Puerto Asís. Nos dirigímos al Gobernador del Amazonas y al Cónsul brasilero en Iquitos por medio de la *Telefuncke*, en los siguientes términos:

"Encanto, 22 de agosto de 1918.

"Em viagem alto Isa com embarsasao mercante brazileira de meu comando, estamos detido por autoridades peruanas. Todus os papeis e carga estando legalizados, por autoridades brazileiras e peruanas de Manaos e da Fronteira. A autoridade deste lugar officiomme que so pode dar passe as embarcacao sejam despachadas en Iquitos. Consulton seu Governo. Pedimos esclarecer este asunto urgentemente. Demorados desde 19 as 14 horas.

"Fermado, *Augusto Viera*"

Estos dos telegramas nos costaron la friolera de 173 soles peruanos. Mientras tanto, el señor Loaisa nos decía que se interesaba mucho por nosotros, y que había puesto un radiograma al señor Prefecto de Loreto, diciéndole que la lancha brasilera se perjudicaba con la demora en despacharla.

El 23 de agosto a mediodía, viendo que aún no se tomaba resolución alguna por parte de los peruanos, el señor Viera mandó al Capitán Curiel el siguiente oficio:

"Ilustrísimo señor Capitão da Comandancia do Porto do Encanto.

"Levo ao vosso conhecimiento que a lancha nal brazileira Yaquirana sob meu comando prizentemente detida n'este porto por ordem de Vuestra Señoría so tenho, resolvido a so sperar até amanha as 8 horas do día a desisaó de Vuestra Señoría com nao haya resolusaó alguna. Convoco a junta de officiaes e lavro o meu protesto responsabilizan-

do au Governo peruano por tudos os prejuijos causados da referida embarsasao. Nestos termos pede deferimento.

"Firmado,

"*Augusto Viera*, Comandante de *Yaquirama*."

En este día tanto Loaisa como Curiel manifestaron un interés especial en decirnos que tenían plena seguridad de que siendo la lancha brasilera podría llegar hasta Puerto Asís. El Capitán Curiel dijo particularmente al Comandante Viera que hacía varios días tenía telegrama sobre la *Yaquirana*, y añadió que si en la lancha no hubiera más que brasileros, estaría ya despachada, y que la causa de la demora éramos nosotros. Enterado el doctor Márquez de estas manifestaciones del Capitán peruano, aprovechó una ocasión en que estaban juntos Curiel y Loaisa para decirles que le gustaría oír una declaración de esta clase de boca de un funcionario del Gobierno del Perú, pues "yo—añadió—aunque simple particular, tengo conocimiento de que el Gobierno de mi Patria no pone obstáculo alguno a que suban lanchas peruanas a Puerto Asís. Si la declaración de que habla el señor Viera es cierta, la pondré en conocimiento del Gobierno de mi Patria." Inmediatamente tomó la palabra Loaisa y dijo que la manifestación a que se refería el Comandante brasilero la había hecho él (Loaisa), no el Capitán Curiel; pero que el sentido de ella era que no habiendo tratado de navegación entre Colombia y Perú, era imposible dar paso libre sin muchas condiciones. Que ciertamente existía un tratado de libre navegación del Putumayo entre Perú y Brasil, pero que estaba ya caducado por no haberse puesto nunca en práctica.

El Capitán Curiel, cuando recibió la última nota de nuestro Comandante, le mandó decir verbalmente "que sentía mucho no poder dar todavía el pase, pues en ningún caso debía desobedecer órdenes de sus superiores, y que por lo demás estaba listo a recibir y firmar la protesta que levantaran en la *Yaquirana*." Además, Curiel particularmente dijo a Viera que el Perú no quería cuestiones con el Brasil, pero que con todo estaba plenamente convencido que mientras no se fijaran definitivamente los límites entre Perú y Colombia, sería la última vez que subía lancha a

Puerto Asís. Este mundo de razones contradictorias nos convencieron que no pasaríamos. Por otra parte, las vituallas y recursos de nuestra lancha iban escaseando, y el perjuicio que recibíamos por cada día de demora no prevista era grande. El 24 de agosto a las ocho de la mañana, como habíamos anunciado en la nota dirigida al Capitán Curiel, se reunió a bordo de nuestra lancha la junta de oficiales convocada por el Comandante Viera, y además todos los pasajeros y tripulantes, y se formuló oficialmente y por escrito una protesta solemne, haciendo cargo al Gobierno del Perú de los daños y perjuicios que nos causaba el procedimiento arbitrario del Capitán Curiel. Se mandó copia de esta protesta a dicho Capitán, y emprendemos nuevamente marcha de regreso a Manaos.

VIII

De El Encanto a Manaos—Conflicto internacional inminente—Escoltados por la "Callao"—Justa indignación en el Brasil—Nuevo acceso de fiebre. Sensación en Manaos y protestas de la prensa—Se ratifica la reclamación ante las autoridades federales.

Calcúlese cuáles serían nuestra desilusión y pena al bajar nuevamente el Putumayo sin haber podido coronar con éxito nuestros titánicos esfuerzos, estando ya tan cerca de Puerto Asís. Calculábamos que emplearíamos cinco días de El Encanto a Puerto Asís con la *Yaquirana*. La tripulación brasilera al llegar su nave a la desembocadura del Caraparaná, estuvo tentada de aceitar bien sus rifles, seguir Putumayo arriba y arrostrar las consecuencias. Bastante nos costó calmar los ánimos, a fin de evitar un conflicto internacional. La *Callao* nos volvió a escoltar, seguramente hasta cerciorarse de que habíamos pasado el Cotué, pues como nuestra lancha andaba mucho más, muy pronto la perdimos de vista y no supimos a punto fijo hasta dónde nos seguiría.

Grande fue la indignación de los brasileros al enterarse de que no habíamos podido llegar a Puerto Asís por causa de los peruanos. Sobre todo los radicados en el Bajo Putumayo y sus vecindades, a quienes tánto habría favorecido la libre navegación de aquel río, estaban furiosísimos y decían que ellos tampoco dejarían pasar el vapor *Liberal*.

Orillas del Amazonas.

En Tunantins dejámos recomendado el *bote Márquez* al Reverendísimo Padre Evangelista, diciéndole que se lo regalábamos, si acaso no volvíamos por esa vía o no lo necesitábamos más.

Al pasar por la confluencia del Putumayo y el Tunantins, me dio otro acceso de fiebre, como el que experimenté en Manaos, a mediados de julio. Dos días estuve postrado en el camarote y con temor de que no me mejorara tan pronto, pero gracias a Dios, al tercer día pude pararme de nuevo.

El 3 de septiembre llegámos nuevamente a Manaos. Allí causó gran sensación la noticia de lo que nos había sucedido en El Encanto. Toda la prensa de la ciudad protestó con vehemencia contra los abusos de los peruanos. Como muestra transcribo, traduciéndolo al pie de la letra del portugués, lo que dijo *Gazeta da Tarde*, de aquel mismo día, uno de los diarios de más circulación en el Estado del Amazonas:

"*Abuso del vecino peruano, a bordo de la 'Yaquirana.'*

"Con destino a San Francisco de Asís, en el alto Isa, puerto colombiano, zarpó de nuestro puerto el día 28 de julio último la lancha *Yaquirana*, bajo el mando del señor Augusto Viera, y de consignación de la casa J. V. D'Oliveira, de esta plaza. La referida embarcación, que llevaba gran cargamento, fue legalmente despachada en las oficinas estadoales, federales y en los respectivos Consulados del Perú y Colombia.

"Después de salir de este puerto siguió viaje sin el menor contratiempo hasta Tarapacá, lugar donde se halla instalado un puerto peruano. La respectiva autoridad revisó los papeles de la *Yaquirana*, y viendo que estaban legalizados, despachó la lancha dejando que siguiera en paz su camino. Dos días después, todavía en aguas peruanas, fue la *Yaquirana* sorprendida por el encuentro de la lancha peruana *Callao*, armada, trayendo a bordo una fuerza de soldados peruanos, bajo el mando del Capitán Curiel, Comisario peruano del Putumayo.

"Intimado el Comandante de la *Yaquirana* a pasar, la fuerza peruana invadió la lancha, y después de examinar los papeles pasó revista a toda la embarcación, inclusive en las bodegas, a pesar de las protestas del Comandante de la *Yaquirana*.

"El Capitán Curiel intimó al Comandante Augusto Viera a seguir con su embarcación hasta la población peruana de El Encanto, punto muy desviado de la ruta o camino que debía seguir la *Yaquirana*.

"Preguntado por el referido Comandante cuál era la razón de tamaño abuso, el Capitán respondió que si la lancha procediese de Iquitos, podría seguir sin dificultad, pero como era del Brasil, tenía orden de no dejarla pasar.

"En estas condiciones, la lancha siguió hasta El Encanto, donde estuvo aprisionada por espacio de cinco días, sin el menor respeto a nuestras leyes, a pesar de las constantes y justas reclamaciones de su Comandante, quien mostró todos los documentos sellados y legalizados. Visto esto, el Comandante extendió su protesta, en la cual hacía responsable al Gobierno peruano de tal atropello. Embarcóse de nuevo para Manaos, adonde llegó hoy. El Comandante notificó lo ocurido a las autoridades competentes, y mañana ratificará su protesta ante el Juez federal. Eran pasajeros de la *Yaquirana* el ilustre Tomás Márquez, colombiano, y el Reverendo Padre Gaspar Pinell. Esta noticia fue recogida en la casa consignataria de la referida lancha y confirmada por el digno doctor Tomás Márquez, con quien tuvimos el placer de hablar."

Lo primero que hicimos al llegar a Manaos fue ir a encontrar a un buen abogado que se hiciera cargo de presentar y tramitar nuestra protesta y demanda ante las autoridades federales. Junto con el Comandante Viera, entablámos pues la correspondiente reclamación. Como no sabíamos lo que nos sucedería y qué determinaciones tendríamos qué tomar, esta vez llevámos hasta la capital del Amazonas a toda la tripulación del *bote Márquez*.

El doctor Márquez y el suscrito volvimos a alojarnos, como era natural, en el convento de nuestros Padres, y a los bogas les buscámos un hotel.

IX

Viaje del doctor Márquez a Río de Janeiro y Lima—Mi permanencia en Manaos—Informe de Vuestra Reverendísima—Sensible separación—Gestiones para salir pronto de Manaos—Elección de vía para el regreso—Vía Putumayo como mal menor—Visita y servicios de Julio Arana—Radiograma de Iquitos y carta del señor Arana—Fecha en que el vapor "Liberal" sale de Iquitos. Inspiración del Angel de la Guarda—Arana sigue la pista de las gestiones de la Misión para establecer la navegación del Putumayo—Suposiciones sobre influencias de Arana—Gestiones de Arana para valorizar su empresa.

Después de hechas las primeras diligencias de la reclamación, resolvimos que el doctor Márquez siguiera a Río de Janeiro y de allí a Lima, si era necesario, a fin de interesar a las Cancillerías en la resolución y buen éxito de la demanda iniciada. Yo me quedaría en Manaos activando lo conveniente, para que la demanda debidamente documentada llegara pronto a Río de Janeiro, y al mismo tiempo para ver qué se podía hacer con la carga de la lancha.

Hasta esa fecha nada había escrito a Vuestra Reverendísima desde que salímos de Güepí, último punto del Putumayo que se comunica con alguna facilidad con Puerto Asís, por la sencilla razón de que estábamos persuadidos de que primero llegaríamos nosotros a Colombia que las cartas que le despacháramos por correo. Pero entonces viendo el mal suceso del pasado y lo incierto del porvenir, le escribí un informe explicándole lo sucedido hasta aquel día y las angustias y oscuridad en que estábamos respecto a lo que nos sucedería en adelante; convencido esta vez de que por bien que nos fuera en nuestro viaje de retorno, le llegaría el informe mucho antes de que nos viéramos. Con todo, el informe llegó a Sibundoy quince días después de estar yo allá.

Al cuarto día de haber llegado a Manaos, el doctor se embarcó para Río de Janeiro, quedándome con los cinco muchachos con quienes salímos de Puerto Asís. Cualquiera que sepa de amistad verdadera y haya compartido penas y alegrías, triunfos y fracasos con algún buen amigo, comprenderá fácilmente cuánto sentiríamos aquella separación en tierra extraña, sobre todo por la incertidumbre y oscuridad de unos y otros. Busqué manera de hacerme a recursos para poder salir de Manaos tan pronto como la buena marcha de la reclamación me lo permitiera. Varias veces me tocó ir a declarar ante el Juez Federal y procurar

que todos los de la tripulación de la *Yaquirana* hicieran lo mismo. Fui estudiando la vía más fácil para llegar nuevamente a Colombia con los bogas. Después de las debidas comparaciones, dadas las dificultades para combinar vapores, arreglar pasaportes y muchas otras debidas a la guerra europea, y especialmente a que el Brasil era nación beligerante, llegué a la convicción de que la vía más fácil y económica, aunque no la menos penosa, era sin duda alguna la del Putumayo, aprovechando el vapor peruano que cada tres meses va de Iquitos a El Encanto.

Resolví pues trabajar para hacer la siguiente combinación: embarcarnos en vapor brasilero desde Manaos a la confluencia del Putumayo; en vapor peruano de este punto a El Encanto, y en el *bote Márquez* de Caraparaná a Puerto Asís. Esta combinación nos hacía pensar seriamente en las torturas que nos causarían los moscos del Putumayo en el trayecto de El Encanto a Caucaya; pues si bajando por la mitad del río casi nos desesperaban, qué sería subiendo a paso lento por las orillas, donde se juntan a millones, amén de los inconvenientes de las enormes avenidas, que muchas veces detienen semanas enteras a los que suben en canoa y de la despoblación absoluta de aquel trayecto. Con todo, como mal menor escogimos esa vía. Para poder hacer con éxito la combinación indicada, era preciso que tuviera certeza de la fecha en que el vapor *Liberal* salía de Iquitos para el Putumayo, y también de que los peruanos nos dejarían embarcar y pasar sin dificultad. Para ese objeto creí oportuno aprovechar los servicios del señor Julio Arana, el cual muchas veces se había brindado a ayudarnos en lo que se ofreciera. Al llegar a Manaos con la *Yaquirana*, la primera visita que se nos hizo en el convento de los Padres Capuchinos fue la de ese señor, que nos vino a manifestar su condolencia por lo que nos había sucedido en el Putumayo. ¡Sabe Dios la parte que a él le correspondía en las causas de estos desdichados acontecimientos! A pesar de todo, haciendo de la necesidad virtud, me resolví a conferenciar con el señor Julio Arana para combinar el viaje. Con muchas atenciones me informó de las fechas en que el vapor *Liberal* salía de Iquitos y entraba en el Putumayo, y me brindó caballerosa y espontáneamente su recomendación para el Comandante de dicho vapor, a fin de que nos llevara sin dificultad hasta El Encanto, y también para que

las autoridades peruanas no pusieran obstáculo alguno a nuestro paso para Colombia en canoa. Le pregunté si creía él que podía haber dificultad en que alguna lancha brasilera de las del Bajo Putumayo o Alto Silimoes nos fuera a dejar hasta Yuvineto en caso de no poder tomar a tiempo el vapor *Liberal*. Me contestó que no podía darme respuesta segura a este asunto; pero me dijo que si yo quería, pondría un radiograma a Iquitos consultando, y que tan pronto como tuviera contestación me la haría conocer. Acepté y agradecí el ofrecimiento. En efecto, a los dos días me mandó al convento de San Sebastián la contestación de Iquitos, acompañada de una atenta carta; la respuesta decía:

"Itaya (Iquitos), 18 septiembre 1918. Extra.

"Arana—Manaos.

"Prefecto dice no está sus atribuciones conceder lancha Riveiro surque Yuvineto, pudiendo Padre Gaspar viajar sin inconveniente vapor *Liberal* próximo octubre.

"Firmado, *Zumaeta*"

La carta estaba concebida en los siguientes términos:

"Reverendo Padre Gaspar de Pinell—Presente.

"Muy estimado Padre:

"En este momento recibo el telegrama de Iquitos, el que original acompaño a ésta, y por el que verá usted que no hay inconveniente en que viaje en el vapor *Liberal*.

"Comprendo, como dije a usted, que las autoridades peruanas no dejarían pasar la lancha del señor Riveiro arriba de El Encanto; pero creo que si en el telegrama de pregunta no hubiéramos dicho que iría hasta Yuvineto, y sí al Encanto, no hubiera puesto inconveniente el señor Prefecto de Loreto.

"Al decir que no hay inconveniente en que viaje en el vapor *Liberal*, es de entender también que no hay obstáculo para que siga de allí en canoa y con sus remadores, pues que eso dijímos en el telegrama de pregunta.

"No avisa la fecha de salida del *Liberal* de Iquitos, sin duda porque no saben ni allí, puesto que depende del tele-

grama que harán de Chorrera y Encanto pidiéndolo; pero yo creo que no saldrá de Iquitos antes del 10 de octubre, conforme hemos conferenciado verbalmente.

"Por estar muy ocupado, con un correo que sale hoy al Pará, no puedo ir personalmente a verlo, pero aquí me tiene usted siempre a su disposición.

"Con sinceridad y simpatía, soy su muy atento y seguro servidor,

"J. C. Arana"

El que haya seguido atentamente el curso de esta relación y conozca lo que representa Julio Arana en Iquitos y en el Putumayo, quizá podrá ver entre líneas cómo las ideas que en ella se expresan con ambigüedad estudiada respecto a la ida de lanchas brasileras al Alto Putumayo, no están muy en desacuerdo con las que se nos manifestaron en El Encanto sobre este mismo asunto, y que seguramente fueron el resorte, arbitrario por supuesto, que nos impidió llegar a Puerto Asís, y deducir de ahí que las influencias de ese señor no eran ajenas a los consejos de Loaisa, ni a las perplejidades de Curiel.

Como se ve en la carta transcrita, la fecha más probable en que el vapor *Liberal* saldría de Iquitos era el 10 de octubre. Según eso, pudimos permanecer en Manaos hasta el 2 o 4 del mismo mes, días en que por lo regular pasaba por Manaos el vapor brasilero de la línea Pará-Iquitos. Así me lo aconsejó repetidas veces el mismo señor Arana, ignoro si con verdadera sinceridad, y otros amigos. A pesar de todo lo que me decían, tenía cierto presentimiento que me impelía fuertemente a salir de Manaos antes de la fecha aconsejada, a fin de asegurar que el vapor *Liberal* no entrara en el Putumayo, sin estar nosotros en su confluencia. Después de serias reflexiones determiné hacer caso omiso de los consejos y seguir mi impulso interior, y por lo que más adelante contaremos, se verá cuán acertada fue esa determinación, la cual he atribuído siempre a influencias del Angel de la Guarda.

En esa ocasión que nos franqueámos más con el señor Julio Arana, supe por boca de él mismo que hacía tiempo seguía la pista del interés con que la Misión trataba de establecer la libre navegación del Putumayo. Me contó el si-

guiente hecho, que comprueba plenamente lo que acabo de afirmar. El año antes de emprender nosotros el viaje, Vuestra Reverendísima escribió al Ilustrísimo señor Obispo de Manaos exponiéndole sus ideas sobre este asunto y pidiéndole datos comerciales y de otros órdenes sobre la plaza de Manaos, que pudieran orientarlo para adelantar con éxito sus gestiones. El Ilustrísimo señor Obispo pasó la carta a su muy ilustre Vicario General, a fin de que tomara los datos correspondientes y formulara la contestación debida. El muy ilustre señor Vicario era amigo íntimo de don Julio Arana, amistad que se fomentó entre otras razones por la vecindad de las respectivas casas de habitación. Lo primero que le ocurrió a dicho sacerdote al recibir el encargo del Ilustrísimo señor Obispo, fue pasar la carta de Vuestra Reverendísima al señor don Julio Arana, a fin de que le suministrara los datos indispensables para la contestación; lo cual hizo este señor, según él mismo me explicó. Siento no poder tener a la vista en estos momentos aquella contestación para fijarme si se traslucen o nó deseos de que el Putumayo quede expedito para el comercio de Colombia. Todo esto me hace suponer que las gestiones de Arana para nuestro fracaso venían estudiándose y desarrollándose con mucha anticipación y sagacidad. Así, cuando recibió la noticia de que nosotros pasámos por El Encanto con rumbo a Manaos, se enteró de que habíamos llegado a aquella ciudad y de lo que nos proponíamos hacer; él por su lado iría moviendo resortes que condujeran con seguridad al resultado que lamentamos. Lo expuesto son apenas suposiciones, pero dejámos al criterio de los lectores el juzgar si son o nó fundadas.

En ese tiempo me impuse también de las diversas gestiones que ha hecho Julio Arana para sacar a su empresa del Putumayo del estado de quiebra en que se halla, o por lo menos se hallaba, pues él mismo me dijo que entre Pará e Iquitos tenía íntegras las zafras o cosechas de dos años, sin que pudiera conseguir valorizarlas y explotarlas. Este es un dato que puede persuadir a cualquiera de que si pagaran siquiera medianamente bien, a los miles de indios que tienen ocupados en el Caraparaná e Igaraparaná, dado, además, el poco valor del caucho que sacan, porque no es del fino, la empresa tendría necesariamente que obtener pésimos resultados económicos. Supe entonces, no

por boca de Arana, sino por otros que seguían muy bien sus gestiones, que este señor no hacía mucho que había hecho una gran propaganda, por medio del cinematógrafo, de sus caucheras del Putumayo, para venderlas bien o para levantar capital con qué poder dar más lucrativa ocupación a sus miles de indios. Yo mismo pude ver una colección de vistas muy bien tomadas, que me confirmaron plenamente este aserto. Fueron completamente negativos los resultados de su propaganda; pero por lo que pude ver, ese señor no pierde ocasión para buscar medios de revivir su empresa. En esos días se había organizado un sindicato inglés, cuyo Gerente, según me informaron, era un señor colombiano, Norzagaray, a quien conocí personalmente, para explotar la balata, en la región de Ríobranco, pues según decían, esa goma, muy abundante en aquellas regiones, era más útil que el caucho para algunas industrias especiales, como correas de máquinas, cubrir cables submarinos, etc.

Los del sindicato traían instrucciones especiales para sacar la goma sin cortar los árboles, y para prepararla en forma de cueritos delgados, que la hacía muy valiosa. El señor Julio Arana, como era natural, se enteró de todos estos proyectos, buscó pronto quiénes fueran a contratarse de peones con aquellos empresarios, para que aprendieran pronto y bien esa nueva industria y mandarlos después al Putumayo, a fin de que la enseñaran a los indios de su dominio. Así se realizó en efecto, y según informes posteriores que he tenido, la balata que sacan y preparar los indios del Caraparaná e Igaraparaná es muy apreciada en el comercio y ha servido en gran manera para evitar la ruina total de la casa Arana. Con todo, por las informaciones que pude adquirir, estoy en la convicción de que aquella empresa no está en estado floreciente, y que su dueño la vendería con gusto si hubiera quien le ofreciera lo suficiente para quedar en buen predicamento en Loreto. Al imponerme por medio del cable, de que el Senador Arana era adverso al tratado de límites con Colombia, he llegado a pensar que tal vez su oposición se deba a fines de negocio, esto es, intentar con su proceder inducir al Gobierno de Colombia a que le compre al precio que él desee, todos los intereses que él tiene en el Putumayo; pues no se compagina esa actitud con lo que él mismo me dijo más de una vez; estoy persuadido de que con sinceridad, comprendía

las ventajas que traería para Colombia y el Perú, sobre todo para Loreto, su tierra natal, un tratado de límites y libre navegación, que pusiera fin al estado de tirantez e incomprensión que tánto perjudicaba a ambos países y que, como peruano, deseaba de veras se llegara pronto a esa amigable y honrosa solución.

X

Oliveira, nuestro apoderado—Armisticio europeo—Radiograma del doctor Márquez—Período álgido de la crisis del Amazonas—Bogas en la cárcel. Desaparición del práctico Vargas—Motivos que nos impelían a salir pronto de Manaos—Ansiedad en Puerto Asís—Las Cancillerías de Colombia, Brasil y Perú, preocupándose de nosotros.

El 26 de septiembre salió de Manaos el vapor *Cidade de Teffé* con rumbo al río Yavarí, y en él tomámos pasaje hasta la desembocadura del Putumayo.

Antes de dejar definitivamente a Manaos, recomendé todos nuestros asuntos al señor José Vaz D'Oliveira, Cónsul de Venezuela y Encargado en ese entonces del Consulado de Colombia, quien hasta el presente ha tomado tánto interés en lo que se le recomendó, como si fuera cosa propia. Antes de separarnos del doctor Márquez, constituímos ambos nuestro apoderado legal al señor D'Oliveira, con amplios poderes para poder obrar como nosotros mismos, quedando encargado de todos nuestros intereses pendientes, mercancías, reclamación, etc. En esos días se firmó el armisticio entre los beligerantes de la guerra europea, circunstancia que nos perjudicó en gran manera para la realización de las mercancías de la lancha, pues con la sola noticia de la suspensión de hostilidades, los precios disminuyeron en un 20 o 30 por 100. El señor Oliveira nos fue dando cuenta exacta a su debido tiempo del curso de los asuntos que le habíamos recomendado con completa escrupulosidad, acreditando una vez más su merecida fama de perfecto caballero portugués. Que Dios Nuestro Señor recompense abundantemente sus inapreciables servicios y bondades.

El doctor Márquez se encargó de estudiar las facilidades que ofreciera el viaje por la vía de Belén del Pará y otras del Sur, lo mismo que si el asunto de nuestro reclamo era muy demorado o de fácil resolución, y comunicarnos pronto sus impresiones para nuestro Gobierno. Con rela-

ción a estos encargos nos puso desde Marañón el siguiente radiograma:

"Asunto demorado, si es posible cojan vía Putumayo o Iquitos."

Esta comunicación confirmó plenamente lo acertado que anduve al escoger la vía Putumayo.

En el tiempo de nuestra segunda permanencia en Manaos, la crisis general había llegado a su período álgido. Todos los días se registraban raterías, y como nuestros bogas eran desconocidos allí y los policías veían que no se ocupaban en trabajo alguno, cada rato cogían a uno u otro como sopechosos. Varias veces tuve que ir a sacarlos de la cárcel haciendo ver a los agentes de seguridad que se trataba de personas honradas, explicándoles los motivos de la situación en que se encontraban. Por otra parte, los gastos diarios de los cinco bogas en el hotel eran considerables. Además, pasámos el gran susto de perder por unos días al práctico Vargas. Como nunca había vivido en ciudad sino a sus anchas en medio de las tribus de los indios, el encontrarse encerrado entre cuatro paredes del hotel o en el perímetro de la ciudad, que para él se convertía en cárcel; la muchedumbre que continuamente veía, con la cual no podía tratar con aquella franqueza con que estaba acostumbrado con las tribus del Putumayo; el traje bien ajustado con que debía presentarse en público, el cual contrastaba con la cusma que hasta entonces había sido su vestido ordinario, los botines que comprimían aquellos pies, hechos a posarse con la anchura máxima de los dedos; el tener que comer en mesa con la etiqueta indispensable en un hotel y el continuo ruido de tranvías y tráfico de la ciudad, lo molestaron y aburrieron de tal manera, que no pudiendo aguantar más, sin despedirse ni avisarnos, salió de Manaos y se fue a vivir unos días en las riberas del río Negro. Yo y los demás compañeros de viaje que ignorábamos su resolución, y que no habíamos sospechado siquiera la intensidad de la nostalgia que lo afligía, creímos que se había perdido o que algún cauchero brasilero lo habría conchavado para llevárselo a su estrada y mil conjeturas más, que nos tenían sumamente inquietos.

Por otro lado, se nos hacía muy extraño que habiendo dejado hijos, todavía pequeños, en poder de sus parientes, pues hacía poco que había quedado viudo cuando salímos

de Puerto Asís, se desentendiera de tal manera de ellos, que ya no pensara en volverlos a ver pronto. Durante tres o cuatro días mandé a los demás bogas que lo buscaran por toda la ciudad y sus alrededores y que averiguaran por él en todos los lugares donde sospecharan que podrían recibir alguna noticia. Viendo lo infructuoso de las averiguaciones de mis compañeros, pensé dar aviso a la policía, explicando lo que nos sucedía. Cuando estaba ya para cumplir esta resolución, se presentó mi hombre manifestándome que se había ido a pasar unos días en las orillas y playas del río, porque no podía aguantar más tánto ruido y tánto encierro y también porque la nostalgia del agua, de la vista del río y de la soberana libertad que en sus riberas se goza para bañarse cuando a uno le da la gana y para comer plátano asado y buen *peje* fresco a su gusto, sin necesidad de platos, ni cucharas, le habían impelido a irse a pasar unos días con unos amigos a que se había hecho, a fin de acabar con la tristeza que lo tenía abatido. Me dijo que lo perdonara por no habérmelo avisado antes, pues no lo hizo porque daba por seguro que yo no accedería a sus deseos, tan necesarios e imperiosos. Y que además procedió así, porque había comprendido que nuestro viaje no era inminente, teniendo el buen cuidado de regresar antes de nuestra salida. No hay que decir que lo perdoné con gusto, no sin la consiguiente reconvención de que otra vez fuera más prudente en sus procederes, para evitarnos angustias y dolores de cabeza. Todo lo expuesto y muchas otras razones en relación con Vuestra Reverendísima, Puerto Asís y Colombia, hacían que procuráramos salir cuanto antes de aquella ciudad.

A fin de hacer las cosas en la mayor reserva, convinimos con el doctor Márquez no poner desde Manaos comunicación alguna sobre lo sucedido, y él quedó encargado de comunicarlo todo a Vuestra Reverendísima desde Belén del Pará. Sea que el cable no llegara o que hubiera descuido en el cumplimiento del convenio, lo cierto fue que Vuestra Reverendísima nada supo de lo sucedido hasta mucho tiempo después, lo cual le ocasionó grandes sinsabores y ansiedades pensando en la suerte que nos había tocado, viendo que no llegábamos a Puerto Asís en la fecha calculada y que no recibía noticia alguna. A este silencio se debió que nuestros nombres anduvieran por las Cancillerías de Colombia, Brasil y Perú, averiguando por nuestro paradero.

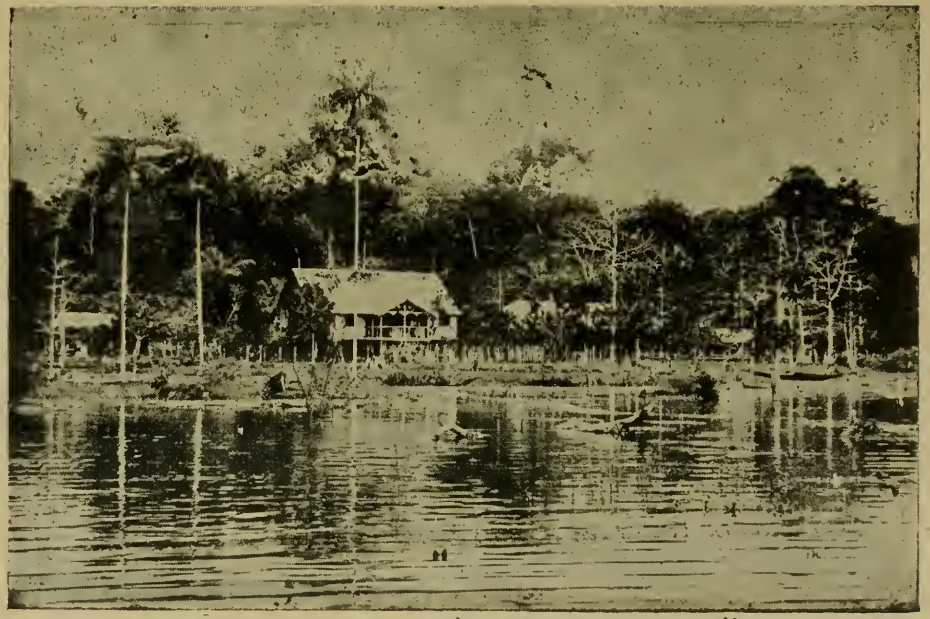
XI

Lo que hicimos a bordo de la "Yaquirana"—Rumbos y dibujo del Putumayo. Colombianos en el Amazonas—Treinta y ocho hijos y diez y ocho nietos. Creyendo ser brasilero, sin renegar de Colombia—Distancia en millas náuticas de Manaos a Iquitos, Cotué y puntos intermedios—Ciudades, pueblos y caseríos del Amazonas—Grandes afluentes del mismo—Bocas del Caquetá. Dificultades que ofrece para la navegación.

Antes de dar por terminada esta segunda parte, me parece bueno explicar lo que hicimos en la *Yaquirana* durante el tiempo que anduvimos en ella. En el Putumayo fui comparando y rectificando el rumbo del río y distancias que había tomado en nuestro viaje en canoa, y además conseguí que uno de los prácticos de la lancha, el señor Manuel Pinheiro Guedes, hábil dibujante y marino fluvial muy práctico, me sacara un dibujo de todo el trayecto de aquel río que recorrimos en la *Yaquirana*.

En las orillas del gran río Amazonas encontrámos varios colombianos establecidos allá, quienes nos llenaron de atenciones y se interesaron mucho por el feliz éxito de nuestra empresa. Entre ellos merece mención especial el señor Heliodoro Córdoba, pastense; este sujeto nos contó que hacía cuarenta años que vivía en aquellas regiones, donde se había casado dos veces, y contaba con treinta y ocho hijos y diez y ocho nietos. Dos veces había poseído buena fortuna y otras tantas había venido a menos. Nos dijo que sospechaba ser brasilero por no haber protestado de aquella nacionalidad en una época en que el Gobierno del Brasil dictó un decreto resolviendo que todos los extranjeros que vivían en aquel país serían considerados como nacionales si en el término de seis meses no protestaban de la naturalización, y como él no protestó, creía que era brasilero, aunque nunca había renegado de Colombia. Nos manifestó también que estaba en la convicción de que todavía sus padres vivían en Pasto, pero hacía muchos años que no tenía noticia de ellos. No hay que decir que todos estos colombianos se forjaron ilusiones y llenaron de esperanzas patrióticas, pensando ya en emprender negocios con sus paisanos de Nariño, pero con el sensible percance de la *Yaquirana* todas sus ilusiones y esperanzas quedaron en nada.

Fuimos anotando las distancias de Manaos a la confluencia del Putumayo, fronteras con el Perú y puntos inter-



Orillas del Alto Solimoes.

medios, como también otras que pueden interesar a los colombianos.

Hé aquí las principales:

	Millas náuticas.
Del Atlántico a Manaos	1,030
De Belén del Pará a Manaos	930

De Manaos hasta Iquitos son las siguientes:

De Manaos a Manacapuru (pueblo)	60
De Manaos a Codajaz (ciudad)	168
De Manos a Coary (ciudad)	259
De Manaos a Teffé (ciudad)	372
De Manaos a Caisara, caserío y desembocadura principal del Caquetá	429
De Manaos a Fonte Bóa (ciudad)	543
De Manaos a Tunantins (ciudad)	661
De Manos a la boca del Putumayo	679
De Manaos a San Pablo D'Olivensa (ciudad)	761
De Manaos a Tabatinga (frontera con el Perú)	902
De Manaos a Loreto (caserío peruano)	965
De Manaos a Caballo Cocha (caserío peruano)	1,000
De Manaos a Peruaté (caserío peruano)	1,064
De Manaos a Pebas (caserío peruano)	1,120
De Manaos a Iquitos (ciudad peruana)	1,232
De la boca del Putumayo a Cotué	120

Tenemos pues que de Manaos a Cotué, frontera del Putumayo, entre Perú y Brasil, hay 799 millas. Hay que advertir respecto a distancias en el Amazonas, que casi nunca se encuentran dos personas que concuerden en los datos, y esto proviene de que las medidas brasileras y portuguesas son distintas, en casi todos los órdenes, de las de otras naciones, como anotaremos más adelante, circunstancia que conviene tener en cuenta en los contratos comerciales. Respecto al caso concreto de millas, podemos señalar estas diferencias: la milla náutica y geográfica tiene 1,852 metros; la inglesa, 1,609, y la brasilera, 2,200 metros. Las distancias que hemos apuntado las tomamos de distintas rutas de los pilotos de la *Yaquirana*.

También anotámos los diversos pueblos, ciudades y caseríos que hay en el trayecto de la boca del Putumayo a

Manaos. En la banda izquierda, por orden descendente, los principales núcleos de población son: San Antonio, en la boca del Putumayo, caserío; la ciudad de Tunantins; Badajoz, población a orillas de un lago del mismo nombre; queda retirada del río, desde el cual no se alcanza a ver; Codajaz, ciudad y municipio; Anorí, pueblo regular; Anamau, caserío, y Manacapuru, población y municipio. Por la banda derecha, en orden ascendente, se encuentran: Coary, ciudad y municipio; Teffé, la ciudad más antigua y municipio; Caisara, caserío de frente a la desembocadura del Caquetá; Fonte Bóa, ciudad y municipio. Además de los centros indicados, se encuentran multitud de fincas, algunas formando caserío, todo lo cual contribuye a dar un aspecto bellísimo a las riberas del gran río de América. En este mismo trayecto de río de que estamos hablando desembocan, a lado y lado, grandes ríos, algunos de ellos mucho mayores que el Putumayo. En la banda derecha, bajando, se encuentran: el Jutahy, a unas cien millas más abajo de la ciudad de Tunantins; el Juruá, a cincuenta millas después de la ciudad de Fonte Bóa; el Teffé, en la ciudad del mismo nombre; el Coary, también en la ciudad de este nombre, y el Purús, a ciento treinta millas de Manaos. Por la banda izquierda recibe el río Negro, muy cerca de Manaos, y el Caquetá, en el pueblo de Caisara, a 429 millas de aquella ciudad. Creo oportuno rectificar aquí un dato geográfico, que en Colombia pocos lo tienen en cuenta. Se dice comúnmente que el Caquetá tiene varias bocas, y se considera como una de ellas el brazo Auatiparaná, pero en realidad en este brazo y otros que se juntan con el Caquetá antes de Caisara, las aguas del Caquetá no corren hacia el Amazonas, sino las del Amazonas hacia el Caquetá; más abajo de Caisara caen al Amazonas otros caños que llevan aguas del Caquetá, pero propiamente tampoco merecen el nombre de bocas de aquel río, porque al juntarse con el Amazonas, llevan ya más aguas de este mismo río y otros que del Caquetá. Entre estos últimos es notable por su anchura y caudal de agua el llamado Paraná de Codajaz. Al tomar los datos que preceden sobre el Caquetá y sus bocas se nos informó también que este río presenta muchas dificultades para la navegación constante, aun en la parte baja, colonizada por el Brasil, debido a la gran anchura y a la poca profundidad de su cauce. Se nos dijo que

por estas razones la Compañía Amazón River varias veces suspendía por largas temporadas la línea que llega hasta cerca de Apoporis o frontera de Colombia.

XII

Sigue lo que hicimos en la "Yaquirana"—Tripulación legal de las lanchas fluviales en el Estado del Amazonas—Cinco clases de embarcaciones—Tripulación de la "Yaquirana"—Qué es una jangada—Ocios de a bordo—Comparación de distancias y fletes de Europa y Norte América a Pasto, entre las vías de Tumaco y Manaos—Fin trágico de la "Yaquirana"—Informe del Nuncio del Brasil.

Andando en la *Yaquirana* nos informámos también de las condiciones legales que se exigen en el Brasil para que una lancha pueda matricularse oficialmente.

En Manaos se clasifican los vapores fluviales en cinco clases, cada clase exige el personal con los sueldos mensuales que a continuación se expresan, los cuales se fijan como mínimum: primera clase, lanchas remolcadoras, hasta de 30 toneladas; carecen de espacio para pasajeros, y ordinariamente las usan para remolcar jangadas (grandes balsas de madera para construcción):

Un comandante, con noventa dólares . . . . . $ 90
Un práctico, con setenta y cinco 75
Un maquinista, con setenta y cinco 75
Dos fogoneros, con treinta 30
Un marinero para gobernar el timón.
Un mozo para los trabajos de limpieza, y un criado.

La remuneración de estos tres últimos se deja al buen sentido del dueño de la lancha.

Segunda clase, comprende las lanchas comerciales de un solo piso y hasta 30 toneladas:

Un comandante, que al mismo tiempo sea práctico, con noventa dólares . . . . . $ 90
Un práctico, con setenta y cinco 75
Un maquinista, con setenta y cinco 75
Dos marineros para gobernar el timón, con treinta cada uno 30
Tres mozos o simples tripulantes, tres fogoneros, un cocinero y despensero y un criado.

El salario de los nueve últimos se deja también al criterio del dueño de la lancha.

Además, la ley exige un contador y un médico; pero esta exigencia se elude fácilmente.

Tercera clase: lanchas de dos pisos o toldas, de 30 a 50 toneladas:

Un comandante, con noventa dólares . . . . . $ 90
Dos prácticos, con cincuenta cada uno 50
Dos maquinistas, con setenta y cinco ($ 75) el primero y cincuenta ($ 50) el segundo 125
Tres fogoneros, con treinta ($ 30) cada uno . . . 60
Tres marineros para gobernar el timón, con veinte ($ 20) cada uno 60
Tres mozos, simples tripulantes, con quince ($ 15) cada uno 45
Un cocinero, con treinta 30
Un despensero, con veinte 20
Un copero, con doce 12
Un contador y un médico, de los cuales se puede prescindir fácilmente.

Cuarta clase: lanchas de dos pisos, de 50 a 70 toneladas:

Un comandante, con noventa dólares . . . . . $ 90
Un contramaestre, con setenta y cinco 75
Dos prácticos, con cincuenta ($ 50) cada uno . . 100
Dos maquinistas, con setenta y cinco 75
Tres fogoneros, con treinta ($ 30) cada uno . . . 90
Dos carboneros, con veinticinco cada uno 50
Tres marineros para gobernar el timón, con veinte ($ 20) cada uno 60
Tres mozos, simples tripulantes, con quince ($ 15) cada uno 45
Un cocinero, con treinta 30
Un despensero, con veinticinco ($ 25) 25
Tres criados, con doce ($ 12) cada uno 36
Un médico, del cual se puede prescindir con facilidad.

Quinta clase: vapores de gran tonelaje:

Un comandante.
Un inmediato.
Un contramaestre.
Dos prácticos.
Cuatro fogoneros.
Dos carboneros.

Cuatro marineros.
Cuatro mozos.
Dos cocineros.
Un despensero.
Cuatro criados.
Un médico, que casi nunca se consigue.

Los sueldos de los empleados de esta última clase no se fijan oficialmente porque se supone que son siempre superiores a los de la clase inmediata y ordinariamente dependen de las ganancias que hagan los dueños de las embarcaciones y de los buenos servicios de los tripulantes.

Para expedir el título oficial de práctico se exige un examen riguroso sobre la geografía y condiciones especiales de los ríos para los cuales se quiere adquirir, dando por supuesto que el que lo pretende sabe dibujar y hacer los cálculos marítimos, propios de la profesión. Me acuerdo que una de las dificultades que más nos costó vencer para poder salir de Manaos con lancha, fue el no encontrar prácticos del río Isa o Putumayo. La *Yaquirana* pertenecía a la tercera de las clases mencionadas, y su personal era el siguiente:

Un comandante, señor Augusto Viera.

Dos prácticos: el primero, señor Manuel Pincheiro Guedes; el segundo, Manuel Romualdo Martínez.

Dos maquinistas: el primero, José dos Reis e Goes; el segundo, Raimundo Augusto de Silva.

Tres fogoneros: Justino Machado Sgrejo, Alviro da Silva y Catharino Macedo Silva.

Dos marineros: Eloy Alves Braga y Antonio Gonsalves Dantos.

Cuatro mozos o simples tripulantes: Francisco Havier de Macedo, Manuel María Alves Guimaraes, Raimundo Riveiro dos Santos y Manuel Pelacho Seixas.

Un despensero: Joao Lauria.

Un copero: Francisco Matheus.

Un cocinero: Joao Justino.

Estos fueron los compañeros de alegrías y desdichas en el accidentado viaje de Manaos a El Encanto y de El Encanto a Manaos, de quienes conservamos gratos recuerdos por su corrección y caballerosidad en todo, al mismo tiempo que por el interés con que cumplieron sus deberes y ayudaron en cuanto estuvo de su parte a vencer dificul-

tades para el feliz éxito de nuestra empresa. ¡Que Dios Nuestro Señor pague su buena voluntad y premie sus esfuerzos!

Incidentalmente hemos hecho mención de las jangadas; antes de seguir adelante me parece oportuno decir dos palabras sobre estas embarcaciones singulares. Una jangada consiste en una enorme balsa confeccionada con grandes trozos de madera fina para aserrar o edificar; hay jangadas de mil y hasta dos mil trozas. Ordinariamente las preparan en las cabeceras de los grandes afluentes del Amazonas, donde abundan los bosques de maderas de construcción. En la superficie de esas largas y anchas balsas arman casas de habitación los peones que las dirigen, de manera que a la vista hacen el efecto de un campamento o ranchería ambulante. Mientras se dejan llevar por la corriente andan por su propio impulso y con bastante rapidez; pero si para llegar a su destino es necesario remontar algún río o andar por aguas estancadas, tienen que valerse de la fuerza de las lanchas remolcadoras, que son las del primer grupo de la clasificación mencionada.

También aprovechábamos los ocios de a bordo para hacer comparaciones entre los fletes de las vías Nueva York-Europa, Tumaco-Barbacoas-Pasto y Nueva York-Europa, Manaos, Puerto Asís-Pasto. Para esas comparaciones nos servíamos de los datos que el doctor Márquez, como Visitador Fiscal de la Nación, había recogido en las costas del Pacífico, Barbacoas y Pasto, y de las que habíamos recogido en Manaos y en el Amazonas. De estas comparaciones sacamos las siguientes consecuencias: en 1917, una tonelad de Nueva York o Europa a Tumaco, costaba 87 dólares; y de Tumaco a Barbacoas, 38 dólares. En 1918 una tonelada de Norte América o Europa a Manaos resultaba en los casos de más recargo a 45 dólares. En una lancha que pueda ir y volver, cargada de Manaos a Puerto Asís, la tonelada por término medio no saldría a más de 30 dólares. Las distancias de Barbacoas a Pasto y de Pasto a Puerto Asís son equivalentes. Por consiguiente, en ese tiempo la diferencia a favor de la vía Europa-Manaos-Puerto Asís era de 50 dólares por tonelada. Naturalmente que al principio se presentarían muchas dificultades imprevistas, como la falta de leña preparada en los desiertos del Putumayo; algunas veces falta de carga en Puerto Asís,

y otras por el estilo, pero todas se podrían compensar con una subvención oficial a la compañía que emprendiera esta magna obra durante el tiempo necesario para solucionar estos inconvenientes que la experiencia iría presentando. Los vapores de altar mar se ponen en quince días de Europa o Norte América a Manaos; y cualquier lancha que ande siquiera cinco millas por hora, puede ponerse de Manaos a Puerto Asís en 273 horas, pues según datos bien fundados y aproximados, entre esos dos puertos no hay más de 1,363 millas.

En esta clase de ocupaciones pasábamos los ocios de a bordo mientras nos alentaba la esperanza de llegar a Puerto Asís con la *Yaquirana;* pero en otros cálculos, por cierto bien tristes, empleámos los últimos días que nos tocó andar en aquella nave de tristes recuerdos.

A veces se notan en la vida algunos encadenamientos de acontecimientos desgraciados, como si un hado fatídico se cebara en ciertos objetos y personas. De un modo especial ha sucedido esto con la *Yaquirana*, a la cual con razón podríamos apellidar la lancha de las desdichas. Cuando estaba recién construída fue quitada a su dueño por haber sido aprehendida con un contrabando. Más tarde en un afluente del Amazonas tuvo un percance, no recuerdo si con los peruanos o bolivianos, el cual costó bien caro a los que lo promovieron. Ya hemos contado lo que a nosotros nos aconteció en el Putumayo, y finalmente, hace ocho días que recibí la triste noticia de que el 17 de febrero del presente año naufragó trágicamente en Manacapurú, pereciendo en ella veintitrés personas. Según los datos que me han comunicado, cuando se hundió llevaba a bordo cuarenta y cuatro personas, seiscientos sesenta barriles o cajas de castañas del Amazonas, mil kilos de caucho fino (o *borracha* en el Brasil), y ciento ochenta kilos de pescado. Esas cifras dan una idea de la capacidad de dicha embarcación.

Despidámonos ya de la *Yaquirana* para volver a recordar las últimas diligencias que hice antes de dejar a Manaos, tal vez para siempre. Estas diligencias fueron: escribir al Nuncio Apostólico del Brasil, explicándole lo que nos había sucedido, e interesándole vivamente a que nos ayudara ante aquel Gobierno a establecer la navegación y vencer las dificultades por medio de la vía diplomática. Le expuse las grandes ventajas que esa medida traería a los pobres

salvajes del Putumayo, objeto de las tiernas solicitudes del Sumo Pontífice. Le recordaba las manifestaciones principales de esta paternal solicitud; la Encíclica *Lacrimabili Statu* y el establecimiento de la Misión de Padres Franciscanos ingleses en el Caraparaná e Igaraparaná. Le hacía presente que aquella Misión estaba por acabarse por carecer los Padres de lo indispensable para atender a las más apremiantes necesidades de la vida. Le exponía cómo con la libre navegación del Putumayo, esos miles de indios se pondrían en contacto con el mundo civilizado y éste se enteraría del yugo que soportan y podría interceder por ellos, o ellos mismos librarse por medio de un fácil traslado a otras partes donde les fuera más fácil recibir con mayor eficacia las enseñanzas redentoras del Evangelio y hacerse a las prácticas de la verdadera civilización. Le ponía de presente cómo el eco de la crueldad que se había tenido con los indios del Caraparaná e Igaraparaná no sólo conmovió el corazón paternal del Papa sino que también movió la compasión de algunos gobiernos civilizados, quienes se interesaron mandando visitadores especiales a que se informaran de lo que ocurría y de lo que se podía hacer para acabar con las prácticas reñidas con la civilización y el derecho de gentes. Y finalmente le manifestaba cómo la guerra europea frustró en parte el fruto de esas visitas, por embargar aquélla toda la atención de los gobiernos, aunque sin duda alguna tuvieron provechosos resultados, pues desde entonces se mejoraron los métodos y el trato de aquellos seres infelices dignos de mejor suerte.

Aquí pongo punto final a esta segunda parte de mi informe, dispuesto a seguir con la tercera, hasta dar fin al encargo de Vuestra Reverendísima.

Manaos. Gran Avenida de Eduardo Riveiro; en el fondo, Palacio de Justicia y cervecería alemana.

TERCERA PARTE

DE MANAOS A PUERTO ASÍS, Y ALGUNAS COSTUMBRES Y DATOS SOBRE EL AMAZONAS

I

De Manaos a la desembocadura del Putumayo—Victoria que se convirtió en derrota—Fiesta de nuestro Padre San Francisco en Tunantins—Compostura del "bote Márquez"—Las "charapas" del Amazonas—Su utilidad. Su pesca-caza—Tabuleiros—Llegada a Puerto América.

El 26 de septiembre por la noche salímos nuevamente de Manaos con los cinco tripulantes del *bote Márquez* en el vapor *Cidade de Teffé*, que viajaba con rumbo a Yavarí. ¡Qué diferencia entre el estado de ánimo del día de esta salida, al que teníamos la noche del 28 de julio, cuando dejábamos a Manaos, embarcados en la *Yaquirana!* Ese día creíamos haber conseguido uno de los triunfos más grandes de nuestra vida, y en esta ocasión la triste realidad nos hacía experimentar que aquella victoria saboreada antes de tiempo, no nos servía sino para hacernos experimentar con mayor intensidad en esos melancólicos momentos todo el peso de un desastre, no por involuntario y de fuerza mayor, menos sensible para los que comprendíamos su fatal e inevitable trascendencia.

En seis días de feliz navegación llegámos a Tunantins. Como estaba persuadido de que pasarían algunos días antes de que llegara el vapor *Liberal* a la confluencia del Putumayo, resolvimos celebrar en Tunantins la fiesta de nuestro seráfico Padre San Francisco, en compañía del Reverendísimo Padre Evangelista de Cefalonia. Pasámos allí cuatro días muy bien atendidos. Durante este tiempo los bogas repararon las averías que el *bote Márquez* había recibido en la desanclada de la *Yaquirana*, que ya referimos. Una vez compuesto, se sirvieron de él para ir a la caza-pesca, que de todo tiene, de *charapas* o tortugas grandes, con tan

buen resultado, que en una noche cogieron treinta o cuarenta.

Digamos algo sobre la *charapa* (*tartaruga* en portugués), elemento de primera necesidad en el Amazonas. Este anfibio llega a alcanzar proporciones increíbles para quien no los haya visto; algunas pesan más de tres arrobas y tienen un metro de largo por medio de ancho. Los amazonenses se aprovechan de ella en tal forma, que todo el año les proporciona carne fresca. La saben preparar con una habilidad y destreza tan admirables, que la hacen saber a muchas otras carnes distintas, de tal modo que a veces presentan en una misma comida tres o cuatro platos diversos, que uno que no sepa, ni siquiera sospecha que hayan salido de los elementos de un mismo animal. En todas las casas de las orillas del río se ve una especie de corral, como una jaula grande, parte del cual constituye un estanque de agua no muy limpia; es el vivero de las tortugas. Allí las colocan cuando las cogen, y en esos sitios viven hasta años enteros, sin otro gasto que algunas hojas que les echan para su alimento. A medida que las necesidades de la familia lo reclaman, las van matando para su alimentación, como se hace con las aves de corral. Es muy original y divertida la manera de cogerlas: hay una época en el año, especialmente en los meses de septiembre y octubre, cuando el Amazonas alcanza su mayor merma y deja grandes y anchas playas, algunas de leguas, en que las tortugas salen de noche en manadas de cientos y a veces miles, a poner huevos en aquellos inmensos y calientes arenales. Cuando salen, hacen un ruido especial, que los oídos de los que están acostumbrados a la vida del río lo perciben a bastante distancia. Estas salidas sólo las hacen a oscuras y en playas donde no haya movimiento de gente o animales, y no se noten rastros frescos. Como estos anfibios constituyen una verdadera riqueza que conviene aprovechar, ya para la alimentación, ya para la venta, y por otra parte las orillas del Amazonas van llenándose de casas y fincas, en forma que casi no se encuentran playas desiertas, donde no ande gente o ganado, los municipios resolvieron organizar la caza-pesca de las *charapas*, en forma que al mismo tiempo que fuera abundante y segura, sin acabar con estos animales, resultara una renta para el fisco municipal. Dicha organización se efectuó así: escogieron unas playas a las cuales

llaman *tabuleiros*, donde prohiben que nadie ande, ni suelte ganado. Para que de lejos se conozcan estas playas, las señalan con banderas blancas. Cada año el municipio arrienda esas playas en licitación pública. El mejor postor queda con el derecho exclusivo de vigilar la playa, y para el efecto tiene policías a sus órdenes. Cuando llega la época de la postura de los huevos, frente a los *tabuleiros*, en la orilla opuesta del río, se constituye un verdadero pueblo provisional, de gente deseosa de proveerse de carne para todo el año y también para la venta. A veces pasan en estos campamentos semanas enteras en espera de la salida de las tortugas; las noches que por las condiciones atmosféricas es casi seguro que salgan, unos cuantos hombres prácticos y animosos se arriman a la playa a atisbar si se cumplen o nó sus deseos. Así que oyen salir las tortugas se van alistando en espera de que se hayan separado bastante de la orilla Cuando calculan que están lejos del agua, a una señal del arrendatario de la playa, que es el que dirige estas operaciones, dada por medio de un pito, corren tras las tortugas y las van volteando patas arriba. Cuando las *charapas* se dan cuenta de que hay quien las persigue, giran y prenden carrera hacia el agua, con tal velocidad, que es imposible atajarlas, y si son muchas las que se regresan, los *viradores*, que así se llaman los que las voltean, tienen que andar muy listos en abrir paso; a fin de librarse de fuertes golpes que con aquellas grandes conchas recibirían en las canillas, capaces de hacerlos caer al suelo y dejarlos sin sentido, pues es enorme la fuerza de esos animales. Para esa especie constituye excepción aquel refrán de *paso de tortuga*, ya que cuando van de huída, su paso es más ligero que el de muchos otros animales. En algunas viradas, si los operarios son hábiles, consiguen movilizar 500, 800 y hasta 1,000 *charapas*. Al terminar la viración, por medio de un pitazo, el arrendatario del tabulero avisa a los de la orilla opuesta, quienes están ya preparados en sus canoas. Al oír la señal empiezan a *chimbar* el gran río con la mayor presteza. Así que llegan a la playa, cada uno va cogiendo y cargando las *charapas* que alcance. A veces en estos momentos se arman grandes altercados, y siempre esta operación es motivo de gran algazara y alegría. Familias enteras forman parte en esta última maniobra, consiguiendo de este modo hacer buena provisión. Hay que tener práctica y bastante

fuerza para coger y cargar esos animales; de lo contrario se exponen a que de un mordisco les pasen la mano o corten un dedo; o con las patas y manos, que mueven sin cesar, les desgarren las orejas, espaldas y brazos. La operación de la recogida hay que efectuarla con alguna presteza, pues la *charapa* con sus esfuerzos logra volver a sentar su pecho en la arena y entonces no hay quien la alcance. Al terminar la recogida, el arrendatario de la playa pasa a contar el número total de presas, y de cada ocho o diez separa una para sí.

La tortuga es un buen negocio en el Amazonas: por cada una de las grandes se pagan dos y tres dólares, y todos los buques y lanchas que van a Manaos compran las más que pueden. Antiguamente los amazonenses se dedicaban a la extracción del aceite o manteca de los huevos de *charapa*, operación muy demorada, pero después se dieron cuenta que les daría mejor resultado coger las *charapas*, y hace mucho tiempo que así lo efectúan, y han dejado casi por completo la industria del aceite o manteca. Ordinariamente las cogen antes de desovar, lo cual les permite aprovechar no sólo la carne sino también los huevos, que por cierto son muy sabrosos y alimenticios. Mientras yo descansaba en Tunantins con el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico del Alto Solimoes, mis compañeros de viaje se fueron a una de esas cacerías nocturnas, de la cual volvieron muy satisfechos, aunque algunos con las señales de su poca destreza, en las orejas y manos.

El 6 de octubre salímos de Tunantins para la boca del Putumayo en la lancha de la frontera brasilera de Ipiranga, que había ido allá a visitar al Reverendísimo Padre Prefecto y a otros quehaceres de su cargo. Desembarcámos en Puerto América a esperar el vapor *Liberal*, pensando que tardaría todavía siete u ocho días en pasar por allí. Apoyado en esta convicción, di permiso a los bogas para que se fueran a visitar sus antiguos amigos de aquellos contornos, exigiéndoles como medida preventiva que el 10 estuvieran sin falta todos conmigo.

II

Razas del Amazonas—Caboclos—Lingua geral do Brazil—Palabras del Amazonas y sus equivalentes en Colombia—Amor a las tradiciones indígenas y al Portugal—El portugués más popular del mundo—Causas del afecto al Portugal.

Como estamos ya para dejar definitivamente el Amazonas, antes de despedirme de esa simpática región, donde tánto sufrí y gocé, creo del caso decir algo más sobre sus pobladores y su lengua. El Amazonas tiene su raza y lengua propias, pero la raza está ya muy mezclada con los blancos y también, aunque en proporciones muy inferiores, con los negros. A los naturales de esa región que no sean de raza blanca pura los llaman *caboclos*, palabra portuguesa que significa cobrizo. El Amazonas y todos sus afluentes tenían sus razas indígenas peculiares. Según estudios concienzudos, se enumeran 373 tribus de indios, más o menos heterogéneos, sólo en los diversos ríos del Estado del Amazonas. La población de raza blanca es también muy diversa: hay portugueses, turcos, sirios, judíos, brasileros de los Estados centrales y del Sur, colombianos, peruanos, chinos y algunos alemanes. Los caboclos hablan su lengua propia, que llaman *lingua geral do Brazil*. Según los historiadores, en tiempo del descubrimiento, en todo el litoral del Brasil, se hablaba una sola lengua con las alteraciones accidentales, ocasionadas por las circunstancias de las diversas regiones. En cambio, en el interior del país se hablaban diversos idiomas, y una y otros tenían multitud de dialectos. La necesidad de hacerse comprender impulsó a los negociantes portugueses y a los Misioneros católicos a constituír una lengua uniforme que les sirviera para entenderse con todos los indios del litoral. Debido a estos esfuerzos, a las relaciones que se fueron estableciendo entre los indios del litoral y del interior, a la necesidad en que se vieron los indios de entenderse con los conquistadores y Misioneros, y sobre todo a las gramáticas que escribieron estos últimos, especialmente los jesuítas, aquella lengua del litoral, debidamente sistematizada y perfeccionada, se vino a convertir en la *lingua geral do Brazil*, con la cual se entendían perfectamente todos los habitantes de aquellas inmensas regiones. Esta lengua es algo parecida en el sonido al inca o quichua del Ecuador y de algunas tribus de

nuestra Prefectura Apostólica. Ignoro las analogías que tengan, por no haber tenido lugar de hacer comparaciones. Casi todos los blancos radicados en aquellas regiones entienden y hablan perfectamente esta lengua. Gran parte de los caboclos no saben otra.

Noté una cosa muy particular en los brasileros del Amazonas de raza blanca pura, y es el grande amor que tienen a las tradiciones indígenas. Consideran como una gloria hablar correctamente la *lingua geral*. Cuentan como un hecho digno de perpetuarse en los fastos de su historia, el caso del Emperador Pedro II, que cuando fue a visitar al Papa, después de haberle hablado en el idioma diplomático, lo hizo en la *lingua geral do Brazil*, diciéndole que aquella era la lengua propia de sus súbditos. No creo fuera de lugar poner aquí una lista de nombres con que en el Amazonas se conocen algunos objetos, animales y plantas. Ignoro el origen etimológico de la mayor parte de ellos, por no haber podido consultar con personas o libros competentes; lo mismo que si pertenecen a la *lingua geral do Brazil*, o son mezcla de etimologías portuguesas e indígenas; se nota claramente que algunas son de origen portugués. A fin de que pueda comparar quien quiera, pondré dos listas: una con los nombres que se emplean en el Amazonas y otra con sus equivalentes en Colombia.

Amazonas.	*Colombia.*
Anta	Danta.
Jacaré	Caimán.
Paca	Mamita o boruga.
Cutia	Guara o tintín.
Viado	Venado.
Gado	Ganado.
Macaco	Mono.
Macaco-guariba	Mono-cotudo.
Macaco-yapúsa	Mono-chorongo.
Macaco-chero	Mono-tanque.
Macaco-sagui	Mono-chichico.
Macaco-prego	Mono-chichico-blanco.
Lontra	Nutria.
Tartaruga	Tortuga grande o charapa.
Faricaya	Tortuga o charapa pequeña.
Fracuya	Idem, idem.
Juca	Tortuga más pequeña.
Juvatí (matelo en el Perú)	Tortuga de monte o morrocoy.
Motú	Paujil.
Jacu o cuyubí	Pava.

Amazonas.	*Colombia.*
Pirarucú	Paiche (pez grande como bacalao).
Surubí	Bagre (pez grande).
Tambatí	Gamitana o dorada.
Mapará	Bocachico (pez).
Peraña	Puño (pez).
Peixe-boy	Vaca-marina.
Mandyhi	Barbudo (pez).
Pacú	Garopa (pez).
Cachorro	Dentón (pez).
Matinchón o chatuarana	Sábalo (pez).
Arará	Guacamaya.
Tucano	Picudo o tucano.
Ananá o Cacachí	Piña.
Mamón	Papaya.
Jurumú	Calabazo o zapallo.
Avacacha	Mango.
Aviyú	Caimito.
Tangerina	Mandarina.
Mirití	Canangucho (palma y su fruto).
Pupuña	Chontaduro.
Asaí (himipué, entre macaguajes)	Palma sacristán o naibe.
Jahuarí	Palma de coco.
Pachuba	Bombón (palma).
Anaya	Palma real y palma milpesos.
Bacaba	Palma chontilla.
Patagua	Palma milpesos.
Caxú	Marañón (planta y fruto).
Paraná	Brazo de río.
Ygarapé	Río pequeño o quebrada.
Masaranduba	Arbol de la balata.

Al río Cotué, fronterizo entre el Perú y Brasil con el Putumayo, lo llaman Güequí.

Al revés de lo que ha sucedido en otras repúblicas de la América latina, los brasileros o por lo menos los amazonenses de raza blanca brasileros, tienen como un timbre de honor ponerse apellidos indígenas o que hagan referencia a tradiciones indígenas. Recuerdo que un gran personaje ostentaba el apellido de *Indio del Brasil*, y uno de los grandes vapores de la Compañía *Lloyd Brasileiro*, que hacen la travesía de Río de Janeiro a Manaos, lleva este nombre, seguramente como homenaje a ese personaje.

Otra cosa que también cautiva la atención es la gran veneración que todos, cabuclos y blancos, tienen al Portugal. Para ellos ir a Lisboa es la meta de sus aspiraciones; algo así como ir a París los de la América española. Es popular allá este dicho: "quem náo ha visto Lisboa náo ha visto cousa bóa." Muchos cablocos conocen aquella capi-

tal. En tiempos en que el caucho tenía precios fabulosos y en que fácilmente cualquiera podía hacer fortuna, lo primero en que pensaban cuando disponían de bastante dinero era en ir a Europa, pero antes que todo a Lisboa. Todos los periódicos de Manaos traen minuciosas noticias, aun de los pueblos más insignificantes de Portugal, como si en realidad formaran parte del Brasil o Amazonas. Las glorias portuguesas las consideran como propias. Respecto a esto, recuerdo el hecho concreto del interés que tienen en llamar a San Antonio no con el sobrenombre de Padua, como se conoce universalmente, sino de Lisboa; consideran a San Antonio como el portugués más popular del mundo y el más grande en su esfera. Por consiguiente, no quieren que se olvide que fue Lisboa y no Padua la cuna de aquel insigne bienhechor de la humanidad. El 13 de junio pudimos contemplar en Manaos la gran devoción que el pueblo tiene a aquel santo y también cómo se complacían los que hablaban con nosotros de la festividad del día, en recalcarnos que debíamos decir San Antonio de Lisboa y no de Padua.

Discurriendo sobre las causas de haber los brasileros conservado tánto afecto a Portugal, creo que se puedan señalar como no despreciables, el haberse independizado sin guerras y haber fomentado después de la independencia los vínculos comerciales con el Portugal, tal vez con más intensidad que antes. Actualmente en el Amazonas las casas comerciales más fuertes y bien organizadas son portuguesas. Esto hace que los portugueses se encuentren en el Brasil como en su propia nación; y tal vez se podría afirmar, sin alejarse mucho de la verdad, que hay más portugueses en el Brasil que en el Portugal.

III

Medidas brasileras y su equivalencia en el sistema métrico decimal—Unidad monetaria del Brasil y su equivalencia con el dólar y peso colombiano. Caimanes del Amazonas—"Baixa enorme jacaré"—Aspecto pavoroso de la muerte—Reses descalabradas—El caimán y el tigre—Pesca con flecha. Pesca de tortugas con anzuelo—Cómo se pescan la vaca marina, el paiche y el bagre.

Para el comercio hay que tener en cuenta que los pesos y medidas que se usan en el Brasil, o por lo menos en el Amazonas, son distintos de los que se emplean en Colombia, Perú y otras naciones. Por si fueren de alguna utili-

dad, pongo a continuación dichas medidas, y su equivalencia en el sistema métrico decimal:

Medidas de longitud.

Legua brasilera, 6,172 metros.
Milla brasilera, 2,200 metros.
Braza brasilera, 2-20 metros.
Vara brasilera, 1-10 metros.
Un cobado o codo brasilero, 66 centímetros.
Un pie de reis, 33 centímetros.
Un palmo, 22 centímetros.
Una pulgada brasilera, 0.0275 decímetros.
Una línea brasilera, 0.0023 decímetros.

Medidas de peso.

Tonelada brasilera, 793 kilos.
Quintal brasilero, 58 kilos.
Arroba brasilera, 14 kilos.
Libra brasilera, 458 gramos 05 centigramos.
Onza brasilera, 28 gramos 68 centigramos.
Octava brasilera, 3 gramos 586 miligramos.
Quilote brasilero, 195 miligramos.

Medidas de capacidad.

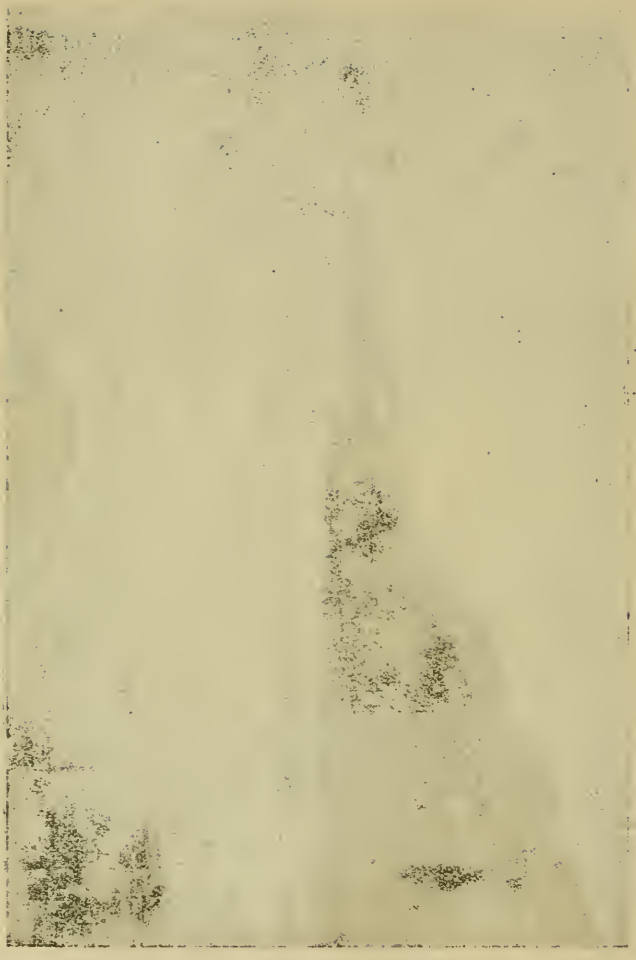
Pipa brasilera, 480 litros.
Canada brasilera, 2-26 centilitros.
Cuartillo brasilero, 0-66 centilitros.
Alquiere brasilero, 36-27 centilitros.
Cuarto brasilero, 9-07 centilitros.
Selamím brasilero, 2-27 centilitros.

Es bueno también tener en cuenta lo que representa la unidad monetaria del Brasil con relación al peso oro colombiano o dólar americano. La unidad del Brasil es el reis; cuando el cambio está a la par, cuatro mil reis representan un dólar y un conto de reis, que equivale a decir un millón de reis; a la par son doscientos cincuenta dólares o pesos ($ 250) oro colombiano.

No quiero tampoco dejar en el tintero la impresión que nos causó el tamaño enorme que alcanzan los caimanes en

el Amazonas o *Jacarés*, como lo llaman allá. Desde la lancha nos divertíamos haciéndoles tiros con carabinas Winchester, y aunque a veces parecía que daban en el blanco, no se movían del sitio aquellas enormes cabezas que desde la altura en que nosotros estábamos nos hacían el efecto de cabezas de caballo. Por contemplar a uno de esos monstruos que se dejaba arrastrar al mismo compás de la corriente, con todo su cuerpo en la superficie de las aguas, el cual medía por lo menos unos cuatro metros de largo por un grosor extraordinario, casi perecemos todos en la *Yaquirana*, precisamente muy cerca del lugar donde hace poco naufragó. El hecho sucedió de la siguiente manera: se desencadenó un fuerte y persistente viento, que levantaba grandes olas con espuma blanca, como las que se contemplan en los temporales marítimos. En vista de las violentas sacudidas que sufría la embarcación, hasta el punto que ya nos empezábamos a marear, el Capitán creyó prudente arrimar a un remanso de la ribera, en espera de que las aguas estuvieran más tranquilas. Con cabos de alambre amarraron la lancha a un gran palo, que quedaba a diez metros de la orilla. Mientras la mayoría de pasajeros y tripulantes estábamos echados en las hamacas platicando apaciblemente, y el Capitán profundamente dormido, oímos un grito dado por un tripulante de popa: *baixa jacaré enorme;* oír esto, levantarnos todos y correr hacia donde salía el grito, fue en un instante, de modo que todos los de a bordo, excepto el Capitán que seguía durmiendo, nos reunimos en la popa de la lancha a mirar aquel monstruo enorme, que como durmiendo y dejándose mecer tranquilamente por la corriente pasó muy cerca de nosotros. El peso de todos los allí reunidos hizo que la lancha halara con gran fuerza el cable que estaba amarrado en el árbol, el cual a la vez hizo derrumbar todo el pedazo de terreno que lo separaba del río, y junto con él se sumergió en las aguas, siguiendo la corriente del río, pasando precisamente por debajo de la lancha, haciéndola levantar tanto de proa a popa, que hubo un momento que nos creímos todos en el agua y tapados por la nave. Al grito de angustia que dimos se despertó sobresaltado el Capitán, precisamente en los instantes en que la posición de la lancha era más peligrosa. Al ver aquello, sin saber de qué se trataba, se puso tan pálido que creímos se quedaba exánime, pero gracias a Dios, a los pocos

El lago de la Chorrera en el Igaraparaná.



momentos pasó el peligro, sin que la nave sufriera avería alguna, quedando todos nuevamente tranquilos y haciendo animados comentarios de aquel extraño suceso, que junto al aspecto horrible del caimán nos hizo contemplar el no menos pavoroso de la muerte.

En muchas haciendas de las orillas del gran río se ven reses descalabradas por los caimanes: a unas les falta un pedazo de papada, otras tienen la nariz partida, y así por el estilo. Estas fieras acuáticas ordinariamente se esconden casi a flor de agua en los lugares donde el ganado va a beber, y cuando las reses están más desprevenidas, apagando tranquilamente su sed, las hieren a coletazos, que a veces son mortales. Los caimanes atacan con el filo superior de la cola, que corta como un buen cuchillo; y si con el golpe que dan consiguen hacer caer al agua su presa, inmediatamente la cogen con su horripilante y larga boca, llena de grandes colmillos, y en pocos momentos la tienen despedazada y engullida. Todas estas operaciones las ejecutan dentro del agua; en tierra son cobardes y generalmente huyen.

Se dice que el tigre tiene un poder tal vez magnético sobre el caimán. Varias personas me contaron que habían presenciado cómo el tigre despedazaba enormes caimanes, sin que éstos intentaran correr ni defenderse; parece que a la sola presencia del rey de los felinos, el de los lagartos queda desconcertado y aturdido, sin que tenga ánimos ni siquiera para correr. ¡Cosas de mi Dios!

También es muy curioso ver cómo los amazonenses manejan el arco para pescar aun en tiempo de las grandes crecientes. Usan unas flechas de acero en forma de arponcitos, atados a una piola larga y enroscada, en una de cuyas puntas lleva un pedacito de madera flotante. Para dar en el blanco y calcular distancias, disparan hacia arriba, de manera que la flecha cae verticalmente sobre la presa. La precisión en los cálculos de la distancia es admirable. Con sólo el movimiento del agua conocen qué clase de pez o anfibio es el que anda por allí, y si sube hacia la superficie o si sólo se menea en el fondo de las aguas. Cuando según sus cálculos deben aparecer en la superficie, disparan el arco en forma que al salir se encuentren con la flecha que les cae; si hacen blanco, el animal al sentirse herido se sumerge con presteza, y entonces se va desdoblando la ros-

quita de piola que va atada a la flecha y al palito flotante. El pescador, por el movimiento del palito, que queda siempre en la superficie, conoce si el herido se aleja o queda quieto allí mismo en el fondo de las aguas. Si se aleja, lo va siguiendo con su potrillo hasta que se convence de que deja de andar. Cuando el perseguido está quieto, el pescador coge el palito boyante, y de una manera muy mañosa va tirando la piola hasta que consigue levantar su presa al alcance de un arpón grande, empatado en un palo fino y pesado, ordinariamente de chonta, atado también a una larga y gruesa piola. Al ver pues que ya puede alcanzar con el arpón el objeto de sus desvelos, se lo clava con toda la fuerza; si el animal es muy grande, al sentirse herido con el arpón prende vertiginosa carrera; entonces la habilidad del pescador consiste en saber darle soga y tirar a la vez hasta lograr cansar y apoderarse de la presa ambicionada.

Las tortugas de río, tanto las grandes *charapas* como las pequeñas *taricayas*, salen con mucha frecuencia a la superficie de la corriente, durante las grandes crecientes; sacan la cabeza y dejan ver la concha, pero al instante vuelven a hundirse, de manera que para poderlas pescar con flechas se necesita mucha destreza. Las pescan también con anzuelos: cuando conocen que en un sitio hay tortugas en el fondo del agua, conocimiento que adquieren fijándose en las burbujas que suben a la superficie, arman un manojo de tres o cuatro anzuelos pequeños, atados a otras tántas piolas delgadas enroscadas, que a su vez llevan un pedacito de palo flotante, en la misma forma de las flechas de que hemos hablado. Ponen en cada anzuelo una pepita de las que acostumbran comer las tortugas, y los echan al agua, dejándolos que vayan flotando muy cerca de la superficie, y los pescadores se quedan atisbando los palitos; muy pronto las tortugas pican las pepas, quedando prendidas del anzuelo; al instante de prenderse se sumergen con rapidez y hacen mover de manera vertiginosa los palitos, que siempre quedan en la superficie. Los atisbadores esperan que la tortuga se calme y se esté quieta para hacer la misma operación que hacen con las flechas: ir subiendo muy despacio y con habilidad especial la presa prendida en el anzuelo, hasta que puedan fisgarla con el arpón, lo cual consiguen a la profundidad de una vara, y desde aquel momento es presa segura.

La vaca marina, el paiche, el bagre y otros grandes peces los cogen también con el arpón; atan éste a un volantín de diez a doce brazas de largo, de cáñamo, algodón u otra materia bien resistente. El pescador se embarca en un pequeño bote o potrillo, sin otra carga que los aperos de pescar. Anda con el mayor sigilo que puede por los lugares donde acostumbran vivir esos grandes vertebrados acuáticos; cuando ve alguno al alcance de sus armas, empata el arpón en un palo de chonta o de madera bien pesada, y cogiéndolo en sus manos lo echa con la mayor fuerza que puede sobre el codiciado animal. Si hace blanco, el pez se aleja en vertiginosa carrera, desarrollando una fuerza extraordinaria, con la cual arrastra tras de sí al pescador con su potrillo, y entonces éste necesita habilidad especial para no caer al agua y para no soltar la presa. Esta habilidad consiste en saber dar soga al mismo tiempo que dirigir el potrillo y halar del volantín, hasta que comprende que con sus haladas puede dominar al prendido, lo cual consigue cuando éste se siente cansado y desangrado; entonces lo acerca a sí para rematarlo con lanza o machete. Para la pesca de vacas marinas usan sogas o volantines muy resistentes, a fin de poderlos amarrar en algún árbol, sin peligro que los rompan con su enorme fuerza; de lo contrario, les es muy difícil y a veces imposible sujetarlas desde el potrillo.

El *peixe-boy* (vaca marina) y el pirarucú (paiche), son una de las industrias más productivas del Amazonas; estos grandes peces los secan en anchas pencas, como el bacalao en Europa, y constituyen la carne cuotidiana de la gente pobre de aquella región.

IV

En Puerto América—Llegada inesperada del vapor "Liberal"—Ausencia de algunos compañeros de viaje—Angustias y temores—Acto casi heroico de caridad—Cacería que nos hacía perder el viaje—Apareció el perdido—Militares a bordo—La mano de la Providencia.

Volvamos a Puerto América y despidámonos definitivamente del Amazonas. El 8 de octubre, confiando tanto yo como mis bogas en que el vapor *Liberal* no saldría de Iquitos hasta el 10 u 11, como acostumbraba en los viajes anteriores, estábamos muy tranquilos creyendo que nos

faltaban todavía tres o cuatro días para podernos despedir del Amazonas. El 9 de octubre a las seis de la mañana celebraba la santa misa en Puerto América, sin sospechar que la hora de partir estuviera muy próxima, cuando oí una sirena de vapor que arrimaba a aquel puerto, y a todos los circunstantes que en tono de extrañeza decían: "¡El *Liberal!*, ¡el *Liberal!* ¿Porqué será que pasa tan pronto esta vez?" Como la mayoría de mis compañeros no estaban conmigo, sino paseando donde sus amigos, que yo mismo ignoraba dónde vivían, calcúlese el susto y sorpresa que experimentaría en esos momentos; pues comprendía muy bien que un vapor como el *Liberal* (tiene unas cien toneladas) no podía demorar a esperar los pasajeros que en el tránsito quisieran embarcarse. Acabé la santa misa lo más pronto que pude, e inmediatamente dispuse se buscara a los compañeros que faltaban, quienes tenían permiso de estar ausentes hasta el día siguiente. Me fui a hablar con el Comandante del vapor *Liberal*, señor Celso Prieto, Capitán de la marina de guerra peruana, le entregué la carta que para él traía del señor Julio Arana, y le expuse lo que nos pasaba. En el vapor venían un Teniente Coronel del ejército peruano, señor Teuxio; unos treinta soldados; el Jefe del Resguardo aduanero de Iquitos, señor Patriau; mucha tripulación y unos doce pasajeros particulares; todos iban al Putumayo ocupado por el Perú. Como es de suponer, nuestra angustia era grande al considerar que si perdíamos aquella ocasión no podíamos subir por el Putumayo hasta después de tres meses, y se nos dificultaba en gran manera ir por la vía del Napo, la cual suponía varaderos y trochas en donde no sabíamos si encontraríamos canoas, ni siquiera gente; y además, era imposible pensar subir en canoa por el mismo Putumayo, desde donde estábamos, porque con seguridad no habríamos resistido un viaje de tres o cuatro meses por lugares llenos de plagas, día y noche, y en donde no encontraríamos qué comer. Como dije, expliqué al Comandante del vapor *Liberal* estos afanes y zozobras, el cual me aconsejó que embarcara yo y los que estábamos presentes, que con mucho gusto nos llevaría hasta El Encanto, y que si alguno de los muchachos no aparecía pronto lo dejara recomendado a algún buen amigo y él cuidaría de embarcarlo en el próximo viaje de enero. Al oír esto le respondí que de ninguna manera podía consentir

en dejar ni uno solo de mis fieles bogas; en primer lugar, porque podría morir de pena al verse solo y abandonado en tierra extraña, sin esperanza de regresar pronto a su patria; por otro lado, nada adelantábamos con que lo subiera hasta El Encanto en el mes de enero, puesto que en aquel lugar se encontraría más solo y desamparado que en el Amazonas; y finalmente, todos los que venían eran indispensables para manejar el *bote Márquez*, único vehículo con que contábamos para trasladarnos del Caraparaná a Puerto Asís. El señor Prieto me insistió en que todas esas dificultades podrían solucionarse. En El Encanto nos facilitarían los bogas que necesitáramos, y a los que se quedaran, también les facilitarían allá la manera de poder llegar a Colombia. Insistí en que mi conciencia no me permitía dar este paso, pues toda la vida me parecería haber cometido un crimen, si dejaba alguno de los muchachos en aquel lugar, tan lejano y lleno de dificultades para salir, de manera que o nos íbamos todos o nos quedábamos todos. Estando en esas pláticas llegaron dos de los tres que faltaban. Esto nos animó no poco, y empezámos a embarcar las cosas, mientras esperábamos si llegaba el otro, que era el intérprete y práctico Vargas. Alguien nos dio la noticia de que se había ido Putumayo arriba, a la casa de unos indios amigos que tenía en las orillas de un lago, media legua distante de Puerto América. Esta razón nos tranquilizó, pensando que al pasar por frente al lago lo llamaríamos y podríamos seguir todos sin dificultad. Salímos de Puerto América, después de dos horas de parar el vapor allí; al pasar por frente al lago donde creíamos encontrar a Vargas, el vapor paró y llamó con la sirena, y pronto estuvo a bordo un indio a averiguar qué se ofrecía. Calcúlese la ansiedad con que le preguntámos yo y mis compañeros de viaje dónde estaba Vargas; nos respondió que aquella mañana había salido a cacería al monte, que hacía poco había oído unos tiros allá en una orilla del Putumayo, distante una media hora de donde estábamos, y que si nos esperábamos él iría a ver si lo encontraba. Al oír esta razón, el capitán dio orden al piloto que virara el buque y lo dirigiera hacia el lugar indicado por el indio, al mismo tiempo que sin cesar tocaran la sirena. Llegámos pronto al punto indicado y no apareció nadie. En estos apuros ofrecí una novena de misas a las almas del Purgatorio para que nos ayudaran a salir

con bien en este trance angustioso. El Capitán insistía en que no me preocupara tánto por un indio, que él respondía de que ningún mal le sucedería, aunque se quedara en aquellos lugares hasta el mes de enero, y entonces él lo subiría hasta El Encanto. Le contesté lo mismo de antes: que o nos íbamos todos o nos quedábamos todos; que para mí poco influía que fuera indio o blanco; me bastaba que fuera hombre y padre de familia para no abandonarlo en ningún caso, por más trabajos que tuviéramos que pasar todos por esta causa. Como el Capitán no dio orden de que parara el vapor en la orilla donde esperábamos encontrar a Vargas, fue siguiendo río abajo, y pronto volvimos a llegar al Amazonas, de donde habíamos salido hacía ya dos horas. Al darse cuenta de esto, el Comandante regañó al piloto, y le ordenó que inmediatamente girara la nave para arriba, y así se hizo en efecto. Viendo que no aparecía Vargas por ningún lado, con gran pena supliqué al señor Prieto que hiciera parar la nave y desatar el *bote Márquez*, que venía a remolque, a fin de desembarcar con mis bogas y quedarnos entregados en las manos de la Providencia, que con toda seguridad nos proporcionaría alguna solución favorable en premio del acto casi heroico de caridad que hacíamos en favor de nuestro compañero. El Capitán y también algunos de los pasajeros nos hicieron nuevas reflexiones, diciéndonos que pensáramos bien en el disparate que íbamos a cometer, las consecuencias que nos podrían sobrevenir, las dificultades que encontraríamos por la vía Napo y otras muchas cosas que seguramente me habrían inducido a no desembarcar si la voz de la conciencia no me hubiera gritado más duro que todas estas razones de conveniencia; puesto que en el cumplimiento del deber no se debe fijar uno en la magnitud del sacrificio; y deber primordial consideraba para mí en esos instantes no dejar contra su voluntad en tierra extraña a ninguno de los que se habían confiado a mi cuidado y puesto bajo mi dirección. Los otros cuatro compañeros, al ver que el vapor estaba ya parado y el *bote Márquez* listo a recibir nuestros equipajes, sintieron en sus almas toda la magnitud de la desgracia que nos estaba sucediendo, y sin fijarse en las consecuencias de lo que decían, casi todos fueron de parecer que dejáramos a Vargas, recomendándolo al señor Riveiro, jefe de la frontera brasilera, muy buen amigo nuestro, como ya que-

da dicho. Además, con todo el mal humor que es de suponer, empleaban expresiones duras contra el pobre indio, que sin él sospecharlo era causa de tan grave conflicto. Me vi obligado a hacerles serias reflexiones, poniéndoles de presente lo que pensaría cada uno de ellos si se encontrara en lugar del pobre Vargas, y de repente se enterara de que los demás lo habían abandonado, sin tener esperanzas de poder volver pronto a Colombia, donde con tántas ansias deseaban llegar. Les recalqué que ninguna culpabilidad tenía Vargas en lo que nos pasaba, puesto que estaba con permiso hasta el día siguiente; y les recordé que Vargas, aunque indio y humilde, era padre de familia y tenía alma y sentimientos, como teníamos cualquiera de nosotros. Me sostuve firme en mi resolución, dispuesto a sufrir resignadamente las incalculables consecuencias de aquella obra de caridad; pero cuando habíamos perdido ya toda esperanza, la Providencia solicionó aquel angustioso conflicto de la manera más suave y natural. Al empezar a sacar, tristes y desconsolados, nuestros equipajes del vapor *Liberal* para pasarlos al *bote Márquez*, vimos una canoíta que manejada por un solo individuo salía de una orilla del río y se dirigía hacia nosotros. Los pasajeros, que comprendían la gravedad de lo que nos sucedía, así que se advirtieron de aquella canoa, empezaron a gritar: "¡Suspendan el desembarque que seguramente allí viene el perdido!" Esta voz de esperanza nos reanimó. Deseábamos con ansia conocer pronto quién era el de la canoíta, y nuestra tristeza se convirtió de súbito en gran alegría, al ver que efectivamente era Vargas. Al hallarnos a todos en el vapor, que él no creía fuera el *Liberal*, quedó medio aturdido y espantado, sobre todo cuando oyó a los otros cuatro compañeros que en tono regañón le hacían cargos de que por él casi perdemos el viaje; pronto se reanimó, le contaron todo lo que nos había sucedido, y él también nos explicó que hacía mucho rato, tal vez unas cuatro horas, que oía y hasta veía el vapor, pero como no sospechaba que fuera el que esperábamos, siguió muy tranquilo en su cacería, persiguiendo una manada de *chorongos* (monos), hasta que por fin, oyendo con tánta insistencia el toque de sirena, y dándose cuenta que el barco subía y bajaba en aquel trayecto, como si buscara a alguno, le entró sospecha de que tal vez llamaban a él, y fue entonces cuando resolvió salir a la orilla del río, donde había

dejado el potrillo que llevó de la casa de sus amigos; al llegar allí vio el vapor parado, le entró curiosidad de ir a preguntar lo que sucedía, y el resultado fue la solución satisfactoria del gran conflicto. ¡Cosas de la Providencia! Inmediatamente en medio de la más grande alegría se volvió a amarrar a remolque el *bote Márquez*, y seguimos viaje.

Antes de pasar adelatne se me ocurren las siguientes preguntas y reflexiones: ¿porqué la casa Arana adelantó ese mes el envío del vapor *Liberal*, teniendo establecido, como costumbre fija, que la salida de Iquitos fuera los días 10 u 11 de cada mes? ¿Porqué el empeño del señor Julio Arana en que yo no saliera de Manaos antes de que pasara el vapor de la línea Pará-Iquitos, vapor que no se encontró esta vez con el *Liberal*? Es difícil poder dar una respuesta que corresponda del todo a la realidad de las cosas; pero seguramente la exacerbación que produjo en el ánimo de los brasileros del Putumayo y parte del Amazonas el percance de la *Yaquirana*, exacerbación que provocó amenazas de ataque al vapor *Liberal*, no dejaría de influír en el adelantamiento inesperado de ese viaje. Los treinta militares que iban a bordo, al mando de un Teniente Coronel, seguramente no ignorarían tampoco la calentura de los brasileros. Ellos decían que su viaje obedecía al relevo del personal de las guarniciones del Putumayo; pero con seguridad que en lugar de ir a relevar aquellas guarniciones, las irían a aumentar, pues no hay duda que los peruanos creerían, como es de sentido común, que el proceder arbitrario de Curiel o de su gobierno provocaría la indignación del Brasil y de Colombia. Adelantando el viaje, pasaban por la parte del Brasil que es necesario atravesar para ir a El Encanto, en días en que nadie lo esperaba, y así les era mucho más fácil burlar cualquiera intentona de ataque. Mi presencia en el buque peruano no hay duda que contribuyó también a calmar los ánimos de los brasileros, pues viendo que me trataban bien, suponían que el Perú estaba dispuesto a dar satisfacciones por lo ocurrido.

La visita al Putumayo en esa ocasión del Jefe del Resguardo de la Aduana de Iquitos, seguramente no obedecía a otra cosa sino a ir a averiguar lo sucedido con la *Yaquirana*. El interés de Julio Arana en que yo no saliera de Manaos antes del 2 de octubre, ¿no sería para que no me

enterara de que subían soldados para el Putumayo? No lo puedo saber. De lo que sí me convencí palpablemente fue de que la Providencia nos iba guiando, infundiéndome presentimientos tan fuertes de lo que nos podía suceder, y después en efecto nos sucedía, que bien puedo asegurar que se cumplió en nosotros una vez más aquel cristiano y teológico pensamiento de que el hombre se agita y Dios lo conduce.

V

Del Amazonas al Caraparaná—Cambio de rumbo: al Caraparaná en vez del Igaraparaná—Llegada inesperada a El Encanto—Guarnición militar de La Chorrera—Ruta de navegación del vapor "Liberal," de Campuya a Iquitos. Contingencias que influyen en la rapidez de la navegación de los vapores fluviales—Idea de ponernos presos—Desaparición de mi cartera de viaje. La bandera colombiana en el Putumayo—Problemas internacionales del Perú.

El 18 de octubre llegámos por última vez a El Encanto en el *Liberal*. Durante esos días tuvimos buen viaje. En El Encanto no esperaban el vapor hasta el 25, y por lo mismo no tenían la carga lista. Otra prueba más de que la precipitación del viaje se resolvió en Iquitos, y no obedeció a que les hubieran avisado del Putumayo que la carga estaba lista. También pude comprobar que recelaban de nosotros, pues el intento del Comandante del vapor era entrar antes al Igaraparaná que al Caraparaná, y así nos lo había manifestado varias veces, pero seguramente después de conferenciar con el Teniente Coronel y con el Jefe del Resguardo de la Aduana de Iquitos, resolvió ir directamente al Caraparaná, y supongo que fue para que nosotros no conociéramos lo que tienen en La Chorrera. Oí entonces algún rumor referente a que intentaban restablecer la guarnición militar en aquel punto. Según nos informaron, antes habían tenido guarnición allí, pero hacía ya algunos años que la habían suprimido; tal vez para que no supiéramos esta nueva determinación oficial, acordaron ir primero a dejarnos en El Encanto. A pesar de todos los recelos, pude hacerme a buenos datos a bordo del vapor *Liberal*. Con uno que conocía bien el río Putumayo y hacía mucho tiempo que andaba en aquel vapor, pude recoger la siguiente ruta de navegación, que da idea exacta de las distancias, desde el Campuya, más arriba del Caraparaná, hasta Iquitos y puntos intermedios:

Río Putumayo (bajando).

Del Campuya a la boca del río Caraparaná, cuatro horas.

De Caraparaná a Iberia (Nueva Granada), una hora veinte minutos.

De Iberia a Los Cocamas (lugar), cuarenta minutos.

De Cocamas al río Eré, dos horas.

De Eré a Cuédados (lugar, banda derecha del Putumayo), dos horas cincuenta minutos.

De Cuidado al lago Gamboa, a la banda izquierda del Putumayo, dos horas cinco minutos.

Del lago de Gamboa a Las Piedras, banda derecha del río, una hora treinta minutos.

De Las Piedras a El Estrecho, primer paso de Las Termópilas, cinco horas.

De El Estrecho a Sábaloyaco, quebrada a la izquierda del río, una hora veinte minutos.

De Sábaloyaco al río Esperanza, dos horas.

De Esperanza al Remanso, izquierda del río, una hora veinticinco minutos.

De Remanso a la finca Chaves, derecha del río, treinta minutos.

De la finca Chaves al lago de Santa Rosa, a la derecha del río, tres horas treinta y cinco minutos.

Del lago de Santa Rosa al río Inca, derecha del Putumayo, treinta minutos.

Del río Inca al río Buriburi, izquierda del Putumayo, tres horas diez minutos.

Del Buriburi a la primera boca del Algodón, derecha del Putumayo, dos horas.

De la primera boca del Algodón a la segunda, una hora.

De la segunda boca del Algodón al Igaraparaná, tres horas.

Del Igaraparaná a Puerto Punchana, orilla derecha del Putumayo, cincuenta minutos.

De Puerto Punchana (lugar) a la quebrada Trompetero, banda derecha, dos horas.

De la quebrada Trompetero a Malpaso Bobona (lugar), treinta minutos.

Bobona a la *purma*, en el Perú (equivalente a rastrojo en Colombia), de Bellavista, izquierda, dos horas cinco minutos.

De rastro de Bellavista a Pesquería antigua (lugar), a la derecha, dos horas.

De Pesquería antigua al río Mutú, a la derecha, treinta minutos.

De Mutú a Chonta-pacta (lugar), a la izquierda, o San Jerónimo, a la derecha, tres horas.

De San Jerónimo a Puerto Alfonso (lugar), dos horas treinta y cinco minutos.

De Puerto Alfonso a la quebrada Curinga, a la derecha, treinta minutos.

De la quebrada Curinga a la quebrada Aguila, a la izquierda, una hora diez minutos.

De la quebrada Aguila al río Pupuña, a la izquierda, una hora veinte minutos.

Del río Pupuña al estirón de Tabatinga, una hora.

Del estirón de Tabatinga a Malpaso de Tresesquinas (segundas Termópilas), dos horas.

De Tresesquinas a la isla Putumayo, frente a dos quebradas, banda izquierda, una hora.

De la isla del Putumayo al río Esperanza, a la derecha, y otra quebrada a la izquierda, dos horas.

Del río Esperanza al río Porvenir, banda izquierda, tres horas treinta minutos.

De Porvenir a Puerto Lomas, quebrada a la izquierda, una hora.

De Puerto Lomas a Puerto Alegría (lugar y casa), a la izquierda, dos horas.

De Puerto Alegría al río Yaguas, a la derecha, una hora.

Del río Yaguas a Puerto San Cristóbal (lugar), a la derecha, dos horas cincuenta minutos.

De San Cristóbal a Santa Clara (casa y quebrada), a la izquierda, cuarenta minutos.

De Santa Clara a Tarapacá y río Cotué, a la derecha, dos horas.

Del río Cotué a El Retiro (casa y quebrada), a la derecha, una hora.

De El Retiro a Ipiranga, aduana brasilera, una hora.

De Ipiranga a Mucuripí (finca), a la izquierda, una hora veinticinco minutos.

De Mucuripí a Itú (finca), a la derecha, dos horas.

De Itú a Puritú, río, dos horas.

De Puritú a la quebrada Juhy, a la derecha, veinte minutos.

De la quebrada Juhy a la isla de Gamboa, cinco minutos.

De la isla de Gamboa a la isla de San Joao o Vireito, diez minutos.

De Vireito a la quebrada Apapary, a la derecha, dos horas.

De Apapary a La Unión (finca), a la izquierda, una hora treinta minutos.

De La Unión al río Molino (Muinho en portugués), tres horas.

Del río Molino a Porto-libertade (finca), a la izquierda, treinta minutos.

De Porto-libertade a Sao Sebastião (finca), a la izquierda, una hora.

De Sao Sebastião al lago Tapacoa, a la izquierda, dos horas.

De Tapacoa al lago de Carará, a la izquierda, treinta minutos.

De Carará a la boca del río Tacurapá, a la derecha, dos horas.

De Tacurapá a la boca del Putumayo, treinta minutos.

Río Amazonas (subiendo).

De la boca del río Isa (Putumayo) a Colonia Rigana (propiedad de Julio Arana), tres horas treinta minutos.

De Colonia Riojana a Matura (finca), una hora cuarenta minutos.

De Matura a Laranjal (finca), dos horas cuarenta y cinco minutos.

De Laranjal a San Pablo D'Olivenza (ciudad), cinco horas cuarenta minutos.

De San Pablo D'Olivenza a Santa Rita (finca), cinco horas cincuenta y cinco minutos.

De Santa Rita a Boavista (finca), dos horas treinta minutos.

De Boavista a Palmares (finca), cuatro horas cuarenta minutos.

De Palmares a Belem (finca), cuarenta y cinco minutos.

De Belem a Capacete (creo es puerto fiscal), ocho horas veinticinco minutos.

De Capacete a Esperanza (finca), tres horas cuarenta y cinco minutos.

De Esperanza a Tabatinga, una hora cuarenta minutos.

De Tabatinga a Leticia, frontera entre Perú y Brasil, cuarenta minutos.

De Leticia a Santa Sofía (finca), tres horas veinte minutos.

De Santa Sofía a Supe (fincas), una hora diez minutos.

De Supe a Caballo Cocha (lago, caserío), seis horas.

De Caballo Cocha a San Juan (fincas), seis horas cuarenta minutos.

De San Juan a Santo Tomás (fincas), tres horas veinticinco minutos.

De Santo Tomás a Macallacta (fincas), tres horas treinta y cinco mintuos.

De Macallacta a Callacalla, siete horas cincuenta minutos.

De Callacalla a Tipisca, tres horas cuarenta y cinco minutos.

De Tipisca a Santa Rosa de Orán (fincas), cinco horas.

De Santa Rosa de Orán a Santa Teresa, tres horas cincuenta minutos.

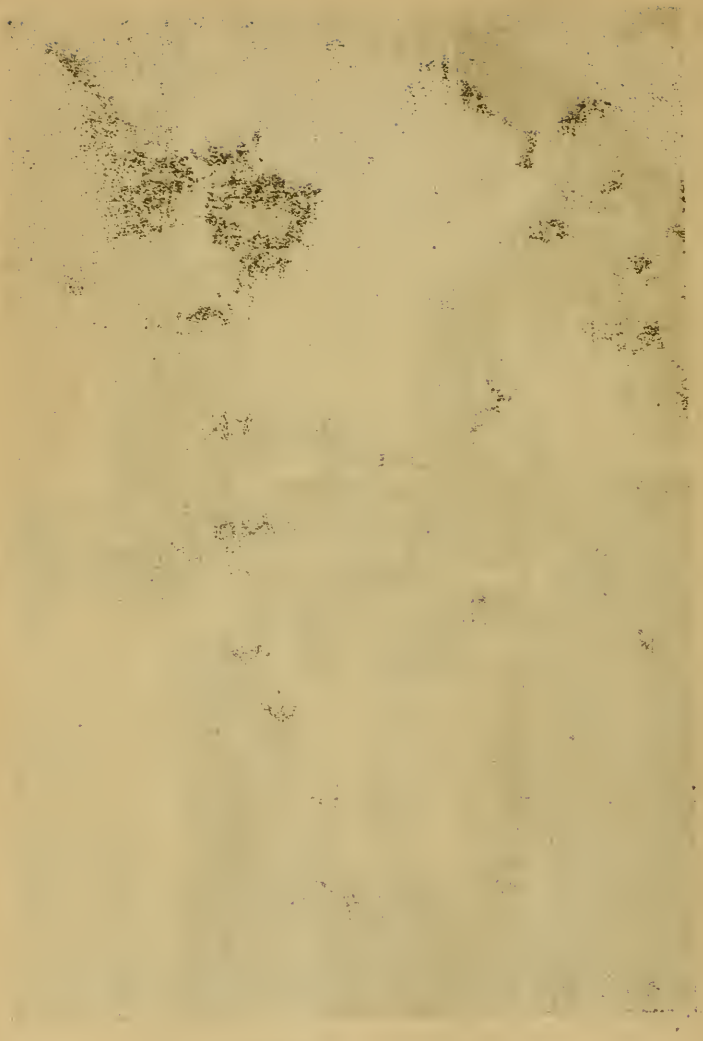
De Santa Teresa a Iquitos, cuatro horas cuarenta y cinco minutos.

Según estos datos, tenemos que del Campuya a la boca del Putumayo, bajando a marcha ordinaria, en río no crecido, del vapor *Liberal* se gastan ochenta y nueve horas quince minutos; y de la boca del Putumayo a Iquitos, subiendo en la misma forma, se emplean ochenta y seis horas treinta y cinco minutos, y por consiguiente de Campuya a Iquitos, ciento setenta y cinco horas con cincuenta minutos de navegación. Para poder calcular con exactitud distancias sobre estos datos, hay que tener en cuenta que en los ríos los vapores y lanchas andan por lo menos una tercera parte más y a veces la mitad, cuando bajan que cuando suben. No se puede dar un dato fijo de cuántas millas por hora ande el vapor *Liberal* o cualquier otro, pues esto depende de muchas contingencias, como son la clase de leña que consumen, la rapidez de la corriente del río, que cuando está crecido es por lo menos el doble de cuando está bajo, y por consiguiente impulsa de manera extraordinaria a las naves que descienden y neutraliza en gran parte la velocidad de los que suben.

Iban como pasajeras del vapor *Liberal* la esposa del Teniente Barriga y una indiecita sirvienta suya, las cuales estaban en Yuvineto cuando pasamos el 28 de abril. Un día se me acercó la indiecita como a quererme confiar algún secreto, la atendí y me refirió lo siguiente: "Yo lo vi, Padre, cuando bajaron por Yuvineto. El Teniente pensó ponerlos presos; dijo: 'Qué hago con esta gente? ¿Los amarro aquí algunos días?' Pero después de haber hablado con ustedes, al subir nuevamente a la casa, volvió a decir: 'Mejor, para evitar compromisos, dejo que pasen; se ve que son gente de alguna categoría.'" Acostumbré durante todo el viaje escribir cada día un pequeño apunte de las impresiones y cosas principales que íbamos viendo y nos iban sucediendo. En el camarote que ocupaba en el vapor *Liberal* iba otro pasajero peruano, el cual bajó en un punto intermedio entre Cotué e Igaraparaná. Para no estar abriendo y cerrando cada rato la maleta, dejaba debajo de la almohada la libreta del diario. Poco después de haber desembarcado aquel sujeto, fui en busca de la libreta para hacer algunos apuntes, y había desaparecido. Averigüé con los camareros si alguno sabía de ella, y me contestaron que probablemente aquel señor la habría llevado, pues ellos notaron varias veces que cuando yo no estaba en el camarote, registraba los libros de mi uso que encontraba a mano, como el breviario, etc. Un ejemplo más de que uno no puede fiarse de nadie que no conozca bien, y mucho menos viajando en tierra extraña, pues es de notar que ese señor se presentaba siempre como muy educado, y me trataba con grandes atenciones y deferencia.

Me parece oportuno referir también otro hecho que me sucedió a bordo del vapor *Liberal*. Una tarde, después de una llovizna agradable, apareció con todo su esplendor el arco iris, formando sobre el río Putumayo un poético puente de colores. Desde a bordo los principales pasajeros estábamos contemplando y comentando aquella bella visión. En esos momentos, entre espontánea e intencionadamente, dije: "Vean la bandera colombiana ostentando majestuosamente sus colores sobre el Putumayo." Al oír esto el Jefe del Resguardo de la aduana de Iquitos, me replicó: "¡Qué bandera colombiana, ni ocho cuartos; no hay riesgo de que Vuestra Reverencia la vea nunca ondear en estos sitios!" Como si me hubiesen dado una puñalada en el co-

Feracidad del Putumayo.



razón, le contesté inmediatamente: "¡Quién sabe, señor, cosas más difíciles vemos realizarse todos los días!" Entonces varios a la vez me replicaron: "Lo que es esto, le podemos asegurar que no se realizará mientras haya un peruano capaz de tomar las armas." Yo añadí a la vez: "Pues yo también les puedo asegurar que por cada peruano capaz de tomar las armas, hay un colombiano en las mismas condiciones, y no debemos olvidar que donde las dan, las toman." A fin de evitar el exacerbar el patriotismo de nadie, nos separámos del grupo con el Teniente Coronel, quien tomando pie de esta conversación, me contó las cuestiones internacionales que preocupaban al Perú. Entre otras cosas me dijo: "Nuestro verdadero enemigo, que en realidad nos preocupa y contra quien hace años nos preparamos, es Chile; con Colombia y con el Ecuador ni queremos ni debemos pelear; nuestro ejército es suficiente para enfrentarse a las dos Repúblicas juntas, a las cuales no tememos, pero no creo que llegue el caso de irnos a las manos para arreglar asuntos que deben tratarse por la vía diplomática." Haciéndome cargo de mi situación, y para no pasar los límites de la prudencia, resolví quedarme callado, aunque no sin tomar nota del estado de ánimo que aquellas conversaciones denotaban.

Dicho Teniente Coronel me dijo que muy pronto debía salir hasta Yuvineto la lancha *Callao* a relevar los soldados que había allá, y que podría irme en ella. Muy buena me pareció la idea, pues aquel trayecto entre Caraparaná y Yuvineto es muy largo y sobre todo muy mortificante para subirlo en canoa. Con esta esperanza llegámos a El Encanto. En la desembocadura del Caraparaná dejé el *bote Márquez* y cuatro de los cinco bogas. Loaisa, Curiel y otros muchos conocidos, peruanos y colombianos, me recibieron muy bien.

VI

Por última vez en El Encanto—Despedidas y regalos—Fin funesto de Curiel. Misa con abanico—Corridos por los zancudos—Pesca inesperada—Centinelas dormidos—Disparos misteriosos—El gran "amarón"—Saetas vivientes. Zabullidos en el río—Sitio de los crueles recuerdos—Enorme cantidad de huevos de charapa—Segunda vez en Yuvineto—Un hermoso rey de los felinos.

Lo primero que hice al llegar a El Encanto fue averiguar cuándo saldría la *Callao* para Yuvineto. El Teniente

Coronel y el señor Loaisa casi me aseguraron que sería el día siguiente, pero desgraciadamente muy pronto el Comandante del *Liberal* me desilusionó, diciendo que era imposible que la *Callao* fuera a Yuvineto antes de reunir la carga para el vapor; además, manifestó que tendría que ir antes que a Yuvineto hasta la desembocadura del Igaraparaná a dejar la carga de El Encanto, que el vapor no podía esperar ahora, y que al regreso de La Chorrera la recogería en el punto indicado.

Estas razones me hicieron perder toda esperanza de subir con lancha hasta Yuvineto, y por lo mismo resolví irme cuanto antes en canoa, a fin de no perder tiempo. Compré algunos víveres que nos hacían falta para el viaje. Saqué pasaportes par mí y para los bogas en la Comandancia del Sector Militar, a fin de que no tuviéramos dificultad alguna en Yuvineto, pasaportes que me expidió el fatídico Capitán Curiel. Me despedí de todos los conocidos, y el 19 de octubre dejámos el puerto de El Encanto, que tántos desencantos tuvo para nosotros. El señor Carlos Seminario, empleado de la casa Arana, que en el mes de mayo nos acompañó a visitar a los Padres Franciscanos de San Antonio, me obsequió para el viaje bastantes latas de conservas y aceite español. Los colombianos, tanto los que estaban en El Encanto como los que vivían más abajo en las orillas del Caraparaná, nos regalaron gallinas y víveres, al mismo tiempo que nos expresaban su pena por las dificultades y contratiempos que habíamos sufrido. Antes de dejar definitivamente a los peruanos, creo de justicia hacer constar que en el vapor *Liberal* no sólo el Comandante sino toda la tripulación en general, y los mismos pasajeros, nos trataron muy bien; sobre todo el Comandante se esmeró en llenarme de atenciones, obedeciendo seguramente a la recomendación del señor Julio Arana. Varias veces, como prueba de especial estimación, hizo servir la comida a los dos solos en su camarote, haciéndola preparar más esmeradamente que para los demás pasajeros. Me complazco pues en hacer constar mi reconocimiento por todas esas atenciones.

Respecto al Capitán Curiel, instrumento principal de nuestros desastres, no será por demás hacer notar que su fin fue de lo más desastroso que podía haber para un pobre mortal. En 1921, junto con el Capitán Cervantes, encabezaron la revolución del Departamento de Loreto contra el

poder central de Lima. Al ser derrotados por la fuerza del Gobierno legítimo, se refugió en el Napo ecuatoriano, y allí murió asesinado de la manera más villana, a fines de 1922. ¡Que Dios Nuestro Señor le haya perdonado todos sus disparates!

El 20 de octubre, después de haber administrado el santo bautismo, en la desembocadura del Caraparaná, a algunos niños hijos de colombianos, emprendimos nuevamente marcha en nuestro *bote Márquez*. Entonces nuestros fieles bogas de Puerto Asís volvieron a lucir sus habilidades, con la desventaja para todos, que ahora nos tocaba aguas arriba, y por consiguiente el tiempo en recorrer las distancias se nos duplicaba, y a veces triplicaba, y también los moscos nos triplicaban los tormentos, por cuanto el roce de la canoa y palancas de los bogas en las orillas del río, levantaban nubes de jejenes durante el día; y el no poder andar de noche nos obligaba a aguantar la música y las picaduras de los crueles zancudos. Para poder celebrar la santa misa, tuvimos que volver al método de poner un peón que espantara a los jejenes, que con una pertinacia desesperante se prendían a chupar sangre al propio tiempo que producían una comezón desesperante en mi pescuezo, cabeza y manos.

Una tarde llegámos al borde de un pedazo de monte muy bonito, y resolvimos construír rancho para pasar allí la noche; mientras duró la luz del día estuvimos muy tranquilos y contentos, pero así que empezó la oscuridad de la noche, se nos vino encima una cantidad tal de zancudos, de los que cantan fino y pican duro, que por allá a media noche, cansados y aburridos de golpearnos para espantar esas diminutas fieras, y también desesperados por el ardor que nos producían sus piquetes inmisericordes, sin que alcanzara a defendernos la ropa que nos cubría, todos fuimos de parecer que era preferible seguir viaje río arriba, aun exponiéndonos a algún percance ocasionado por la oscuridad de la noche, que no seguir aguantando aquel torturador suplicio. Así lo hicimos. En aquella hora intempestiva embarcámos todo lo que habíamos sacado al monte para seguir la marcha; pero casi siempre en este mundo las penas van mezcladas con las alegrías; al ir a desatar la canoa para empezar a andar, uno de los bogas quiso recoger un anzuelo bagrero que había echado al agua con un corazón

de paujil al acostarnos, y notando que no seguía con facilidad empezó a tirar duro del volantín que lo sujetaba, y su sorpresa y la alegría de todos fueron grandes al ver que estaba prendido un bagre que medía, por lo menos, dos metros de longitud; todos con gran presteza, ayudados de la luz de la lámpara, contribuímos a rematarlo y embarcarlo en la canoa. Al amanecer lo desollamos en una bonita playa, y nos dio unas ocho arrobas de sabroso alimento, que buen servicio nos hizo en aquellas soledades donde el viajero no se puede proveer sino con buenas armas de cacería y adecuados aperos de pesca.

En once jornadas llegámos a Yuvineto; al principiar nuevamente nuestro viaje en canoa no dejamos de tener cierto temor de que tal vez pudiéramos ser víctimas de algún asalto nocturno de los salvajes o de indios mal aconsejados; para evitar alguna sorpresa, resolvimos que siempre quedara en guardia uno de los bogas, mientras los demás dormíamos; pero por más que repetidas noches intentámos poner en práctica nuestro deseo, nunca lo pudimos conseguir, porque al poco rato de estar velando, el centinela quedaba más profundamente dormido que los demás, debido al cansancio del día. Algunas veces desperté en aquellas noches, y quise comprobar si efectivamente había quien vigilara, y nunca encontré boga que no roncara con gran satisfacción. Viendo que era inútil intentar la vigilancia nocturna, desistímos de nuestros propósitos, entregándonos confiados en las manos de la Providencia. Un día de esos, cuando precisamente pasábamos por uno de los lugares más distantes de donde pudiera encontrarse gente civilizada, el práctico Vargas disparó a unos patos; a los pocos momentos oímos otro tiro dentro del monte; le ordené que disparara nuevamente, por si acaso el que contestó fuera alguno que anduviera perdido en la montaña. Así lo hizo, y también a los pocos minutos volvimos a oír otro disparo, como antes. Disparamos nosotros por tercera vez, y por tercera vez nos correspondieron. Esto nos hizo entrar pronto en sospechas y comentarios de que tal vez nos seguían. A la media hora ordené que se hiciera otro tiro, y a los cinco minutos obtuvimos también respuesta, como en las veces anteriores. Después de discurrir sobre lo que sucedía y si podía tener o nó consecuencias para nosotros, resolvimos pasar unos dos o tres días, sin hacer disparo

alguno, a fin de evitar que se orientaran, si es que en efecto nos seguían o vigilaban.

Un percance digno de anotarse nos ocurrió en el trayecto entre Caraparaná y Yuvineto: una mañana lluviosa, triste y fría, con aquel frío que en esas regiones produce la humedad, subíamos por la orilla del río, llena de palos secos, ramas y barro. El Capitán Ferrín divisó una cosa negra, parecida a un gran pez que tuviera el cuerpo fuera del agua, y la cabeza y la cola escondidas en la misma; buscó la carabina para dispararle, y cuando estábamos ya muy cerca de aquel objeto y Ferrín apuntándole, el práctico Vargas dio un grito angustioso a media voz, como quien teme hacer ruido, diciendo: "No dispare, es el gran amarón (boa), que nos puede voltear la canoa." Al oír esto, todos asustados dirigímos la vista hacia aquel objeto, y pudimos contemplar, entre curiosos y temerosos, una enorme boa, de diez a doce metros, que parecía dormir el sueño que les produce la digestión de los grandes animales que devoran. La cabeza estaba debajo de nuestra canoa; lo que se veía en la orilla era un pedazo de su cuerpo, y nos tocaba pasar por encima de su parte posterior, si no queríamos regresar aguas abajo, lo cual nos habría hecho perder unas cuatro horas de viaje. No hay que decir que pasámos con todas las precauciones del caso, para no turbar el sueño de aquel monstruo, que con sólo rebullirse habría podido voltearnos la embarcación y estrangular y tragarse a algunos de nosotros. Así que habíamos dejado atrás unos diez metros aquella compañía tan poco grata, y comentábamos animadamente el peligro que acabábamos de pasar, uno de los bogas punteros, sin darse cuenta, tocó con su palanca un nido de avispas bravas, de aquellas que se echan como flechas sobre lo que atacan. Tocar el avispero y echarse encima de nosotros una multitud de aquellas saetas vivientes y encendidas, fue una sola cosa. Como el dolor de esas picaduras es insoportable, los bogas no encontraron otro recurso para defenderse que zabullirse en el río, y así lo hicieron todos, sin acordarse de la peligrosa vecindad de la boa, excepto dos que se quedaron sosteniendo la canoa. Yo me defendí a sombrerazos y encerrándome en el rancho del bote, pero siempre alcanzaron a enredarse algunas en mis barbas, y tuve que luchar un buen rato para aplastarlas, antes de que consiguieran clavar su aguijón en mis carrillos.

Con todos estos afanes, los dos bogas que habían quedado gobernando la canoa ya no podían dominarla, e iba dando la vuelta hacia el lugar donde dormía la boa de que acábabamos de librarnos. Al ver que para librarnos de las llamas avispales, íbamos a caer en aquella inmensa brasa culebral, grité con energía a los que estaban en el agua que no fueran cobardes y ayudaran a salir pronto de aquellos lugares donde tan mal nos recibían y trataban.

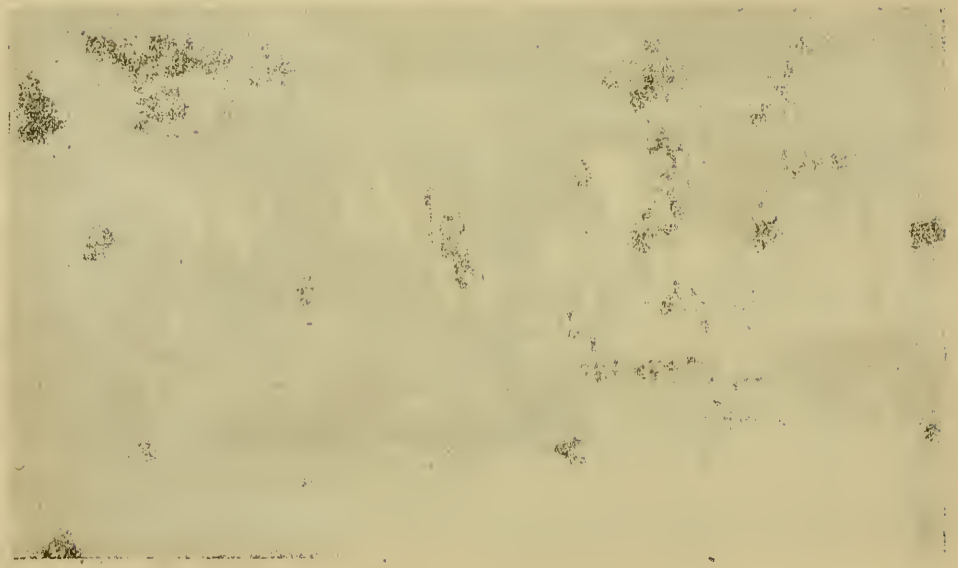
Haciendo de tripas corazón, como vulgarmente se dice, se embarcaron nuevamente y empujaron con tal energía, que muy pronto estuvimos lejos de aquel sitio, que bautizámos con el nombre de *Los Crueles Recuerdos*. En la primera playa a que llegámos, saltámos a reponernos de los grandes sustos que acabábamos de pasar; pero los pobres punteros sufrieron algo más que sustos, ya que los piquetes recibidos se les enconaron de tal manera que les produjeron grandes chupos, al mismo tiempo que fuertes dolores, hasta el punto de impedirles trabajar todo aquel día; les apliqué algunos remedios, con los cuales se aliviaron, y al día siguiente pudimos continuar el viaje.

Nos entreteníamos a veces en buscar nidos de charapas en las grandes playas. Encontrámos muchos, algunos hasta de ciento cincuenta huevos; alcanzámos a llenar una tercera parte de la canoa; y por fin aburridos de tánto comer y ver huevos de tortuga, los votámos al río y lavámos bien la canoa.

El 30 de octubre pasámos nuevamente por Yuvineto, y todavía estaba allá de Jefe el supuesto Valdés Ramos; esta vez nos recibió mejor y hasta nos invitó a pasar la noche en su casa, oferta que no aceptámos, a pesar de que eran las cinco de la tarde cuando salimos de aquel lugar. Presenté los pasaportes que en El Encanto nos dio Curiel, y aquel día anduvimos hasta las doce de la noche. El 7 de noviembre arribámos a la boca del Caucaya o istmo de La Tagua.

Entre el Caraparaná y el Caucaya, debido a que en todo ese trayecto no vive alma humana, si exceptuamos los pocos soldados de Yuvineto, con frecuencia interrumpían la monotonía del paisaje y de nuestra vida fluvial manadas de animales, que a veces chimbando el río, otras haciendo ruido en las orillas del monte o encaramados en las copas de los grandes árboles, nos proporcionaban un rato de solaz,

Fiestas en Puerto Asís. Esperando la lancha.



corriendo en su persecución, a veces dando buena cuenta de ellos; y otras, sin otro resultado que perder infructuosamente el tiempo. Algunos días matábamos tres o cuatro puercos jabalíes, de los que andan en grandes manadas, y que por acá llaman *manaos*. Con mucha frecuencia podíamos disparar a los monos de distintas clases que amenizan aquellos bosques seculares. Paujiles y pavas eran la comida más común. Hasta un grande y hermoso tigre quiso que Ferrín y Benjamín ensayaran en su bello bulto la incierta puntería. Una tarde muy hermosa, a la hora en que el sol trataba de ocultarse entre las copas de los frondosos y altísimos árboles, apareció sentado en un gran palo seco de la orilla un soberbio ejemplar del rey de los felinos, mirando el río en actitud meditabunda, como si no acabara de resolverse a pasarlo; subíamos en la canoa por el mismo lado donde él estaba; lo alcanzámos a ver a una distancia de cincuenta o sesenta metros, y nos parámos a contemplarlo un buen rato; ordené que alistaran las carabinas y dispararan tan pronto como él intentara privarnos de su vista; pero lejos de esto, no se daba por entendido, y a pesar del ruido que hacía la canoa subiendo, permanecía en la misma posición; al llegar a veinticinco metros de donde él estaba, hice parar la canoa y di orden de que apuntaran las dos carabinas a la vez y de que hicieran fuego; ni el ruido de los dos disparos, ni el silbido de las balas, que debieron pasar muy cerca de su hermosa piel, consiguieron hacerlo mover; ordené que dispararan por segunda vez, y entonces dio un brinco, se estiró desperezándose y se metió en el monte a paso lento, y mirando de soslayo, como si fuera a prepararse para tomar la revancha. El práctico Vargas nos dijo en esta ocasión que cuando se anda en el monte de cacería y se topa un tigre de aquella clase, no se le debe disparar si no se está muy seguro de inmovilizarlo del primer balazo; de lo contrario, el cazador debe prepararse a luchar con él mano a mano, porque lo primero que hace al sentirse herido es atacar al que lo hirió. Estuvimos un buen rato mirando si salía a embestirnos, puesto que la actitud con que se fue no era de susto sino de coraje y de ganas de vengarse.

VII

Convaleciendo en el Caucaya—Todos enfermos—"Si mala muerte os di, buena sepultura os preparé"—Llegada a Güepí—Emocionante encuentro de Vargas con sus hijos—Leña para la lancha—Otra vez en Yocoropuí—"Usté derecho dueño Putumayo"—Puerto Asís a la vista—"¡Viva Puerto Asís y sus colonos!"—Te Deum en acción de gracias—Cariñosa serenata—Banquete familiar—Separación de los bogas—Protestas en Colombia—Llegada a Sibundoy—Muestrario comercial—Datos interesantes.

En el Caucaya tuvimos que parar un día, esperando convalecieran el capitán Ferrín y el camarero Nabor Benavides, de unas fuertes fiebres que hacían dos o tres días les habían atacado. Con los remedios que les hice en dos días, conseguí cortales la enfermedad, y el 9 de noviembre pudimos continuar el viaje. Casi todos nos encontrábamos enfermos, unos de fiebre y otros del estómago, que se nos descompuso a causa de la gran humedad que hacía tánto tiempo soportábamos de día y de noche. Muchas veces nos tocó dormir en la canoa, por no encontrar tierra seca dónde hacer rancho, a causa de las grandes crecientes del río. Estas mismas crecientes nos impedían andar con presteza, pues había jornadas enteras en que los bogas solamente podían mover la canoa cogiéndose de las ramas de los árboles y apoyando las palancas en los troncos secos que se veían en las orillas. Cuando la creciente es grande, cada vez que hay necesidad de chimbar el río para poder subir con más comodidad, la canoa retrocede grandes trechos, que en las partes anchas del río a veces llegan a kilómetros. Gran servicio me hizo en esos días, en que tánto sufrí del estómago, el aceite que el peruano Seminario me regaló en El Encanto. Pasé semanas enteras sin probar otra comida que pan untado de aceite y espulverizado con sal. Cada vez que sentí alivio con alguna de las cosas que nos regalaron los peruanos, acudía a mi memoria aquel dicho: "Si mala muerte os di, buena sepultura os proporcioné," parodiándolo en esta forma: "Si grandes trabajos y enfermedades os causámos, buenos remedios os dimos."

La esperanza de llegar pronto a Puerto Asís nos hacía sacar fuerzas de nuestro agotamiento físico; todos deseábamos con delirio llegar al término de nuestro viaje, los bogas para ver y consolar sus familias, y yo para sacar de angustias a Vuestra Reverendísima.

El 11 de noviembre llegámos a Güepí; allí tuvimos ya algunas noticias de Puerto Asís y de los preparativos que habían hecho para recibir la lancha. En aquel lugar administré algunos bautismos y seguímos sin interrupción el viaje. En Tapacuntí, Vargas encontró a sus hijos, después de ocho meses de separación. Escena conmovedora fue aquélla; los niñitos lo abrazaban, llorando de emoción, y él, sin poder tampoco contener las lágrimas, los cargaba y llenaba de besos y caricias. Todos comprendimos que ese espectáculo no era más que una imagen de lo que pasaría a los demás al llegar al seno de sus respectivos hogares; y sólo con imaginar lo que les esperaba, no podían ocultar su emoción, y aun contra su voluntad no pudieron menos de juntar sus lágrimas con las del compañero de viaje, participando de este modo de su justa alegría. En Tapancutí administré también algunos bautismos y confirmaciones.

El 14 de noviembre arribámos a La Concepción, donde encontrámos en tres casas recién edificadas una familia de blancos y tres de indios incas. También vimos allí tres montoncitos de leña preparados para la lancha, que nos renovaron la justa indignación contra los peruanos. En este lugar nos demorámos el tiempo necesario para administrar tres bautismos y tres confirmaciones, y seguímos río arriba con la mayor ligereza que pudimos. El 17 estábamos en Yocoropuí. Los indios nos recibieron con muestras de gran cariño y alegría; nos contaron muchas cosas de Puerto Asís, y me dijeron que estaban muy tristes porque creían que "ya no más mirando Taita Pagre Daspar; usté Taita Pagre derecho dueño Putumayo, otro nosotros no quiere, usté sí mucho quiere," y otras cosas por el estilo, que son prueba evidente que muchas veces la aparente indiferencia y frialdad de los pobres indios depende más de la falta de cultura que de la de sentimientos. En Yocoropuí administré también en esa ocasión algunos bautismos y confirmaciones. Al día siguiente de nuestra llegada, después de la santa misa que oyeron todos los indios, hice a cada uno un pequeño obsequio, y seguímos nuestra marcha con intención de ponernos en Puerto Asís en dos días. Lo conseguímos, llegando el primero a la confluencia del Cuembí, en casa de Abel Guerra, donde pasámos la noche; y el 19 de noviembre, a las siete, arribámos al puerto deseado, de donde con tántas esperanzas habíamos salido el 3 de abril.

Como nadie tenía noticia de que estuviéramos cerca, y mucho menos sospechaban que llegáramos aquel día, nuestro primer intento fue esperar a que adelantara la noche y entrar calladitos, sin que nadie se diera cuenta hasta el día siguiente; pero era tan grande el deseo que teníamos de llegar y la alegría que nos embargaba, que no pudimos esperar. Así que estuvimos a la vista de la colonia, disparámos los pocos tiros de carabina que nos quedaban. Los bogas acompañaban cada disparo con estruendosos gritos de satisfacción. Al principio los de Puerto Asís creyeron que serían cazadores, y no hicieron caso, pero observando que los tiros se repetían y que iban acompañados de fuertes voces, empezaron a poner atención, y pronto conocieron a los bogas por la voz. Al instante hicieron correr la noticia de que llegaban los bogas del Padre Gaspar y el doctor Márquez; lo cual fue causa de que pronto estuvieran en el desembarcadero todos los vecinos de la colonia. A medida que nos íbamos acercando al puerto, los bogas menudeaban más los gritos de ¡Viva Puerto Asís! ¡Viva el Reverendo Padre Gaspar! ¡Vivan los colonos!, vivas que eran contestados con entusiasmo por los que esperaban en la orilla. Como no creían que yo subiera en canoa por el Putumayo, cuando los bogas gritaban: ¡Viva el Reverendo Padre Gaspar!, los de tierra contestaban: "¡No está acá!" Los bogas agregaban: "¡Nosotros lo traemos!", pero como era absoluta la convicción que tenían de la imposibilidad de mi regreso en canoa por el Putumayo, decían: "¡No lo creemos hasta que lo veamos! ¡Si vino el Padre, que hable para que nos convenza!" En esos agradables alegatos atracámos puerto. Ahí fueron los saludos afectuosos y las curiosas preguntas de parte de los que llegábamos y de parte de los que nos volvían a ver. Nos dirigímos todos a la iglesia a cantar un Te Deum y una Salve a la Divina Pastora, patrona de nuestra Misión, en acción de gracias por haber podido regresar a Puerto Asís. Durante el trayecto del puerto a la iglesia, algunos me pasaban la mano por la espalda y los brazos, y decían: "Lo vemos y lo tocamos y casi no lo creemos; nos parece un sueño que esté nuevamente con nosotros." Después de dar gracias a Dios, les invité desde el altar a que asistieran todos a una misa que a los dos días se cantaría en acción de gracias por haber podido volver; entonces les explicaría detalladamente todo lo que nos ha-

bía pasado, y con esta promesa logré que se retirara la gente aquella noche, no sin que pronto volvieran a obsequiarnos con una serenata de cantos, con acompañamiento de requintos y guitarras.

Como suponía las angustias y ansiedad en que estaría Vuestra Reverendísima, mi primer cuidado al llegar a Puerto Asís fue ponerle telegrama, avisándole nuestro arribo y pidiéndole me enviara caballerías a Umbría, para seguir pronto a Sibundoy a darle cuenta de todo lo sucedido. La contestación me hizo comprender que no me había equivocado al juzgar su estado de ánimo, pues estaba concebida en los siguientes términos:

"Felicítolo por su llegada. ¡Bendito sea Dios! ¿Dónde se halla el doctor Márquez? Lunes próximo llegarán bestias Umbría."

El día señalado cantámos la misa en acción de gracias, y al concluír expliqué extensamente a todos los presentes, que eran la colonia entera, lo que nos había acontencido desde que salímos de Puerto Asís. Al oír el relato, la indignación contra los peruanos se apoderó de sus ánimos. En esos momentos todos habrían querido ser soldados para ir a abrir paso a las naves brasileras y vengar la ofensa que conjuntamente se hizo al Brasil y a Colombia.

En Puerto Asís me enteré de las angustias y sufrimientos que pasó Vuestra Reverendísima en los dos meses que allí nos estuvo aguardando; del sinnúmero de dificultades que tuvo que vencer para aprontar los setecientos bultos de víveres destinados a cargar la *Yaquirana*, y que cuando nosotros llegámos, se estaban ya deteriorando; de las gestiones que hizo ante el comercio de Pasto para que remitiera carga; de los inconvenientes con que tropezó para hacer componer el camino, que en algunos puntos ya no daba paso. Asímismo nos explicaron los preparativos que habían hecho para nuestro recibimiento; la indignación que se apoderó de todos, cuando sospechaban que los peruanos serían la causa de que no llegara la lancha brasilera; y las protestas que levantaron ante el Gobierno de Colombia, protestas que tuvieron eco elocuente en el mismo Senado de la República por medio de una enérgica proposición aprobada por unanimidad, y reproducida poco después en la prensa de Quito, como señal de solidaridad con Colom-

bia en sus justas quejas y reclamos contra el Perú. Otras muchas cosas nos contaron que nos convencieron de que mientras nosotros estábamos en Manaos venciendo grandes dificultades, Vuestra Reverendísima afrontaba tal vez otras mayores en Colombia.

Cuatro días permanecí en Puerto Asís restableciéndome un poco de los quebrantos de salud sufridos en los treinta y un días que gastámos del Caraparaná a esa colonia. Todos los que conocían ese trayecto se admiraban de que en tan poco tiempo lo hubiéramos recorrido. Los que habían andado por aquellos sitios en tiempos en que se hacía algún comercio entre Nariño y Caraparaná, me dijeron que en canoa grande como la nuestra no gastaban menos de sesenta días. Ciertamente, nosotros a veces anduvimos trayectos más largos de subida que cuando bajámos, lo cual se explica por las excelentes cualidades de los bogas, y sobre todo por el deseo vehementísimo que teníamos ellos y yo de llegar pronto a Colombia, deseo que nos centuplicaba las energías.

El lunes 25 de noviembre salí de Puerto Asís en dirección a Sibundoy. En aquella colonia dejé ya en el seno de sus familias a los fieles bogas hacia quienes conservo gratitud profunda y estimación sincera, puesto que todo el tiempo que me acompañaron, y en todos los lugares donde estuvimos, se portaron dignamente, al mismo tiempo que nos prestaron servicios inapreciables. ¡Que Dios Nuestro Señor y la Divina Pastora, bajo cuya protección especial nos colocámos durante aquella difícil época, les recompensen con creces su buena voluntad, grandes sacrificios y penalidades sin cuento de todo orden, que animosos y contentos sufrieron conmigo! Como prueba de gratitud, el día antes de mi salida de Puerto Asís, que fue domingo, los obsequié a todos cinco en el convento con un banquete que podríamos llamar familiar, en el cual me esmeré en atenderlos lo mejor que pude, recordándoles los buenos servicios que ellos me habían prestado durante los ocho meses que formámos como una familia ambulante, por lugares desconocidos para todos y llenos de peligros.

El 30 de noviembre tuve el consuelo de abrazar nuevamente en Sibundoy a Vuestra Reverendísima, acto que consideré como el complemento de las satisfacciones que experimenté al llegar de nuevo al seno de la Misión. Allá

Vista del pueblo de Sibundoy.

conversámos largamente de todo lo sucedido, entregué a Vuestra Reverendísima un muestrario bastante completo de artículos comerciales, con sus precios, en la plaza de Manaos, le suministré todos los datos que creí de algún interés, algunos de los cuales le sirvieron inmediatamente para contestar ciertos escritos insidiosos de la prensa liberal de Nariño. Tratámos también de la manera como se podría evitar la pérdida completa del cargamento de víveres reunidos en Puerto Asís. Por desgracia, ninguna de las medidas que se nos ocurrieron fueron eficaces para impedir el malogro total de aquellos valiosos intereses.

Lo que después ha sucedido: el ningún resultado, por lo menos hasta el presente, de la reclamación establecida, lo conoce más Vuestra Reverendísima que yo, ya que como digno jefe de la Misión le ha tocado activar aquellos asuntos.

CONCLUSION

¿Se puede decir que nuestro viaje fue del todo infructuoso? No lo creo; por el contrario, estoy firmemente persuadido que produjo ventajas no despreciables. En primer lugar, las que ofrece el conocer prácticamente las condiciones de Manaos y del Amazonas en general: artículos que se puedan exportar e importar con buenas utilidades; y cuáles no reúnen esas condiciones; medidas preventivas que habría que tomar para que los efectos lleguen allá en estado de poder competir con los de su clase, importados de Europa y otras partes; tipo de embarcación que debería adoptarse para evitar varadas y contratiempos en los ríos; lugares donde habría que estacionar gente para proveer de combustible a las lanchas; y así por el estilo otros muchos conocimientos prácticos que sólo se pueden adquirir sobre el terreno, y que son esenciales para el buen éxito de una empresa de esta clase.

También en el orden internacional creo que produjo beneficios nuestro viaje. La exacerbación de los ánimos al saberse en Colombia y el Brasil las arbitrariedades del Perú; la mayor atención que estos sucesos provocaron en el comercio del Amazonas y de Colombia sobre esa nueva vía, que podría abrirse a las justas aspiraciones de ambos países, y muchos datos que el Gobierno recibió sobre aquellas regiones, es de suponer que no dejarían de influír en

el adelantamiento del tratado de límites que se intentó con la Administración Pardo, y que junto con ella fracasó, así como en el que se firmó en Lima el 24 de marzo de 1922, que según decires de los que lo conocen, pone fin de manera decorosa al secular litigio de fronteras entre Colombia y el Perú. Amén de otras muchas ventajas que no pueden escaparse a la perspicacia de los que se interesan por la mejor suerte de esas importantes regiones, tan codiciadas a la vez que abandonadas, como también por la de sus infelices moradores, que sin duda son dignos de participar con mayor abundamiento de los beneficios de la civilización cristiana.

Antes de poner puto final a esta larga relación, creo oportuno manifestar que a mí no me sorprendió ni desanimó el resultado adverso de aquella magna empresa. Por el contrario, aquel resultado es para mí prueba convincente de que la obra es buena y por lo mismo necesita muchos y grandes sacrificios. Nos enseña la experiencia que todas las obras de trascendencia para gloria de Dios y bien de las almas, sufren grandes contrariedades y hasta fracasos antes de poderse llevar a cabo. Convencido como estoy del bien inmenso que la navegación del Putumayo produciría a miles de salvajes, que yacen en la esclavitud e ignorancia más espantosas, se me hacía raro que todo nos saliera tan bien al principio. Recuerdo que varias veces dije al doctor Márquez que esperaba como cosa segura grandes contratiempos, precisamente porque veía la bondad de lo que teníamos entre manos. Estaba firmemente persuadido de que el infierno entero no dejaría de mover todas sus baterías y escuadrones para impedir su pronta realización. Esta convicción fue una de las causas que más me impulsaron a no dejar separar al doctor Márquez, cuando él quería irse a Bogotá desde Manaos, por vía distinta. Tengo fe firme y absoluta en las saludables consecuencias de la navegación del Putumayo para gloria de Dios y salud de miles de almas. Estoy dispuesto a sacrificarme nuevamente y hasta dar la vida, si es necesario, para que la luz del Evangelio entre a raudales a iluminar las torvas inteligencias, y la Divina Gracia a fortalecer las embrutecidas voluntades de tántos infelices salvajes que moran en la región del Putumayo, ya que éste fue el fin principal que me propuse, cuando con insistencia pedí venir a entregar a Dios mi

vida y actividades en estas regiones que amé antes de conocer, y cuyo conocimiento ha aumentado en mí el cariño y afecto, precisamente porque en ellas moran miles de seres desgraciados, cuya redención física, moral y sobrenatural necesita de grandes sacrificios y sobrehumanos esfuerzos.

La libre navegación del Putumayo allanaría muchas de las dificultades que ahora parecen y en realidad son insuperables. ¡Quiera Dios concederme la dicha de ver realizada esta magna obra y contemplar cómo la Divina Pastora, recientemente declarada por la Santa Sede Patrona principal de la Prefectura Apostólica, apacienta todas las almas que andan diseminadas en estas inmensas selvas.

Creo haber dado cumplimiento a la orden de Vuestra Reverendísima de escribir por extenso lo que nos sucedió en el viaje a Manaos.

Bendígame y reciba los respetuosos homenajes de su súbdito e hijo en Jesucristo, que mucho lo aprecia.

Fray GASPAR DE PINELL,

Capuchino Misionero Apostólico.

INDICE

Págs.

División del informe 3

INTRODUCCION

I—Quién es el doctor Márquez 5
II—Preparativos de viaje en Pasto 6
III—Visita a San Andrés—El Hermano Leonardo, Marista 7
IV—Preparativos en Sibundoy y viaje hasta Puerto Asís 8
V—Permanencia en Puerto Asís y últimos preparativos de viaje 10

PRIMERA PARTE

DE PUERTO ASÍS A MANAOS

I—Salida de Puerto Asís y primeros días de viaje 12
II—Yocoropuí 13
III—Mama Cristina 14
IV—De Yocoropuí a Tapacuntí—Furiosa tempestad 15
V—Tapacuntí 16
VI—Güepí—Visita a unas tribus huitotas—Algo sobre sus costumbres. 17
VII—El maguaré 25
VIII—De Güepí al istmo de Caucaya—Tagua—Visita al Caquetá 27
IX—Del Caucaya al Caraparaná—Entrada a la zona ocupada por el Perú 28
X—Entrada al Caraparaná—*El Encanto*—Visita a los Padres Franciscanos en San Antonio—Censo de la población indígena del Caraparaná e Igaraparaná—Algunas costumbres de los indios—Curiosidad que despertó nuestra visita en aquellos sitios 35
XI—Del Caraparaná al Amazonas—Región desierta y causas que impiden colonizarla—Canoas de tribus no conquistadas—Encuentro trágico-cómico con Samuel Rogeroni—Entrada en el Putumayo colonizado por el Brasil—Puesto fiscal brasilero—Continuación del viaje en lancha brasilera—Indios del Igaraparaná en el Brasil—Nostalgia de sus tribus y su regreso—Llegada al Amazonas 44
XII—Distancias del río Putumayo—Sus principales afluentes—Trochas comerciales y estratégicas—Censo etnográfico—Facilidad con que los indios vencen las dificultades que ofrece el andar por las selvas vírgenes 50
XIII—De la confluencia del Putumayo a Manaos—Diversos nombres del Amazonas, Putumayo y Caquetá—Encuentro con el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico del Alto Solimoes—División eclesiástica del Estado del Amazonas—Seguridad de conseguir lancha en Manaos—Motores que enseñan a remar—Recibimiento de Obispo—Entrada a Ríonegro—Llegada a Manaos y pérdida del equipaje 54

SEGUNDA PARTE

NUESTRA PERMANENCIA EN MANAOS—DE MANAOS AL CARAPARANÁ Y DE ESTE PUNTO A MANAOS, EN LA LANCHA «YAQUIRANA»—SEGUNDA PERMANENCIA EN MANAOS

Págs.

I—Cuatro palabras sobre Manaos y el Estado del Amazonas..... 62

II—Nuestras primeras diligencias en Manaos—The Amazon River y sus líneas fluviales—Conducta digna de gratitud del señor José Vaz D'Oliveira—Ansiedad por la demora en las comunicaciones cablegráficas y alegrías que éstas nos proporcionaban—Tiempo que se gastaría de Europa y Norte América a Manaos y Puerto Asís y viceversa—Costo por tonelada entre esos puntos..... 64

III—Ultimas diligencias y dificultades para recibir recursos—Gran crisis en Manaos y todo el Estado del Amazonas—Propaganda a favor de artículos colombianos y de la navegación del Putumayo—Artículos colombianos que no sería negocio exportar—Abundancia de ganado en la región de Ríoblanco—Terrible fiebre palúdica..... 70

IV—Contrato de la lancha que debía subir a Puerto Asís—Recibo de recursos—Amigable alegato—Dificultades de última hora..... 74

V—Visitas a las bibliotecas y museos—Información sobre el Caquetá, el Putumayo y otras regiones amazónicas—Ejemplos que nos estimulaban—Instrucción religiosa de los colombianos e ignorancia catequística de algunos moradores del Amazonas—¿Qué es la santa comunión?—Agricultura en el Amazonas—Colonización e inmigración—Visitas de Julio Arana—Nombres y apellidos en el Brasil—Títulos honoríficos—Respeto y tolerancia religiosos—Práctica edificante..... 77

VI—De Manaos al Caraparaná—Visitas a Teffé y Tonantins—Encuentro con los compañeros de viaje—Reloj viviente y su fin trágico—Sastre improvisado—Entrada al Putumayo ocupado por el Perú—Inesperado encuentro con la *Callao*—*Bote Márquez* destrozado—Se nos obliga a arribar a *El Encanto*..... 86

VII—Permanencia forzada en *El Encanto*—Pánico disimulado en la empresa Arana—Objeto del viaje de la *Callao*—El señor de Loaisa—Visita a la *Telefuncke*—Respuestas evasivas de Curiel. Alegatos infructuosos—Atenciones simuladas de la Casa Arana. Notas cruzadas entre el Capitán peruano y el Comandante brasilero—Radiogramas a Manaos e Iquitos—Protesta formal contra el Gobierno del Perú, a bordo de la *Yaquirana*..... 93

VIII—De *El Encanto* a Manaos—Conflicto internacional inminente. Escoltados por la *Callao*—Justa indignación en el Brasil—Nuevo acceso de fiebre—Sensación en Manaos y protestas de la prensa. Se ratifica la reclamación ante las autoridades federales..... 100

IX—Viaje del doctor Márquez a Río de Janeiro y Lima—Mi permanencia en Manaos—Informe a Vuestra Reverendísima—Sensible separación—Gestiones para salir pronto de Manaos—Elección de vía para el regreso—Vía Putumayo como mal menor. Visita y servicios de Julio Arana—Radiograma de Iquitos y carta del señor Arana—Fecha en que el vapor *Liberal* sale de Iquitos. Inspiración del ángel de la guarda—Arana sigue la pista de las

Págs.

gestiones de la Misión para establecer la navegación del Putumayo—Suposiciones sobre influencias de Arana—Gestiones de Arana para valorizar su empresa..... 103

X—Oliveira, nuestro apoderado—Armisticio europeo—Radiograma del doctor Márquez—Período álgido de la crisis del Amazonas. Bogas en la cárcel—Desaparición del práctico Vargas—Motivos que nos impelían a salir pronto de Manaos—Ansiedad en Puerto Asís—Las Cancillerías de Colombia, Brasil y Perú preocupándose de nosotros..... 109

XI—Lo que hicimos a bordo de la *Yaquirana*—Rumbos y dibujo del Putumayo—Colombianos en el Amazonas—Treinta y ocho hijos y diez y ocho nietos—Creyendo ser brasilero, sin renegar de Colombia - Distancia en millas náuticas de Manaos a Iquitos, Cotué y puntos intermedios—Ciudades, pueblos y caseríos del Amazonas—Grandes afluentes del mismo—Bocas del Caquetá—Dificultades que ofrece para la navegación..... 112

XII—Sigue lo que hicimos en la *Yaquirana*—Tripulación legal de las lanchas fluviales en el Estado del Amazonas—Cinco clases de embarcaciones—Tripulación de la *Yaquirana*—Qué es una jangada—Ocios de a bordo—Comparación de distancias y fletes de Europa y Norte América a Pasto, entre las vías de Tumaco y Manaos—Fin trágico de la *Yaquirana*—Informe al Nuncio del Brasil..... 115

TERCERA PARTE

DE MANAOS A PUERTO ASÍS, Y ALGUNAS COSTUMBRES Y DATOS SOBRE EL AMAZONAS

I—De Manaos a la desembocadura del Putumayo—Victoria que se convirtió en derrota—Fiesta de nuestro Padre San Francisco en Tunantins—Compostura del *bote Márquez*—Las *charapas* del Amazonas—Su utilidad—Su pesca-caza—*Tabuleiros*—Llegada a Puerto América..... 121

II—Razas del Amazonas—*Caboclos*—*Lingua geral do Brazil*—Palabras del Amazonas y sus equivalentes en Colombia—Amor a las tradiciones indígenas y al Portugal—El portugués más popular del mundo—Causas del afecto al Portugal..... 125

III—Medidas brasileras y su equivalencia en el sistema métrico decimal—Unidad monetaria del Brasil y su equivalencia con el dólar y peso colombiano—Caimanes del Amazonas—*Baixa enorme jacaré*—Aspecto pavoroso de la muerte—Reses descalabradas. El caimán y el tigre—Pesca con flecha—Pesca de tortugas con anzuelo—Cómo se pescan la vaca marina, el paiche y el bagre. 128

IV—En Puerto América—Llegada inesperada del vapor *Liberal*—Ausencia de algunos compañeros de viaje—Angustias y temores. Acto casi heroico de caridad—Cacería que nos hacía perder el viaje—Apareció el perdido—Militares a bordo—La mano de la Providencia..... 133

V—Del Amazonas al Caraparaná—Cambio de rumbo—Al Caraparaná en vez del Igaraparaná—Llegada inesperada a *El Encanto*. Guarnición militar de *La Chorrera*—Ruta de navegación del va-

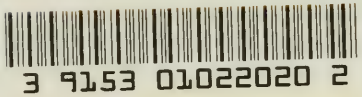
Págs.

por *Liberal* de Campuya a Iquitos—Contingencias que influyen en la rapidez de la navegación de los vapores fluviales—Idea de ponernos presos—Desaparición de mi cartera de viaje—La bandera colombiana en el Putumayo—Problemas internacionales del Perú 139

VI—Por última vez en *El Encanto*—Despedidas y regalos—Fin funesto de Curiel—Misa con abanico—Corridos por los zancudos. Pesca inesperada—Centinelas dormidos—Disparos misteriosos. El gran amarón—Saetas vivientes—Zabullidos en el río—Sitio de *Los crueles recuerdos*—Enorme cantidad de huevos de *charapa*—Segunda vez en Yuvineto—Un hermoso rey de los felinos..... 145

VII—Convaleciendo en el Caucaya—Todos enfermos—«Si mala muerte os di, buena sepultura os preparé»—Llegada a Güepí—Emocionante encuentro de Vargas con sus hijos—Leña para la lancha. Otra vez en Yocoropuí—«Usté derecho dueño Putumayo»—Puerto Asís a la vista—«¡Viva Puerto Asís y sus colonos»—*Te Deum* en acción de gracias—Cariñosa serenata—Banquete familiar. Separación de los bogas—Protestas en Colombia—Llegada a Sibundoy—Muestrario comercial—Datos interesantes 152

Conclusión 157


3 9153 01022020 2

F
2281
P56
1924